

Revista editorial de fantasía, terror y ciencia ficción

VALINOR

11 / FEBRERO DE 2015



ESPECIAL TERROR

Relatos

16+

Valinor. Revista Editorial.

Ilustración de portada: Diego Bober (relato ADAM de Roberto del Sol).

Equipo de la Revista Valinor:

Jessica Tornos. Redacción, prensa.

Myriam Crespo. Redacción.

Violeta Moreno. Redacción.

Diego Bober. Dirección, redacción, ilustración, maquetación, diseño gráfico.

Contacto:

Correo de la revista: revista@editorialvalinor.com

Correo de la editorial: info@editorialvalinor.com

www.editorialvalinor.com



Revista Valinor by Editorial Valinor is licensed under a Creative Commons International License.

No se permite el uso comercial de la revista.

Queda prohibida la modificación de la revista y su contenido.

Todos los derechos de los textos e imágenes pertenecen a sus autores, en caso de ser citados deberá ser mencionada siempre su autoría.



VALINOR

Editorial

Iniciamos esta última travesía con un regusto amargo. Tras casi un año emocionándonos con vuestros relatos, dándoles forma y color y abriendo una ventana para ellos, nos encontramos hoy ante la necesidad de poner punto y aparte en estas líneas. Punto y aparte, porque confiamos en poder recuperarla algún día, y como ávidos lectores que somos, no nos gustan los finales.

La falta de tiempo y las circunstancias personales nos obligan a despedirnos por ahora. Sin embargo, hemos querido hacerlo a lo grande. Así que en vez de llorar por lo que ya no será posible (o por lo que todavía no será posible), queremos alegrarnos por lo que hoy es Valinor y por lo que ha sido este magnífico año con todos vosotros.

Cerramos etapa con un especial terror en el que hemos incluido la mayoría de los relatos de esta temática que nos habéis enviado en los últimos meses. Hemos prescindido de todo lo demás para que pudieran tener cabida y os llevaréis una colección estupenda como broche final. Esperamos que os guste, tanto a vosotros, lectores, como a los escritores.

Y por supuesto, no queremos desembarcar sin daros las gracias a todos. Gracias a los que habéis compartido, leído, enviado relatos, prestado las imágenes de vuestras obras, colaborado con artículos, comentarios, fotografías, reportajes, noticias... gracias a quienes habéis hablado a vuestros amigos de la revista, a los que habéis compartido con los demás lo mucho que os gustaba. Gracias a quienes habéis hecho posible esta aventura.

Ojalá podamos zarpar de nuevo dentro de un tiempo.

Hasta entonces, os deseamos lo mejor y esperamos que disfrutéis mucho con este número, igual que habéis disfrutado con los demás.

¡Un abrazo, amigos!

El equipo de Editorial Valinor



COLABORACIONES

Para este viaje hemos contado con la ayuda de:

G. Escribano, escritor.

Claudio García Fanlo, escritor.

Virginia S.V. Riesco, escritora.

José Manuel Mariscal, escritor.

Rafael Salcedo Ramírez, escritor.

Amarië, escritora.

Mikel Medina, escritor.

Katsuo Tategami, ilustrador.

Alejandro Valiente Lourtau, escritor.

M.A. Astrid, escritora.

Rocío C. Blázquez, escritora.

Julieta Manterola, escritora.

Pedro P. de Andrés, escritor.

Daniel Lujan, escritor.

Natalia Camodeca, escritora.

Roberto del Sol, escritor.

W. Clerk, escritor.

Nathalia Tórtora, escritora.

GRACIAS A TODOS

V
a
l
i
n
o
r



SUMARIO



Noticias

Las noticias que nos interesan
PAG. 6



Garcan y el templo siniestro

Relato de f. épica y horror por G. Escribano
PAG. 7



Identidad corporal

Relato de horror por Claudio García Fanlo
PAG. 12



Bogifobia

Micro relato de terror por Virginia S.V. Riesco
PAG. 14



El niño

Relato de terror por José Manuel Mariscal
PAG. 15



Emily

Relato de horror de Rafael Salcedo Ramírez
PAG. 19



Oceánide

Relato de horror por Amerië
PAG. 29



Mi profesor de música

es un zombi Cuento de aventuras,
humor y horror por Mikel Medina.
Ilustrado por Ketsuo Tategami PAG. 32



El camino de las huertas

Relato de terror por Alejandro V. Lourtau
PAG. 38



Uno de los nuestros

Relato de terror por M.A. Astrid
PAG. 45



El forastero

Relato de terror por M.A. Astrid
PAG. 46



La violinista de negro

Relato de terror por Rocío C. Blázquez
PAG. 47



El asco

Relato de terror por Julieta Manterola
PAG. 53



El apartamento

Relato de terror por Pedro P. de Andrés
PAG. 55



El último cuento

Relato de terror por Daniel Lujan
PAG. 60



Elsa. La mujer de los epitafios

Relato de terror por Daniel Lujan
PAG. 61



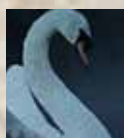
Los ojos del muerto

Relato de terror por Daniel Lujan
PAG. 63



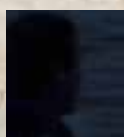
El vampiro de Hunter Creek

Relato de terror por Rafel Salcedo Ramírez
PAG. 64



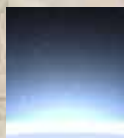
Aura

Relato de horror y fantasía por Natalia Camodeca
PAG. 72



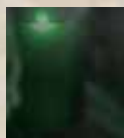
Los demonios de las olas

Relato de terror por Roberto del Sol
PAG. 77



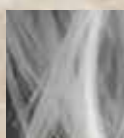
La soledad del piloto estelar

Relato de c.f. y suspense por W. Clerk
PAG. 83



Luces verdes

Relato de terror por Rocío C. Blázquez
PAG. 88



La dama de plata

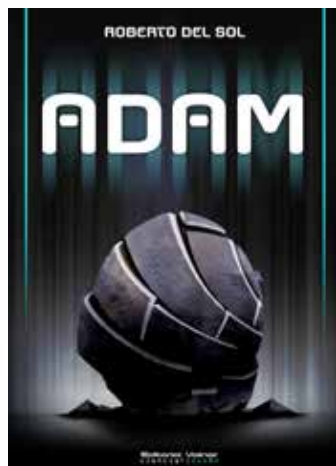
Relato de terror por Nathalia Tórtora
PAG. 94



Poemario

Visita guiada
por Nathalia Tórtora. PAG. 96

Noticias



ADAM.

Roberto del Sol nos regala a todos su magnífico relato de horror y ciencia ficción ADAM. Preferimos no desvelar su contenido para que se adentre en él quien se atreva.

No tenéis excusa, podéis descargarlo de forma completamente gratuita en nuestra web.

www.editorialvalinor.com

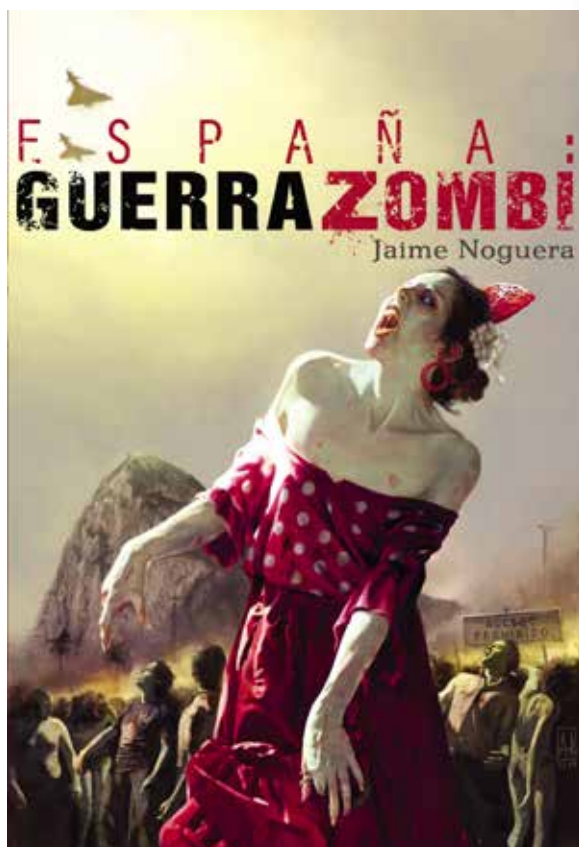
España: Guerra Zombi

Cuando creíamos que ya no podía suceder nada más en España. Cuando creíamos que la crisis era cosa del pasado, Jaime Noguera nos arroja a la terrible realidad de una terrible infección que se extiende por el mundo entero y —como no podía ser de otra manera— también por nuestro país. O lo que queda de él, pues nuestras islas Canarias son la declarada Zona Segura; ...más o menos.

Si eres un apasionado de la literatura muerta y levantada no puedes dejar pasar la oportunidad de recorrer los diversos puntos de nuestra geografía dónde la ferocidad de esta plaga, que por supuesto no ha sabido frenarse, ofrece dinámicos y espectaculares escenarios apocalípticos en los que tanto la muerte como las mordaces referencias a un posible futuro campan a sus anchas.

¡Es la guerra! De eso no cabe duda ¿Qué hará nuestro Gobierno? ¿Qué haremos nosotros?

Descúbrelo en *España: Guerra Zombi* antes de que estemos todos muertos. Puedes comprar la novela a través del siguiente [link](#).





Garcán Y EL TEMPLO SINIESTRO

Un relato de fantasía épica y horror de G. Escribano

Nota del transcriptor: como en muchas leyendas de Elisia, no conocemos al autor de esta narración. Es muy probable que en la formación del relato hayan participado tantos individuos como voces lo han recitado desde la Edad Arcaica, que es cuando pudo haberse compuesto. Las fuentes orales generaron múltiples variaciones hasta la actualidad.

Fdo: K. Grafos.

«Lo mejor de tener una manta es protegerte los pies en esas noches de invierno en que la oscuridad ampara a las más terribles criaturas. Bueno, en invierno y en verano. Los monstruos nunca descansan, a pesar del calor».

Un alfarero durante una charla con un sacerdote del culto a Tagodis.

Qué ha sido ese ruido?— soltó Garcán. Auledo alzó los hombros y acercó las manos al fuego. Garcán abrió la boca y echó un vistazo alrededor, nervioso. Una densa oscuridad cubría el bosque como manto de muerte. Los dedos de una siniestra niebla se enroscaban alrededor de los sauces y envolvían el claro como las garras de una criatura descomunal.

Los días sin día del frío invierno, con su penumbra perpetua y la funesta ausencia de luz de los soles Gemelos, disgustaban a Garcán. Le traían malos recuerdos. Tuvo un escalofrío.

—Me ha parecido oír algo— insistió mientras se estrujaba las manos.

—¿Algo como qué?

El bárbaro buscó las palabras adecuadas mientras se rascaba la barba.

—Como el macabro ulular de un negro búho siniestro procedente en las inescrutables profundidades oscuras de las miasmáticas tinieblas

del angosto y marchito bosque que nos rodea como una remota, horrorosa maldición, nacida de las entrañas abismales de una desconocida criatura horrible del Orco que...

Auledo soltó una carcajada que resonó en el bosque. Se palmeó los muslos, divertido.

—¡Sh! —Garcán frunció el ceño—. ¡No hagas tanto ruido!

—Creo que no debería haberte contado ningún cuento de miedo. Últimamente estás muy imaginativo. Debe ser por la falta de actividad.

—¡Qué falta de actividad ni qué...! —Garcán cerró la boca y miró por encima del hombro con los ojos desorbitados—. No deberíamos estar en este maldito bosque. Ese es el problema.

—¿Y qué sugieres? ¿Que vaguemos por la niebla como espectros?

—¡Grf!

—Lo que deberíamos hacer es descansar y tratar de encontrar el poblado cuanto antes. Esas gentes nos necesitan, y nosotros las necesitamos también. ¿Cuánto tiempo llevamos escondidos de los pálidos? A este paso vamos a olvidar cómo se empuña un...

—¡Silencio!— Garcán estrujó su puñal afilado, se puso en pie de un salto y rodeó el austero vivac, tensos enormes los músculos de los brazos.

—No te alejes demasiado —dijo Auledo con una sonrisa—, o te succionarán las entrañas abismales de una desconocida criatura horrible del Orco... ¿Eso qué es, como tu estómago?

—No tiene gracia— farfulló Garcan.

A desgana, el enorme cerritano volvió a acucillarse frente al fuego. Auledo bebió un poco de vino de un pellejo y se lo tendió al bárbaro, que negó con la cabeza.

—En este bosque se dice que hay gorgonas —gruñó Garcan. Después de dudar, agarró el pellejo y bebió un largo y sonoro trago—. Puedo domar a una mantícora, abatir a un hipogrifo, destripar a un león, estrangular a un cerbero, machacar a un licombre, uncir a un calcotauro, engañar a un dios... pero una gorgona...

Se secó las barbas con el antebrazo y sacudió la cabeza, negando de nuevo.

—Es un monstruo cruel y horripilante —la voz de Garcan se volvió oscura—. Colmillos de jabalí, ojos horrendos de torva vista, garras de bronce, piel de serpiente. Cuando te mira...

—Se parece a mi cuñada.

Auledo sonrió, pero el bárbaro apretó los dientes, malhumorado. Un brusco aleteo resonó en el abismo de niebla, seguido de una racha de viento que alimentó las llamas de la hoguera.

—Las gorgonas tienen alas doradas— susurró el enorme bárbaro.

—Ajá —el poeta extrajo un puñado de olivas partidas de su morral y se llenó la boca. Extendió la mano—. No me gustaría que una de esas me devorara. ¿Quieres un poco?

—No— dijo Garcan, pero acto seguido tomó un puñado y las engulló.

—Por aquí no hay ningún templo, que yo recuerde, así que no creo que haya gorgonas.

—Quizás haya templos atávicos engullidos por el bosque.

—Quizás —Auledo hurgó en el zurrón—. Vaya, pensé que me quedaban altramuces... Por cierto, recuerdo una historia de un templo maldito que...

—No quiero cuentos de miedo —Garcan miró de reojo hacia las profundidades de la siniestra niebla y se rascó, inquieto, la nuca—. ¿Qué le pasaba al templo?

Auledo carraspeó, estiró la espalda, relajó los músculos de la cara y se puso en pie.

—Hace mucho tiempo, antes del Diluvio, cuando un manto de tinieblas cubría el mundo, había un mozo llamado Bodo. Vivía solo en las entrañas de la selva, pues le habían abandonado siendo bebé. Bodo era el fruto de una melopea de Tagodis, que había secuestrado y violado a una joven sacerdotisa. El dios, sintiéndose culpable, concedió reencarnación eterna a la virgen. Y creyó bendecir a su hijo cuando le concedió el don de no tener miedo.

Garcan se arrodilló, interesado por la historia, aunque todavía atento a la oscuridad. El poeta continuó su relato, apoyando su tono lúgubre con unos lánguidos movimientos de manos, ora alzando la voz, ora descendiendo a una caverna.

—Un día sin día, Bodo estaba pensando en quién sería su madre cuando oyó unos ruidos extraños en la lejanía. Eran murmullos que no supo explicarse, pero que le llamaban. Intrigado, siguió los pasos del eco a través de la selva. Después de mucho caminar, una pesada lluvia empezó a tamborilear a su alrededor. Estallaron truenos y relámpagos, pero Bodo siguió adelante. Cruzó un río ancho y de aguas profundas, salpicado de anguilas y peces sierra. Atravesó un valle oscuro, mientras unas hambrientas criaturas de las profundidades seguían sus pasos...

—¿Qué criaturas?— soltó Garcan. Clavó el puñal en el suelo y se frotó las manos húmedas.

Auledo entrecerró los párpados y dejó que las musas fluyeran a través de él.

—Unas bestias antediluvianas, de ojos negros y fauces de tigre —enseñó los colmillos—, así como unas enormes garras de hierro —garfió los dedos, abriendo los brazos y alzando las manos—. Unas criaturas deformes y gibosas cuyas babas miasmáticas eran el más terrible de los venenos...

Garcan tragó saliva y se secó las palmas en el manto.

—Pero Bodo siguió adelante, pues no tenía miedo. La tormenta se desplomaba sobre el mundo, formando ríos que arrancaban árboles, arrastrando rocas, troncos, montes y montañas, mas Bodo consiguió sortear los aluviones, persiguiendo el eco de los murmullos en la negrura. Llegó a un estrecho collado, un paso entre dos afilados picos, y se encontró con un extraño ser. Tenía torso de mujer, piernas de sátiro, brazos de simio y rostro de varón, con una luenga barba negra, dientes de piedra y ojos de madera. Su voz, negra como caverna, resonó en la sierra cuando habló. «Ningún mortal puede pasar», gruñó, al tiempo que unas uñas de bronce salían de sus dedos. «¿Por qué?», quiso saber Bodo. «Porque ningún mortal puede pasar», fue la respuesta. Bodo alzó los hombros y quiso continuar su camino, pero la bestia se interpuso. «Estás bloqueando mi camino», dijo el mozo con tranquilidad. «El camino está bloqueado, ningún mortal puede pasar», recibió por respuesta.

—Vaya un monstruo más imbécil —soltó Garcan. Se mordisqueó las puntas de los bigotes—. ¿Por qué no le parte la cabeza y sigue su camino?

Auledo se llenó de aire. Su rostro se tornó serio y sombrío, como un mal augurio. Garcan selló la boca, absorbió en los gestos del poeta.

—Bodo no tenía miedo, pero tampoco era un guerrero. Así pues, cruzó los brazos y preguntó: «¿No hay ninguna manera de pasar sin que te enfades?». La criatura sonrió, miró a los densos nubarrones y cogió un puñado de lluvia. «Debes responder a un acertijo. Si los dioses te dan la solución, serás como uno de ellos. Porque ningún mortal puede pasar», gruñó el monstruo. «Ea, venga ese acertijo», repuso Bodo. Éste fue el enigma:

«Si no hay, se ve;
si hay poca, se ve;
si hay mucha, no se ve».

Garcan frunció el ceño y se rascó la coronilla. Auledo se calló unos momentos. Un búho ululó en el bosque, pero ninguno de los dos prestó atención. Un fino sirimiri, movido por el viento, les envolvió con un frío abrazo.

—Si no hay, se ve; si hay poca, se ve; si hay mucha, no se ve —repitió el bárbaro. Hinchó los carrillos—. Pues, puede ser... Esto... No lo sé.

Auledo miró alrededor mientras abría los brazos.

—Bodo resopló y se quedó pensativo. Observó a la criatura, contempló los afilados riscos, y se volvió hacia las tinieblas de la nada. Anduvo en círculos, se pellizcó la nariz y preguntó a una roca, pero la roca no respondió. Se sentó bajo la tormenta y pensó de nuevo, pero no halló solución al enigma. Entonces, levantó la vista hacia la hermética atmósfera, abrió mucho los ojos, y lo supo: «si no hay, se ve; si hay poca, se ve; si hay mucha, no se ve: la oscuridad».

—¡Lo sabía!— interrumpió Garcan.

—Pero no lo sabías —Auledo hizo una pausa severa y continuó—. Bodo se volvió hacia la bestia, mas ya no estaba allí. Intrigado, el mozo cruzó el collado y descendió por una garganta, saltando de roca en roca para que la tromba no le arrollara. Atravesó durante días un misterioso bosque de piedras, un laberinto de árboles de granito, monolitos, callejones de arenisca sin salida y grietas en el terreno. No sabiendo si se había perdido ni en qué lugar estaba, siguió los ecos que resonaban en su cabeza, llamándole, llamándole, llamándole. Tiempo después, cruzó una llanura de agua, amplia como un océano pero profunda como una ciénaga, siempre bajo la tormenta, envuelto en la oscuridad... hasta que desembocó en un manglar. Y, entre la umbría cenagosa y siniestra, halló un templo.

—¡Por fin! ¡Ya me estaba cansando de tanto viajar!

Auledo sonrió con malicia, se llenó de aire y continuó con voz adusta.

—De algún modo sucedió. Cuando Bodo echó la primera ojeada al edificio, una sensación de insufrible tristeza penetró en su ánimo. El simple templo de caliza y estuco envejecido, el paisaje característico de la divinidad, las heladas murallas, los tragaluces cual ojos vacíos, unas columnas alineadas y unos cuantos árboles nudosos y enfermizos enroscándose alrededor del edificio. Todo aquello le provocó una náusea en

el pecho y una angustia en las tripas, pero siguió adelante. Los murmullos parecían brotar de las fauces del pórtico, que chorreaba un fluido negruzco y viscoso...

—Se parece a los templos de Tártaros— comentó Garcan, que estaba inclinado hacia delante, tenso y muy cerca de las llamas del hogar.

Auledo le dirigió una mirada fúnebre, el rostro deformado las luces y sombras. Un cuervo graznó tortuosamente en el bosque y Garcan dio un respingo. Permanecieron callados un largo rato, mirándose el uno al otro, los oídos aguzados, conteniendo la respiración... Hasta que el poeta continuó entre susurros.

—Bodo quiso entrar al templo, pero se topó con una anciana envuelta en un manto andrajoso. Acarreaba una larga vela de cera en una mano deforme. «¿A qué has venido?», preguntó la vieja, cuyo rostro siniestro estaba tan arrugado como el manto. «Un eco me llamaba y quiero saber», dijo él con decisión. La anciana arrugó la frente y sus ojos brillaron como teas, hasta que murmuró: «has de saber que aquí dentro habita una horrible criatura, una bruja pérfida que aterroriza a los hombres, que te provocará el mayor dolor, y el mayor amor, que jamás hayas sentido. No dudará en hechizarte con sus palabras y, entregado, obedecerás». Bodo alzó la barbilla y respondió: «no tengo miedo y he hecho un largo viaje para llegar hasta aquí, así que entraré». La anciana sonrió con malicia y asintió. «Luego no digas que no te he advertido, pero toma. Ponte estas dos bolas de cera en las orejas y así no caerás embrujado por sus palabras», dijo ella con astucia. El mozo obedeció, la vieja se apartó, y así pudo entrar en las fauces del templo maldito.

Garcan se mordió una uña. Auledo suspendió el tiempo sin palabras.

—Estaba oscuro. Las formas que le rodeaban le resultaban extrañas y familiares a la vez. Los ángulos de los techos, las sombrías pinturas murales, la negrura de piedra del suelo y los fantasmagóricos colgajos rituales que tintineaban con sus pasos le despertaron insólitas visiones, pero Bodo avanzó siguiendo los ecos.

Atravesó un angosto pasillo, cuyas paredes rezumaban un olor viscoso y ácido, y descendió por una escalinata estrecha, de techo bajo y grietas llenas de repugnantes insectos. Al fin, desembocó en una amplia cámara, antigua y deslucida, sumida en una penumbra angustiosa. El suelo estaba cubierto de cráneos, tapizado de astillados huesos humanos. Y allí encontró a la hechicera. Tenía una piel cadavérica, unos ojos pequeños, líquidos y negros; unos pálidos labios sin labios; una nariz afilada cual cuchilla; una barbilla angulosa y violenta; la melena era una blanquísima tela de araña... Bodo observó todos estos rasgos con calmada atención y preguntó: «¿eres tú quién me llama?».

Un repentino chasquido heló la sangre de Garcan, sacándole del relato. Dio un salto con el puñal afalcado en la mano y miró alrededor con una angustia que le impedía respirar.

—¿Qué ha sido eso?— gruñó.

—La rama de un árbol viejo —dijo Auledo, que se frotó los dedos de las manos—. Espero.

—Voy a echar un vistazo. Quédate aquí.

—¿Tú solo? Te recuerdo que en los cuentos, el que se separa del grupo muere primero y...

—Calla de una vez, pareces una oca.

—Cada uno traga el miedo como puede— farfulló el poeta.

Garcan desapareció entre los jirones de niebla. Auledo se acercó al fuego. Transcurrió una eternidad de lúgubre silencio en que ambos, sin respirar, deglutieron el mal trago. El bárbaro volvió al círculo de luz con el rostro desencajado.

—No he visto nada pero... Hay algo que no me gusta de estas tinieblas. Hay una siniestra oscuridad sobrenatural plagada de extraños ruidos misteriosos que provocan un horror terriblemente espantoso que eriza las escarpas del vello de una nuca atormentada por...

—Vale, vale —atajó el poeta, inquieto—. Lo he entendido.

Callaron un momento, los rostros iluminados por las llamas, cercados por la nebulosa. Rela-

jaron la respiración, bebieron un poco más de vino y engulleron otro puñado de olivas sin masticar.

—¿Qué respondió la señora de la tela de araña?— preguntó Garcan, al fin.

Auledo suspiró y moduló la voz un tono más bajo y profundo.

—Bodo observó sus rasgos con calmada atención y preguntó: «¿eres tú quién me llama?». Ella salmodió, pero como el mozo tenía las orejas taponadas con cera, no escuchó las palabras. Él volvió a preguntar y, ella, con una profundísima tristeza que manaba de las ánimas de todos los muertos del mundo, articuló algo. Abrió los brazos y se abalanzó sobre Bodo. El mozo esquivó a la bruja, agarró una calavera y le atacó con ella. El cráneo se desintegró al estamparse contra su cabeza. La mujer se desplomó y unas alas de sangre se extendieron alrededor de su cuerpo. La bruja padeció estertores, sus brazos tremolaron y las piernas sacudieron. Estaba a punto de morir, pero intentaba decirle algo. Le miró con unos ojos líquidos y le llamó con un gesto de la mano. Bodo, considerando que ya no estaba en peligro, se agachó a su lado. La mujer tosió sangre. «¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?», insistió él con dureza. Ella extendió una manos temblorosas, agonizantes, e intentó escamotearle los tapones de cera. Bodo la apartó de un manotazo y ella intentó decirle algo. «Bueno, no creo que tengas fuerzas para hechizarme», dijo el mozo. Se quitó los tapones y la bruja emitió un susurro. Él preguntó: «¿Qué?».

Otro susurro resonó en el bosque. El bárbaro y el poeta se sobresaltaron.

—¿Qué es eso?— rugió Garcan.

Auledo no respondió. Se quedó inmóvil, parpadeó aprisa y se mordió el labio inferior.

—Quizá no deberíamos estar en este bosque— dijo al cabo de unos latidos.

—Eso vengo diciendo desde hace...

—¡Sh! —interrumpió el poeta—. ¡No hagas tanto ruido!

Garcan sonrió con perversidad y una mirada preñada de venganza.

—¿Quién está ahora muy imaginativo, eh?

Auledo resopló.

—Pues tienes razón —dijo con pesar. Trató de calmarse—. ¿Termino la historia?

—Pero habla más bajo, por si acaso hay más ruidos.

—Está bien.

El poeta relajó el rostro y caviló sobre sus últimas palabras.

—Bodo preguntó: «¿Qué?». Se inclinó y acercó el rostro hacia la moribunda bruja, cuya tela de araña se había enmarañado. Tenía un aliento helado y sin olor. «¿Por qué me llamas?», insistió Bodo. Ella suspiró: «yo soy tu madre».

—¡Joder!

Una súbita sombra saltó por encima de la hoguera, apagando las llamas. Bárbaro y poeta dieron un salto y esgrimieron sus armas, el corazón batiendo como fragua de Fano. Garcan jadeó como un oso viejo, Auledo se quedó sin aire.

—¿Qué era eso?

—¡No lo sé!— gruñó Garcan.

—¿Qué era eso, por todos los dioses?

—¡No lo sé!

—¿Oyes algo?— chilló Auledo.

—¡Huele a reptil!

—Dioses... ¿pero qué...?

—¡Mi madre!

Y la gorgona salió de las tinieblas.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a G. Escribano en su ["glob"](#).

IDENTIDAD CORPORAL



Un relato de horror por Claudio García Fanlo

La psiquiatría es la especialidad médica dedicada al estudio de la enfermedad mental con el objetivo de prevenir, evaluar, diagnosticar, tratar y rehabilitar a las personas con trastornos mentales, asegurando la autonomía y la adaptación del individuo a las condiciones de su existencia.

Mi nombre es Roberto Ross, soy especialista en trastornos psicóticos y psiquiatría transcultural. A lo largo de mi vasta carrera he tenido la oportunidad de tomar contacto con infinidad de patologías de todo tipo y características. Sin embargo, en ocasiones, la ciencia no encuentra respuestas adecuadas a determinadas sintomatologías, y este es uno de esos casos.

La junta médica del hospital me asignó el tratamiento del caso de un NN diagnosticado, preliminarmente, con el síndrome BIID (Body Integrity Identity Disorder). Una persona que afectada por esta enfermedad, desea tener amputadas una o más de sus extremidades. En general los enfermos que presentan este tipo de desorden, al revés de lo que indicar el sentido común, se sienten incompletos con sus cuatro extremidades, y sienten un gran alivio después de la amputación.

En la CIE-10, clasificación internacional de enfermedades, decima versión, de la Organización mundial de la salud, la codificación F00-F99 corresponde a los trastornos mentales y del comportamiento. Si se descubre que la principal motivación de los pacientes con BIID es tener alguna discapacidad, este trastorno podría considerarse como una forma del síndrome de Munchausen. Personalmente, no sé cómo ni dónde, clasificar este caso.

Las causas exactas que producen el desorden de identidad de integridad corporal aún son desconocidas. Hay algunas teorías que tratan de encontrar una explicación a este fenómeno, relacionándolo con traumas de la niñez o bien con la teoría biológica que propone que el desorden es una condición neuropsicológica, a causa de una anomalía en la corteza cerebral relacionada con las extremidades.

Pero este caso tiene características muy particulares. El paciente dice estar ocupando un cuerpo que no le pertenece. No se trata tampoco de un caso de disforia de género, el sujeto directamente no se reconoce en la forma corporal correspondiente a la especie humana.

Debido a esto, tiene la compulsión de someterse periódicamente a extrañas amputaciones y mutilaciones para recuperar lo que afirma debe ser su aspecto original. Al momento de su internación y reclusión, el individuo contaba con una variada gama de implementos quirúrgicos que aplicaba con extrema destreza sobre sus miembros, tratando de modificar su morfología, pero evitando cuidadosamente producirse lesiones graves.

Recuerdo hace algunos meses haber recibido comentarios de este caso de parte de algunos colegas. En aquella oportunidad solo se había verificado la amputación de algunos dedos de los pies, y profundos cortes longitudinales en ambas piernas hasta casi desmembrarlas.

Antes de tener mi primer contacto personal, me alertaron sobre su aspecto y me entregaron una serie de fotografías para que pudiese analizarlas. Al verlas, sentí una tremenda repulsión

y no pude sostener la mirada en ellas por mucho tiempo. El espectáculo era morboso y dantesco.

En su actual aspecto se trata casi de una cosa amorfa, con una suerte de tentáculos desmembrados, en el lugar donde habitualmente se encuentran los brazos y las piernas. La cabeza, de forma irregular, parece estar integrada al torso como un todo, no a través del cuello, sino más bien como incrustada, y de la cara solo se destacan algunas muecas grotescas que disimulan cualquier rasgo humano reconocible. Hay algo de vegetal en su estructura, acaso también cierta constitución fungiforme, o una mezcla de ambos. Me gustaría consultar esto con un especialista en botánica, para tratar de establecer algún tipo de similitud con alguna especie conocida.

Sin conocer su historia, no podría afirmarse que aquello haya sido alguna vez un ser humano. Increíblemente puede desplazarse con cierta plasticidad, aunque con extrema lentitud. Puede hablar y expresarse con total lucidez.

En una de nuestras primeras charlas, de manera clara y pausada, me relató cómo había logrado por fin deshacerse del falso aspecto que le proveía la identidad de un tal Alberth Wilmarth, cuyo cuerpo había habitado por muchos años.

El ser que me hablaba a través de esta criatura, asegura pertenecer a una ignota raza espacial obsesionada con la investigación de todas las especies existentes en el universo. Son capaces de viajar a través del espacio-tiempo, y poseen una refinada tecnología, cuya exquisita capacidad quirúrgica les permite extraer y mantener con vida el cerebro de una persona, para luego ocupar temporalmente ese cuerpo, pasando inadvertidos mientras realizan sus macabras investigaciones.

Según su propio relato, un desafortunado acontecimiento derivó en la extinción de su cuerpo original, lo cual le ha impedido retornar a su aspecto original, quedando literalmente atrapado dentro del último receptáculo humano elegido.

Luego de varios meses de infructuoso tratamiento, debo cerrar el caso y estas son mis conclusiones definitivas. La historia que repite una y otra vez, carece totalmente de sentido, y desde el punto de vista psiquiátrico no resta mucho por hacer. Al día de la fecha, las sesiones de terapia y las drogas recetadas no han logrado modificar en nada su comportamiento, ni rectificar sus dichos y falsas creencias.

Actualmente, la cosa reptante sigue internada en una celda de máxima seguridad y en constante vigilancia médica para evitar que continúe infringiéndose más mutilaciones.

Se niega rotundamente a someterse a cualquier cirugía reconstituyente de su forma humana. Por el contrario, la criatura gusta de contemplar su figura en el reflejo de los paneles de su habitación, de lo cual se deduce que, a pesar de su repugnante aspecto actual, se manifiesta contenta con la nueva forma adquirida.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Claudio García Fanlo en el siguiente [blog](#), en [goodreads](#), o vía [facebook](#).

BOGIFOBIA

Un micro relato de terror por Virginia S.V. Riesco
Ilustración por Diego Bober.

Estás solo en casa. Tus padres han cerrado la puerta de la entrada con doble vuelta y se han asegurado de que ninguna de las ventanas se encuentra abierta antes de salir a cenar. Tú te has atrincherado en tu cuarto, con provisiones de comida basura y refrescos, para jugar a un videojuego que te acaban de regalar. Es la primera vez que te quedas solo y pretendes aprovecharlo para trasnochar. Al cabo de unos minutos, cuando ya has superado el cuarto nivel, escuchas que llaman a la puerta. «Serán mis padres que se les ha olvidado algo» —te dices a ti mismo y lo dejas pasar sin preocuparte siquiera. Pero los golpes vuelven a sonar y alzas la mirada despacio mientras sientes la puerta chirriar.

Hay alguien dentro de tu armario.



Puedes seguir a Virginia S.V. Riesco en su [blog](#).





EL NIÑO

Un relato de terror de José Manuel Mariscal

Era la noche señalada. Por fin el trabajo de las últimas semanas iba a dar su fruto. Habían estado investigando por aquella urbanización día tras día, tratando de averiguar si alguna de las lujosas casas que allí se encontraban quedaría vacía y expuesta para un posible asalto.

Cualquiera de aquellas residencias habría sido un objetivo interesante, ya que el barrio era de los más acaudalados de la ciudad. Muy mal se tenían que dar las cosas para que donde entraran no hubiera dinero u objetos con un alto valor económico. Pero los hados parecían haberse congeniado para generar una víctima de lo más propicio.

La urbanización tenía una sencilla estructura compuesta por calles perpendiculares las unas a las otras, formando en su conjunto un cuadrado perfecto. La casa en cuestión se encontraba en uno de los vértices de dicho cuadrado, por lo que apenas tenía otro par de residencias junto a ella. Enfrente únicamente tenía el vacío, una amplia extensión de terrenos baldíos que esperaban los permisos pertinentes para que sobre ellos se construyera una ampliación de la urbanización.

La posición de la casa la hacía ideal para el asalto. Era imposible encontrar en toda la zona una que se encontrara situada en un lugar más expuesto y solitario. E iba a estar vacía durante tres semanas, ya que la familia que en ella habitaba se había marchado de vacaciones al completo, el matrimonio con los dos niños. Únicamente habían dejado para cuidarla a una asistenta que acudiría cada dos días un rato por la mañana, es de suponer que para regar las plantas y abrir las ventanas para que la residencia se aireara un poco.

Todo era ideal, únicamente quedaba superar el sistema de alarma, y dedicado a ello se encontraba Roberto en ese momento. No debía suponer tampoco el más mínimo problema, ya que éste tenía un amigo en la empresa que había instalado el sistema de seguridad en toda la urbanización y le había dado las indicaciones pertinentes para poder entrar en la casa sin levantar sospechas de que alguien de los operarios hubiera estado involucrado. Evidentemente el amigo de Roberto había exigido a cambio de la ayuda una cuarta parte de las ganancias. Hubo una discusión por ello, ya que llevarse la misma parte que los otros tres participantes en el atraco cuando no iba a correr un riesgo real de ser atrapado en pleno acto delictivo, hizo que Nico se negara en redondo, hasta que tuvo que asumir que sin dicha ayuda no había nada que hacer, por lo que dio su brazo a torcer.

Roberto había accedido al interior de la vivienda saltando una zona del vallado que encontró especialmente vulnerable. La alarma no debía funcionar mientras nadie intentara acceder al interior de la casa, pero ellos no entrarían hasta que la alarma fuera desconectada. Cuando lo consiguió, Roberto abrió a sus dos compañeros, que simplemente entraron por la puerta principal.

— ¿Te ha resultado complicado?

— Como quitarle un caramelo a un niño.

Con la alarma desactivada todo era coser y cantar. Forzaron el cerrojo de la puerta principal y entraron por ella directamente al salón. Aunque había algunos aparatos electrónicos de cierto valor lo que vieron en primera instancia fue francamente decepcionante. Alfonso dio in-

dicaciones a sus dos compañeros señalando la escalera que llevaba al piso superior.

—Quizá arriba haya algo más interesante. Subid mientras yo miro qué podemos llevarnos de aquí abajo.

Roberto y Nico subieron y empezaron a registrar las habitaciones. Joyas, ordenadores portátiles, algún reproductor de música... La excursión saldría rentable, pero no tanto como ellos habían imaginado. Quizá se habían hecho demasiadas ilusiones pensando que encontrarían alguna obra de arte o similar que les supusiera una ganancia millonaria.

Nico buscaba en el armario del cuarto que suponía sería de la hija de la familia cuando oyó a Alfonso hablar desde el piso de abajo. No entendió lo que dijo pero notó cierto tono de alarma en su voz. Quizá habría problemas. Puso más atención y pudo distinguir algunas palabras.

—Mira, chaval, no queremos problemas. Tranquilo. Quédate quieto y no te haremos daño.

Alguien había aparecido en la casa. Eso no debería haber pasado. Algo se les había escapado y ese error podía conllevar un enfrentamiento físico, algo para lo que no estaban preparados pese a que cada uno portaba un bate de béisbol como arma.

Nico salió del cuarto de la niña y se dirigió hacia la escalera. Al borde de ésta vio a Ricardo visiblemente nervioso. Se acercó a él.

—¿Qué es lo que pasa?

Ricardo se limitó a señalar hacia el piso de abajo. Al mirar pudo ver a Alfonso, con el bate de béisbol en las manos, como si estuviera a punto de recibir un lanzamiento, y también pudo ver a la persona con quien hablaba.

Era un crío, o por lo menos lo parecía. No debía tener ni diez años y estaba totalmente desnudo. Estaba muy delgado, casi desnutrido y tremendamente sucio, su piel estaba totalmente cubierta de porquería. El pelo, que le llegaba a la altura de los hombros, estaba apelmazado, como si no se hubiera lavado en semanas. El niño se encontraba en cuclillas en el suelo, y miraba directamente a Alfonso mientras éste le hablaba.

Alfonso sonrió y señaló un sofá.

—Mira, chaval, siéntate tranquilamente. No-

sotros nos iremos pronto y será como si nada hubiera pasado.

Fue cuestión de un instante. Alfonso no había terminado de pronunciar la última palabra cuando, a velocidad asombrosa, el niño dio dos saltos de animal y se le lanzó al cuello mordiéndole salvajemente y manchando toda la estancia con sangre. Alfonso cayó al suelo con el niño sobre él y la cabeza apenas sujeta al cuerpo por unos pequeños jirones. En apenas un momento y dos mordiscos casi se la había arrancado.

Entonces el niño se volvió hacia la parte superior de la escalera y Nico pudo ver su boca cubierta de sangre, pero lo que más le llamó la atención fueron sus enormes y brillantes ojos azules, que destacaban en la oscuridad de su sucio rostro.

Nico empezó a retroceder. Roberto se quedó totalmente quieto enarbolando el bate. Y volvió a ocurrir. El niño, con apenas tres saltos de naturaleza animal, llegó hasta donde Roberto se encontraba. Éste lanzó un golpe con el bate hacia él, pero el pequeño lo esquivó saltando del pasamanos de la escalera a una pequeña mesilla que sostenía un jarrón, que acabó roto en el suelo. Roberto no tuvo una segunda oportunidad. Quiso volverse para volver a enfrentar al niño cara a cara pero éste se anticipó y se subió a su hombro, lanzándole una dentellada en pleno rostro. Roberto gritó y balanceó el bate ciegamente tratando de golpear a su atacante, pero sólo provocó ráfagas de viento, mientras el niño mordía su cara una y otra vez.

Nico sabía que tenía que huir, pero aquella horrible escena bloqueaba la escalera. No tenía escapatoria. Simplemente retrocedía y retrocedía, alejándose de ella.

Finalmente Roberto se desplomó y rodó escalera abajo. Su rostro había sido reemplazado por una especie de puré rojo que manchó de sangre todos los escalones. El niño se quedó en cuclillas mirando cómo caía.

Nico había aprovechado la desigual pelea para alejarse todo lo que pudo. Había llegado hasta la puerta de una habitación que no habían abierto hasta ese momento. La mejor opción era entrar en ella y bloquearla para después escapar por la ventana.

Abrió la puerta y el ruido hizo reaccionar al niño, que hasta ese momento parecía haberse olvidado de él. Cuando vio los ojos azules dirigirse hacia él no esperó más, se metió dentro de la habitación y cerró. Tuvo un instante para ver cómo la bestia se dirigía hacia él, pero esta vez no lo suficientemente rápido. Se estrelló contra la puerta ya cerrada.

Las puertas de aquella casa eran bastante sólidas. Además la de aquella estancia tenía cerrojo. Una vez bloqueada el niño tendría bien difícil acceder a ella. Se alejó de la puerta mientras le oía golpearla al otro lado violentamente gimiendo como un animal.

Debía huir de aquella pesadilla como fuera. Se dirigió a la ventana y fue cuando una roca cayó en su estómago. La ventana tenía una reja de hierro. Estaba atrapado en aquella habitación, con aquel monstruo al otro lado de la puerta.

Estuvo sentado bajo la ventana durante no supo cuánto tiempo. Debía hacer algo. Hasta dos días después no aparecería la asistenta por la casa, y dado lo que habían encontrado allí no podía suponer que ésta fuera a resultar de mucha ayuda. Definitivamente no podía apostar por que nadie que viviera o entrara habitualmente en aquella casa fuera normal. De hecho era posible que la asistenta tuviera, entre otras labores, la obligación de dejar comida para aquel niño.

Se dio cuenta de que hacía bastantes minutos que no había ruidos al otro lado de la puerta. Se acercó a ésta, se arrodilló y pegó la cara al suelo para tratar de ver por debajo. Y se encontró los ojos azules mirándole. El niño estaba haciendo exactamente lo mismo que él.

Se quedó dormido sin darse cuenta. La tensión sufrida le había agotado. Cuando despertó no tenía ninguna noción de la hora que era, pero debía ser temprano. Cayó en la cuenta de que lo que le había arrancando del sueño era el ruido del motor de un coche aparcando en la puerta de la casa. Al asomarse a través de la enrejada ventana vio a la asistenta salir del coche y entrar en la vivienda.

No sabía cómo podía reaccionar la asistenta ante su presencia allí y lo sucedido la noche anterior. Corrió a la puerta de la habitación y se arrodilló para mirar por debajo. El niño estaba

durmiendo en el suelo delante de él. No había posibilidad de salir sin despertarle.

Con espíritu de resignación decidió dejarse llevar por los acontecimientos. Pegó la oreja a la puerta con el fin de escuchar qué ocurría al otro lado. Una voz femenina surgió desde el piso de abajo.

—Dios mío, ¿qué ha pasado aquí?

Cualquiera podría pensar que el visionado de los vestigios de la carnicería acontecida con sus dos compañeros la noche anterior la mujer habría perdido los nervios, pero el tono de su voz indicaba sorpresa y un ligero disgusto, nada de terror. Parecía que lo que más le molestaba de lo que veía era la suciedad provocada.

—Señorito Víctor, ¿está usted bien? ¿Dónde se encuentra?

Un ruido justo al otro lado de la puerta parecía indicar que el niño había despertado y se había incorporado antes de alejarse de allí. Aprovechó para mirar por debajo. La asistenta estaba enfrente, al final del pasillo, y acariciaba el pelo de Víctor, cubierto de sangre seca.

—¿Qué ha pasado, señorito Víctor? Se ha puesto usted perdido. Necesita un buen baño. ¿Quiénes son esos hombres caídos en el suelo?

De repente, Víctor se excitó y se liberó de la mano de la asistenta. Señaló hacia la puerta y salió corriendo hacia ella. Se alejó corriendo de ésta y pegó su espalda con la pared contraria, antes de escuchar cómo el niño volvía a golpear violentamente la madera.

—¿Qué ocurre en esa habitación? ¿Hay alguien ahí dentro? ¿Hola?

No sabía si contestar. Optó por guardar silencio.

—Voy a por el juego de llaves.

Estas últimas palabras provocaron frío en su cuerpo. En breves instantes la puerta se abriría y no sabía exactamente qué pasaría, pero tenía la certeza de que no iba a ser nada bueno. En pocos instantes volvió a escuchar la voz de la mujer y un tintineo de llaves.

—Señorito Víctor, voy a abrir. Quédese detrás de mí, no me desobedezca, es una orden.

Las lágrimas salieron espontáneamente de sus ojos al escuchar el sonido de la llave entrar en la cerradura y ver cómo el cerrojo cedía. La puerta se abrió poco a poco y la asistenta apareció con exasperante lentitud tras ella. Sin embargo, sus ojos se dirigían al niño, que se encontraba detrás de ella, sentado en el suelo, mirándole fijamente y respirando con excitada violencia. Intuía claramente que estaba deseando lanzarse encima de él, pero las palabras de la mujer le retenían.

—¿Quién es usted?

Balbuceó algo, no eran siquiera palabras.

—Me da la impresión de que ustedes pretendían robar en esta casa, ¿estoy en lo cierto?

Le hablaba como la abuela que le llama la atención a un niño pequeño. El tono no difería demasiado del que usaba con Víctor.

—Por favor, déjeme marchar.

Lloraba. Se encontraba bajo la ventana, en cuclillas, como un animal asustado, y aunque hablaba con la mujer, sus ojos no se apartaban del niño que le miraba fijamente, respirando excitadamente, como si únicamente esperara el permiso para atacar.

—No, no puedo dejarle marchar. Lo siento mucho. No podemos dejar que nadie que haya visto al señorito Víctor y no sea de fiar salga de esta casa. Podría correrse la voz de su existencia y las autoridades querrían llevárselo, y la familia le quiere demasiado para ello. Sería una tragedia para todos.

Se arrodilló durante un momento, antes de colocarse a cuatro patas con la cabeza erguida hacia la mujer.

—No se lo contaré a nadie, lo prometo. Sólo déjeme marchar y no permita que me haga nada, por favor.

La mujer se mostró más severa.

—¿Es que no me ha oído? Únicamente personas cuya confianza haya sido demostrada pueden abandonar la casa tras haber conocido al señorito Víctor. Es una criatura demasiado especial para que su existencia sea conocida por cualquiera. ¿Imagina lo que podrían hacerle en una institución? Con más motivo si se descubren tristes fallecimientos como los de sus compañeros de ahí fuera. Podía caer la desgracia sobre esta familia.

Una mano de la mujer empezó a acariciar el pegajoso cabello del niño, que pareció relajar un

poco su respiración, aunque no dejaba de mirarle.

—Soy de fiar, lo prometo.

La mujer soltó una pequeña carcajada.

—Qué fácil es decir eso. La confianza no se consigue con unas simples palabras, debe demostrarse con constancia y con actos que la reflejen. ¿Cree usted que me va a convencer con esa triste promesa hecha entre lágrimas?

Desesperado, no sabía qué responder. Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza, con aire resignado.

—¿Qué tendría que hacer para ganarme su confianza? Haré cualquier cosa, lo que sea.

La mujer se mantuvo pensativa unos instantes.

—No es cuestión de un acto puntual. Es un proceso que requiere tiempo, mucho tiempo. No puedo decirle cuánto, pero le aseguro que no será sencillo ni breve.

Se sentó en el suelo sin fuerzas siquiera para sentir desesperación. Cruzó su mirada con la del niño. Éste ya no se mostraba tan excitado, pero mostró los dientes sin que pudiera discernir si era una sonrisa o un gesto de agresividad.

—No me importa. Haré cualquier cosa por ganarme su confianza. No me importa cuánto tiempo lleve.

La mujer reflexionó un instante antes de dibujar algo parecido a media sonrisa.

—Está bien. Le daremos una oportunidad. Espero que los señores cuando vuelvan de sus vacaciones no se molesten por ello, de cualquier manera no es la primera vez que ocurre algo parecido y las cosas acabaron bien.

Miró a Víctor y éste dirigió sus ojos hacia ella.

—Señorito Víctor, hágame el favor de vigilar a este caballero. Que no escape. Voy a por las cadenas.

FIN

Emily



Un relato de terror por Rafael Salcedo Ramírez

Querido Mark:

Permíteme, antes de nada, pedirte mis más sinceras disculpas por no haberte enviado noticias desde mi marcha hacia estos fríos parajes del norte, en los que me encuentro; donde el sol es un mero recuerdo y la lluvia una compañera tan fiel como celosa, que rara vez se separa de uno, pero no supera al viento helado bajando de las montañas al que hasta se echa de menos cuando amaina. Sin embargo, la cercanía del mar compensa estas adversidades ya que su presencia evocadora es hipnótica para alguien como yo, de tierras adentro, y su eterna cadencia, su ciclo imperecedero, provoca en mí una extraña y a la vez plácida sensación de bienestar que su contemplación en la quietud, aunque en pocas ocasiones bien es verdad, eleva mi espíritu.

Pero ese espíritu debo decirte anda maltrecho y es motivo para que haya tomado la pluma con la intención de pedir tu ayuda, a la cual estimo en extremo necesaria por la gravedad de los hechos que acontecen en la casa donde habito desde mi llegada, hace ya seis largos meses. Pero es algo en lo que ahora me extenderé, tras darte cuenta de que ser juez en estas tierras no es ejercicio fácil y a veces no poco arriesgado si tenemos en cuenta el carácter rudo y, si me apuras, levantisco de las gentes que las habitan; tercos y desconfiados con cuantos nacieron más allá de dos millas de sus lindes; donde la tierra es tan dura como sus mentes, cerradas a cualquier foráneo que ose poner en duda sus trasnochadas costumbres cercanas al medievo.

Transcurren los días entre disputas y cerrazones de estas gentes a las que me temo jamás me acostumbraré a tratar, teniendo que imponer por la fuerza los firmes dictados de la ley, de la que soy guardián, aunque con la colaboración a regañadientes de los pocos agentes

asignados. Ya te harás cargo con estas palabras de los avatares a los cuales estoy expuesto y que, de no mediar alguna recomendación ante el gobernador, me temo tendré que soportar por tiempo indefinido.

Pero no es tu influencia ahora la que invoco, sino tu amistad para pedirte un esfuerzo y abandones por unos días la ciudad a la que tanto amas y disfrutas como reconocido crápula que eres para, apiadándote de este mortal, acudas en mi ayuda por los motivos que voy a referirte a continuación; los cuales tienen que ver con la ya citada casa donde paso mis días y, sobre todo, mis noches en un estado de inquietud provocado por algo o alguien que ha decidido acabar con mi paciencia y, ya casi, con mi salud.

Pero ahora permíteme narrarte con detalles, y de esta forma te ablande tu impenitente e insaciable carácter donjuanesco para, descansando unos días de éste, tomes la primera diligencia y acudas en ayuda de éste, tu amigo incondicional en pago por el fiel escudero que fui en tantos lances amorosos en aquellos días estudiantiles, que añoro con nostalgia.

Comenzaré el relato por el día de mi llegada cuando, recibido por las autoridades locales, y una vez acomodado en el edificio habilitado para la administración de justicia, fui conducido a la que iba a ser, y ahora es, mi vivienda. No exagero si te digo que, nada más verla, estuve tentado de faltar a la estricta educación aprendida, a veces a palos, e incluso a la cortesía debida a las personas, dado que el aspecto era entre tétrico y lúgubre, sin ser una casa antigua o destartalada, sino más bien por la energía que desprendía y la cual penetró por mis poros hasta provocarme un escalofrío logrando que, absorto en su contemplación, apenas escuchara cuanto me decían mis acompañantes ese primer día en estas tierras.

Como puedes suponer, no causé escándalo alguno y mis fuertes principios hicieron su trabajo aguantando la primera intención de salir corriendo y dejarles con la boca abierta a todos. Junto a las autoridades locales, entré por primera vez en la casa y comprobé cómo aquella energía no sólo persistía sino se hacía más fuerte e inundaba todo mi cuerpo, adueñándose de mi mente y consiguiendo que mis sentidos quedaran en un limbo donde apenas percibía estímulos.

No todo iba a ser malo y aquella sensación, a los pocos minutos de encontrarme dentro de la casa, desapareció tal como llegó y al fin pude concentrarme en la conversación y, de esta forma, como conocer la procedencia de la propia casa; por otra parte, propiedad de una viuda quien, al morir hacía ya unos años su única hija, la donó al consistorio y desde entonces se destinaba a vivienda de funcionarios del gobierno, como es mi caso.

En descargo de mis palabras antes citadas sobre mi impresión al verla, es justo reconocer que el interior de la casa era acogedor y, en consonancia con las inclemencias del tiempo durante gran parte del año, estaba recubierta de la mejor madera, en suelos y paredes, dotada de chimeneas por cada una de las estancias las cuales proveían de una temperatura interior no aventurado por su aspecto. Si hablamos de la decoración ya es otro cantar y, si tienes oportunidad de verla como así espero, tiene un regusto trasnochado aunque no hiriente para los sentidos y que hablan del toque femenino en su disposición.

Sin embargo, todo esto que te cuento son simples anécdotas, porque lo verdaderamente importante es su carácter y lo que desprende: una tristeza profunda, a la que puedes sentirla cuando avanzas por sus pasillos, cuando tocas la madera envejecida de los pasamanos de las escaleras, cuando te apoyas en los bordes de la chimenea, cuando tocas sus paredes y una descarga de energía negativa se apodera de tu piel.

Imagino, querido Mark, tu rostro al leer estas palabras en una mueca de incredulidad, aunque se hará más evidente cuanto te haga partícipe de hechos que, sumándose a esa sensación, han conseguido torne mi ánimo a un estado de ansiedad permanente el cual me ha empujado a pedir tu ayuda. Pero permíteme ahora continuar, precisamente el mismo día de mi llegada y toma de posesión de la casa, entonces ya mi hogar, cuando las amables personas se deshacían porque me

sintiera como en casa y se despidieron deseándome una plácida estancia y me acomodara a su clima y costumbres; extremo este tan difícil, que su listón me ha sido imposible superar hasta el momento.

Pero sigamos. Una vez se marcharon, quedé a solas con la Sra. Anderson de quien he de decirte es un ángel conmigo y con esta casa, a la cual cada día ordena con puntualidad espartana y a quien debo los únicos instantes de compañía, y por tanto de tranquilidad, cuando me encuentro dentro de ella. Con la citada señora, recorrí toda la casa y conocí sus vericuetos, los cuales no son pocos, así como todo el menaje del que disponía. Terminó su exposición y, tras darme algunas exiguas instrucciones de dónde estaba cada cosa, se marchó para volver al día siguiente, como ha hecho hasta hoy mismo que te escribo estas líneas, un tanto desesperadas.

Sólo ya en la casa, parecía venirse encima de mí. Pero preferí abstraerme y dedicarme a subir al dormitorio y deshacer el equipaje. Guardé entonces todas mis ropas en el armario, ordenadas como ya sabes me gusta, y después bajé al salón para detenerme en la biblioteca que aún permanecía intacta, colmadas de libros de cierta valía y de variados temas los cuales pensé serían una buena distracción para aquellos días y noches venideros donde sería de locos aventurarse a salir de la casa, al menos hasta que llegara la lejana primavera ni siquiera en lontananza.

Tomé uno de los libros y me acomodé en el sillón el cual, a partir de aquel día, sería mi lugar preferido junto a la formidable chimenea y frente al ventanal que daba al exterior, por donde la tenue luz invernal penetraba tímida. No tardé en serenar mi ánimo y encontrarme, aunque en soledad, comfortable mientras leía páginas que me transportaban a otro tiempo y a otro lugar, apartándome de la realidad que me circundaba.

Pasaron raudos los minutos y la luz fue encogiéndose hasta ver sólo un ligero fulgor en el horizonte, advertido con esfuerzo a través del ventanal. Creí oportuno hacerme un té, para lo cual caminé hasta la cocina y puse el agua a hervir. Nada mejor que encender una pipa en esos momentos y, al palpar mis bolsillos, recordé cómo la había dejado encima de la mesita de noche en el dormitorio. Esperé hirviera el agua y después, ya lista la tetera, la dejé en el salón

junto al sillón en una mesa auxiliar y decidí subir por la pipa.

Ya te imaginarás la sensación que produce estar solo en una casa de considerables dimensiones, con techos que parecen no tener fin, pasillos con revueltas en ambos sentidos, mil puertas y ventanas y, en especial, maderas por suelos y paredes crujiendo al mínimo roce. Pues esa sensación de desasosiego era la que tenía en aquel instante, mientas peldaño a peldaño subía hacia el dormitorio, al tiempo que oía crujir la anciana madera reverberando por toda la escalera, a la vez que oía quejarse el pasamanos ligeramente desclavado y cimbreado al compás de mis pasos.

Tal como subía, pensaba cómo tendría que acostumbrarme a la tétrica algarabía de objetos, deseando interpretar su lúgubre sinfonía a cada uno de mis pasos, y transitar por aquellas estancias sin prestarles la más mínima atención. En contraposición a esta inocente cábala, debo confesarte que aún hoy no he conseguido acostumbrarme y persiste esa sensación que hace de mi garganta un nudo.

Continuo mi relato cuando ya alcancé la planta alta de la casa y, tras recorrer el pasillo, llegué a la que era mi habitación, con creces el mejor y mayor de todos los dormitorios y con la orientación al sur como es lógico en estos climas. Casi a oscuras, tuve que encender el candil para llegar hasta la mesita de noche. En efecto, allí estaba la pipa. La recogí y, al volverme, mi corazón no se paró por milésimas al ver cómo toda la ropa que, cuidadosamente había colocado en el armario, aparecía ahora revuelta encima de la cama.

Ya imagino otra vez tu rostro, aún más incrédulo. Yo mismo también creí era un simple olvido, o bien achacable a que había pensado colgar las ropas y después no lo hice y me marché al salón. Mi cabeza entonces navegaba en un mar de aguas procelosas, dando vueltas al paio de aquella visión que no tenía sentido. No quise alarmarme más y, paciente, coloqué de nuevo todas las ropas en el armario en idéntico orden al que las dejé; al menos eso pensaba había hecho.

Decidí entonces cerrar la puerta del dormitorio y regresar a la calidez del salón. Bajé las escaleras, envuelto en crujidos y lamentos tal como subí, y llegué junto al calor de la chimenea, me acomodé en el sillón y me dispuse a encender la pipa. Sin embargo, ésta se me cayó de las manos cuando pude ver con mis ojos

que la tetera y la taza no estaban donde las dejé. Recogí la pipa del suelo y me dirigí a la cocina. En efecto, allí permanecían en su sitio ambos utensilios y, además, fríos.

La cabeza esta vez pareció estallarme y un escalofrío hizo me tambaleara por momentos. No podía creer aquello. No podía asumir que el mismo pensamiento lo hubiera tenido y no lo hubiera hecho realidad. Comencé a dudar de mis actos y mi cordura, la cual estaba ya al límite de sus posibilidades. Mareado decidí dar por terminada la jornada y subí al dormitorio para acostarme y, de esta forma, olvidar aquellos acontecimientos que tanta desazón me provocaron. Debido al cansancio acumulado y la tortuosidad del camino sobre la vetusta diligencia que me trajo a este lugar, el sueño hizo mella en mí al instante y, ni siquiera aquel estado de ánimo temeroso en el que me encontraba, impidió caer en brazos de Morfeo. Fue un sueño profundo durante horas hasta que en un momento apareció ella.

Te preguntarás quién era ella. Si te soy sincero, tampoco sé aún de quién se trata. Sé que es una mujer, una bella mujer, joven, alta, delgada, pero no acierto a ver su rostro. Ni aquel día ni cada noche que viene a lomos de mis sueños. Desperté aquella primera noche con la sensación de que estaba allí, junto a mí, y desde entonces cada noche permanece esa impresión la cual me hace despertar cada madrugada.

Debo decirte que, si bien al principio percibía su presencia con una noción exenta de reservas, con el paso del tiempo y más en los últimos días, aquella ha mutado en un sombrío presentimiento de que hay algo terrible en esta joven y sus intenciones; al principio inocuas y las cuales ahora siento devenidas en letales para mi persona. Como puedes imaginar, querido amigo, esta ha sido una de las causas que me han movido a escribirte estas líneas, con la esperanza de conseguir salgas por unos días de ese tu mundo rodeado de féminas esperando tus dictados.

Pero continuo con el relato cuando la mañana posterior me incorporé a mis tareas como funcionario del gobierno y despaché los asuntos, sin más incidencias que las propias antes indicadas, relacionados con el carácter inducido por el aislamiento de estas gentes, tan ariscas en sus gestos como nobles en sus hechos. Pasó el día rápido entre caso y caso, entre disputa y disputa, entre sentencia y sentencia, las cuales pro-

curo siempre dictar no demasiado lesivas, pero no blandas con tal de salvaguardar el imperio de la Ley y su cumplimiento.

Pero por fin llegó la tarde y después la noche, en la que de nuevo me encontraba llegando a la cancela que daba acceso al que era ya mi hogar. La cerré con cuidado y, al volverme, pude observar cómo una figura indefinida me observaba desde el ventanal de la planta superior. Quedé petrificado ante aquella visión y no supe si volverme al juzgado o acelerar el paso para comprobar la inesperada visita sin mi permiso.

Opté por alargar la zancada y subir de dos en dos los peldaños que daban acceso a la puerta de entrada. Introduje la llave, abrí la puerta y me di de bruces con la Sra. Anderson, quien se disculpó por haberse demorado en concluir las tareas. Yo también me disculpé por la forma en la que había entrado y le cuestioné acerca de si estaba hacía unos momentos en la planta superior. Me contestó que, desde mediodía, no había subido y asegurándome haber permanecido todo el tiempo entre la cocina y el salón.

No quise dar pistas al principio de mis cuitas en la casa, y así obvié decirle lo que me parecía haber visto en aquel ventanal. Sin más, se despidió y quedé de nuevo a solas; ahora con el ánimo aún más encogido por la extraña visión. Tanto es así que preferí no indagar más, hacer caso omiso a mis propios ojos y achacar aquello a un reflejo motivado por el ocaso. Cené y volví a ocupar el sillón donde retomé la lectura del libro del día anterior y, esta vez, me aseguré tenía conmigo la pipa.

Si piensas que ocurrió algo, ahora sí te equivocas porque fue una velada plácida y aún más la noche en la que concilié el sueño a las mil maravillas. Claro que no faltó la visita en éste de aquella joven indefinida y, como acostumbra, todavía sin dar señales de sus verdaderas intenciones malsanas. La mañana llegó con el rumor de los campos cercanos y pareció la normalidad adueñarse de aquel lugar; tan inhóspito al recibirme.

Llegué puntual al juzgado y los casos se fueron sucediendo todo el día y así en los sucesivos, en los cuales la rutina fue arrinconando en la memoria los extraños momentos vividos, entregándome a mi trabajo aunque manteniéndose perenne el sueño reiterativo en la madrugada de cada noche. Tanto era así que, ya acos-

tumbrado a su persistencia, comencé a no darle mayor importancia y dejarme llevar con despreocupación.

Tres semanas transcurrieron sin sucesos dignos de comentarte y el cuerpo se me hacía a aquella vida, tediosa aunque plácida, trabando amistad con algunos lugareños quienes me hicieron frecuentar algunos domicilios en los que era recibido con la mayor cordialidad. Estos encuentros de los que te hablo, así como las charlas vespertinas con amistades fueron incrementándose, en días más benignos que lograban fuera mi estancia menos dura y pareciera entrar en una etapa de estabilidad.

Sin embargo, a estas alturas de mi relato, habrás colegido cómo ésta se habrá visto truncada y esto es así por los acontecimientos que, a los dos meses de haber entrado en la casa, volvieron a producirse. Todo se inició una tarde de domingo, en la que estaba enfrascado en la lectura de un volumen encontrado en la biblioteca. La noche ya se había echado encima y tras el ventanal sólo había neblina; lo que hacía que los cristales actuarán de espejo de cuanto existía y acontecía en aquella ancha estancia de la casa.

Mi atención estaba sobremedida concentrada en aquel texto, pero mis ojos en su campo de visión percibieron algo moviéndose a mis espaldas, lo cual veían reflejado en aquel ventanal. Ya consciente de aquel hecho, levanté levemente los ojos por encima del libro, los fijé en aquel reflejo proyectado y observé con claridad cómo la cortina que estaba detrás del sillón se abría lentamente. Mi corazón latió desahogado y el libro cayó de mis manos. Como un resorte, me levanté y di media vuelta para comprobar cuanto había visto.

El corazón pareció tomar de nuevo el rumbo de la normalidad cuando comprobé cómo la cortina permanecía quieta y, reuniendo fuerzas, me acerqué y la aparté para comprobar temeroso todavía que, en efecto, nada ni nadie estaba detrás de ella. Igual hice con todas las ventanas de la estancia, por si alguna estaba abierta y la más mínima corriente había podido causar aquel extraño movimiento; el cual creía a pies juntillas se había producido y reflejado en el ventanal.

Como habrás ya intuitivo, nada de estos hechos revelé a los lugareños con quienes me relacionaba, incluida la Sra. Anderson, y por la sencilla razón de que, siendo una autoridad, no podía permitir me tomaran por un lunático y así mi prestigio y consideración social se vieran afectados. De esta forma,

nadie conoce esta u otra situación en la que me he visto envuelto en la casa, que por otra parte ellos creen es una bendición pueda ocuparla al tenerla en gran estima, por lo que no quisiera defraudarles y negarme a vivir en ella. De cualquier forma, convendrás conmigo, todo tiene un límite.

Pero continuo, querido amigo, para poner en tu conocimiento que, tras el episodio antes narrado el cual puso a prueba mis nervios y de paso mi sistema cardiovascular, transcurrieron tres semanas sin más incidencias que la rotura de una cañería y algunos desperfectos provocados por una tempestad de algún grado superior a las que cotidianamente cruzan estas tierras. Temas que fueron solucionados con la mayor diligencia por la Sra. Anderson, quien se ocupó amablemente de su arreglo.

Sin embargo, la tregua concluyó súbita cuando una mañana me levanté antes de lo habitual y, mientras llegaba la Sra. Anderson, me anticipé preparándome una taza de té para despejarme. Sólo había tomado en mis manos la tetera y la había puesto en el fuego. Me agaché para encenderlo y, en ese momento justo, un vaso voló por encima de mi cabeza y se estrelló contra la pared haciéndose trizas.

Alarmado me di la vuelta y comprobé que no había nadie. Caminé hacia la puerta para hacer lo propio en el salón y, al intentar abrir el picaporte y poner las manos sobre éste, sentí cómo me ardían, hasta el punto de ver cómo el humo ascendía al techo. Un dolor intenso logró casi me desmallara pero, repuesto, metí las manos en un baño con agua para aliviar el escozor que sentía tan intenso.

Mientras hacía esto e intentaba calmarme, el pomo de la puerta comenzó a girar y mi corazón pareció salirse. La puerta se abrió lenta y tras ella apareció la Sra. Anderson, quien se quedó muda mirándome en aquella extraña posición con ambas manos metidas en el baño de agua y el vaso roto en mil cristales alfombrando la cocina. No supe qué decirle, salvo que era un patoso y justifiqué las quemaduras, aunque superficiales muy dolorosas, con mi intento de encender el fuego.

La verdad es que tengo que reconocer que su expresión de contrariedad hablaba a las claras de sus dudas acerca de mi comportamiento lo cual, unido a la primera de las incidencias con mis preguntas sobre la

persona que había creído ver en la planta superior, sembraron la duda en su mente sobre la cordura de mis actos.

Sin embargo, no era eso ahora lo que me preocupaba y sí determinar la naturaleza de aquello que había subido un escalón en su forma de hacerme patente su presencia en la casa. Y esta vez con formas poco educadas y más bien agresivas, teniendo en cuenta que de no haberme agachado tal vez no habría contado esto, sin desdeñar el picaporte ardiendo impidiéndome salir de la cocina.

Durante aquel día y las dos semanas que le siguieron todo fue normal y sin incidencias dignas de mención, a no ser por la llegada de la primavera y un cambio radical de temperatura. Los días se alargaban permitiendo el placer de los paseos por sus alrededores y, en particular, por las inmensas playas siempre que el viento lo permitiera y, la verdad, no era esto usual. Aun así, se podía disfrutar de sus vistas en las que convivían el verdor de la tierra y el intenso azul marino en días en los que el sol brillaba con todo su fulgor y las nubes parecían permitir una tregua en su insistente visita a aquellos parajes.

Todo parecía volver a la normalidad, incluso el sueño recurrente de cada noche lo daba por bien recibido, y la vida transcurría sin sobresaltos. Pero esta confianza no tardó mucho en torcerse, como ya de nuevo habrás anticipado en tus pensamientos al leer estas líneas azarosas. Pues bien, estando en el jardín de la casa una tarde, ya disfrutando de la bonanza del tiempo con una suave y tibia brisa soplando desde el sur, mientras estaba dedicado a podar algunos arbustos crecidos más de lo que debían, pude ver con claridad cómo una silueta de mujer paseaba por el salón cuyo ventanal veía desde donde me encontraba.

Solté las herramientas de poda, me quité los guantes y, recordando con total seguridad cómo la Sra. Anderson se había marchado hacía rato, me encaminé hacia la casa. Entré y no había nadie; pero estaba seguro de haber visto la silueta andando de un lado para otro. Me armé de valor y registré hasta el último rincón de la casa, no sin reservas y con la piel erizada cada vez que abría puerta o armario. Me mantuve quieto en cada una de las habitaciones con el oído concentrado en escuchar la más mínima señal de movimiento pero, salvo los crujidos ya habituales que conocía a la perfección, no oí nada sospechoso. Más tranquilo,

aunque también frustrado por no aprehender aquella forma fantasmagórica, salí de nuevo al jardín y retomé las tareas de poda y, al acercar el recogedor para limpiar el suelo de ramas cortadas, quedé estupefacto ante lo que vi. Escrito claramente sobre la tierra había un nombre de mujer: Emily.

Emily; pensé con un escalofrío, ya la piel erizada, antes de que la respiración se entrecortara y el corazón volviera a palpar furioso y desbocado. Aquella era la prueba palpable de que convivía en la casa con alguien y que no estaba dispuesta a dejarme tranquilo. Parecía haber tomado la decisión de hacerse tangible, de dar una señal material de su existencia y, de paso, poner a prueba mis nervios. Aquel nombre, que al principio no significaba nada, poco a poco hizo que mi mente estuviera ocupada en averiguar su significado. Por supuesto y tal como ya habrás imaginado, la Sra. Anderson fue la víctima propiciatoria para que le asaltara a preguntas acerca de las personas habitantes de la casa antes de mi llegada.

Me explicó con pelos y señales la tragedia que se vivió entre aquellas paredes cuando la hija de aquel matrimonio, formado por dos vecinos ejemplares de la localidad de sendas familias de rancio abolengo en la comarca, había regresado de la ciudad donde estudiaba para sumirse en una profunda depresión, de cuyos motivos no acertaron a saber sus desconsolados padres; quienes con profunda tristeza vieron cómo aquella jovencita, bella y jovial, alegría de aquella casa, había vuelto como si le hubieran extraído el alma, hasta tal punto de abandonarse físicamente, llegando a un estado lastimoso semanas antes de encerrarse en el baño y cortarse las venas.

Sí, querido amigo, estás en lo cierto cuando imaginas su nombre era Emily. Al escuchar aquella historia no pude por menos sentir compasión no sólo de sus padres sino también de ella misma. Tanto fue ese sentimiento compasivo que entendía aquellas formas que tenía de mostrarse ante mí, un extraño en su casa, en sus dominios, donde vagaba presa de la tristeza provocada por algún hecho que jamás se conoció y se llevó consigo al camposanto.

La Sra. Anderson me confesó que optó por no referirme aquella historia por si era susceptible de temer habitar en sitios donde otras personas se habían arrebatado la vida de forma tan trágica. La verdad es que antes no lo era y ahora sí; máxime cuando ella misma

me llevó al baño, el cual estaba entre la planta alta y la buhardilla, y de sopetón abrió la puerta. Te puedo asegurar que algo surgió de aquel lugar y nos traspasó; una energía invisible y gélida perforó nuestros cuerpos y dejó una sensación de que el tiempo y el espacio se desvanecían.

La propia Sra. Anderson me miró con expresión de perplejidad e incredulidad cuando le pregunté si había sentido lo mismo que yo. Guardó prudente silencio y tras persignarse tres veces cerró aquella puerta del baño para, con rostro al que abandonó el riego sanguíneo, bajó las escaleras con una diligencia jamás contemplada por mí en todo el tiempo que llevaba allí. Antes de marcharse, me advirtió hiciera oídos sordos de habladurías que, acerca de la casa, pudiera oír en el pueblo. Lo que curiosamente en esta oportunidad debería haber hecho, caso de que efectivamente alguien se hubiese dignado advertirme de los gustos espectrales de mi joven anfitriona.

De nuevo en la casa solo, aunque ahora ya conocida la historia y las causas que llevaron al trágico desenlace a Emily, estaba dispuesto a aceptar su compañía, siempre claro está no utilizara esos métodos violentos o terroríficos que hasta ahora había evidenciado. Como cosa curiosa, cesaron los sueños y las noches transcurrían con normalidad y sin pesadillas. Aunque bien es verdad que éstas, pero despierto, comenzaron más tarde.

Y esas, sin duda, son la causa de que me haya decidido a escribirte, ya con el ruego tengas la bondad de acercarte a ver a este amigo que se encuentra en apuros y cuyos nervios están a punto de jugarle una mala pasada. Pero sigo el detalle de mi relato que aún no ha llegado al final. Como ya te he dicho, esas pesadillas mientras estaba despierto, y que han hecho más mella en mi ánimo, comenzaron a los pocos días de haber conocido la historia de labios de la Sra. Anderson, cuando me disponía a salir rumbo a los quehaceres cotidianos en el juzgado y en la entrada de la casa fui a coger el sombrero y el abrigo.

Justo al lado de la puerta hay un espejo y en él, cuando levanté la cabeza tras ajustarme los botones, la vi claramente observándome: vestida de negro, blanca como la nieve, grises sus labios sin vida, negros sus ojos profundos, revuelta y sucia su cabellera, y aquella expresión de maldad dibujada en su rostro amenazador. No pude hacer ni decir nada más. Como

una estatua permanecí impresionado de la visión que rompía toda ley física, y ella, Emily, avanzó dentro de aquel espejo en el que parecía estar confinada, dirigiéndose a mí lenta pero sin pausa. No acerté a dar un paso y, cuando pude hacerlo, vi aterrado cómo aquel espejo, y con él aquella fantasmagoría, estallaba en mil pedazos inundando toda aquella estancia y, gracias a la fortuna, ninguno acertaba a impactar en mi cuerpo.

Te imaginarás que salí de allí como alma que lleva el diablo y, después de tranquilizarme con el paso de las horas, cientos de excusas pergeñé en mi mente para decidir cuál sería la menos fantásica para referir a la Sra. Anderson con tal de que no sospechara fuera uno más de mis delirios. De todas formas, me temo que por mucho que quiera engañarla, intuyo ya presente soy víctima de algún problema nervioso. Es algo que me preocupa, por los motivos ya referidos y te vuelvo a pedir vengas en cuanto te sea posible junto a mí en estos momentos de tribulación, teniendo en cuenta eres la única persona con quien comparto estos extraños acontecimientos.

Como ya verás, Emily pareció pasar a la acción, tomar confianza y revelarse, manifestarse de cualquier forma. Te pondré ejemplos: todas las mañanas comprobaba cómo en la taza en la que me servía el café la Sra. Anderson, al momento de echar la leche aparecía su nombre escrito. En el espejo del baño, una vez terminaba de asearme, aparecía también en el vaho y a veces junto a éste la huella de su mano, una mano realmente delicada y femenina. En cierta oportunidad me encontré un libro abierto encima del sillón y, como ya supondrás, la página comenzaba con su nombre: Emily.

La verdad es que estos hechos no pasaban de mera anécdota y los achaqué a una simple travesura. Claro que después pasó de nuevo a travesuras macabras que me volvieron a poner en alerta. Y esto ya fue la gota que colmó el vaso de mi paciencia y de mis nervios, hasta el punto de tener que ser tratado por el médico del consistorio. Y esta gota tuvo lugar mientras dormía. Era una noche no demasiado fría y la chimenea del dormitorio ni siquiera la encendí. De tal forma que, salvo la luz de la luna que entraba por las ventanas, mi dormitorio estaba en la más profunda penumbra.

Dormía profundamente cuando me despertó un ruido que supuse de algún roedor rondando por la buhardilla; después pensé en termitas haciendo su tra-

bajo en una casa que era como miel para un oso. Tras descartar estas ideas, mi piel volvió por sus fueros y se erizó cuando comprendí que aquel sonido era inconfundible de unos arañazos en la puerta de la estancia. Primero fueron leves, prácticamente tenía que hacer esfuerzos para escucharlos con nitidez pero, al poco rato, eran tan evidentes que de arañazos pasaron a garras cortando la madera en un ruido ensordecedor.

Luego de alcanzar su máximo apogeo aquellos sonidos, cesaron y en su lugar observé ya atemorizado cómo se vislumbraba luz por debajo de la puerta y, al unísono, se oían avanzar unos pasos por el corredor haciendo crujir sin recato la madera. Distinguí por debajo de la puerta a una figura que quedó quieta delante de ella y, tras unos instantes, agarró el pomo. Comenzó a girar y la puerta se fue abriendo lentamente.

De pronto, la luz bajo la puerta desapareció pero no así la figura que, a oscuras entraba en la habitación, a la que podía percibir gracias a la tenue luz que penetraba a través de las ventanas. Mi corazón dio signos de advertencia y latió ahora dando saltos, acelerándose y frenando sin orden, dejándome al albur de aquella situación que, por mucho presentida, nunca imaginada se produjera con tanta claridad, en la que pude distinguir a Emily en su carnalidad delante de mí, mostrándome sus muñecas abiertas, por donde se le fuera la vida.

Su rostro era un lamento y a la vez un desafío. Lloraba por un lado y amenazaba por el otro; sin poder hablar me hablaba; y comprendí me reclamaba a mí, tal vez mi cuerpo, tal vez mi alma. Emily me suplicaba y a la vez me castigaba. Emily, Emily, pensaba una y otra vez, quién eres, qué quieres de mí. Atenazado por aquella visión no atiné a ver cómo Emily portaba en su mano derecha un objeto. Cuando acerté a fijar mis ojos en él y comprender de qué se trataba, ya era demasiado tarde.

Sólo mi intuición y el azar que me sonrió, impidieron no acabara con aquel cuchillo que portaba penetrando por uno de mis ojos y acabara con mi paso por este mundo. Creo que lo vi salir, no sé si de su mano, pero el cuchillo voló desde donde ella estaba hacia mí y, tras esquivarlo, quedó clavado varios centímetros en el cabecero que estaba justo detrás de mí. Tras aquel intento fallido de cercenar mi vida, Emily se desvaneció dejando el rastro de una fina niebla que inundó el dormitorio, el cual volvió poco a poco a la penumbra.

Amigo Mark, tras leer estas líneas y en especial las finales, espero no te queden dudas de la situación en la que me encuentro y te sirvan de acicate para, al menos, hacerme una visita de circunstancia que alivie este espíritu malherido en el cual me he convertido. Ni que decir tiene que Emily persiste en sus intentos, cada vez más macabros y a los que, de momento, he salido sin daño. Aunque tal vez uno de estos días acierte y le acompañe en su aventura de ultratumba.

Recibe un abrazo de tu amigo en la esperanza de un pronto encuentro.

Nathaniel Lawson

* * *

Mark Hamilton, plegó la carta y con las manos aún temblorosas la guardó en el sobre que, con sumo cuidado, después introdujo en su chaqueta. Las tres personas que le acompañaban en aquel viaje, por tortuosos caminos mientras la diligencia cimbreaba apoyada en enormes ballestas, vieron en su rostro dibujada la preocupación y el temor.

Mark, el donjuán más descarado y alegre de la ciudad, odiado por ellos y amado por ellas, burlador, ladrón de corazones tanto juveniles como maduros, curtido en mil batallas amorosas donde sus conquistas blasonaban su escudo de armas, orlado por un enorme corazón latiente, se encontraba ahora abatido, hundido por las noticias que su gran amigo Nathaniel le daba desde las tierras en las que marchó tras alcanzar el juzgado comarcal, en cuyo empeño estudió con tanto ahínco, al que sumó sus influencias el mismo Mark. Era cuestión de un par de años y estarían juntos de nuevo, de correrías por la ciudad, rendida a sus pies desde sus años mozos en la universidad.

Pero Mark ahora dudaba de aquellos proyectos, tras leer las líneas que le habían impelido a abandonar todo y salir en estampida en busca de su amigo, al que sabía se encontraba en un peligro real. Mark supo, tras leerlas, que Nathaniel no recordaba aquella historia de la que fueron ambos protagonistas, aunque el principal lo fuera él.

Pensaba para sí Mark: Emily, claro que recuerdo quién era Emily y cuánto pesar le causamos.

Mientras las horas pasaban, mientras los paisajes cambiaban, mientras el aire tibio del comienzo del verano lo inundaba todo, Mark miraba hacia aquel horizonte que presagiaba tormenta en la lejanía, a la vez que chocaban las corrientes frías del mar con las calientes provenientes de las grandes praderas, provocando aquellas lluvias que dejaban olor a tierra mojada en los campos. Pero para él todo era un mero decorado cuando su mente viajaba años atrás, hacia aquellas jornadas universitarias, donde se sentían felices sólo con que el día amaneciera.

Recordaba Mark cómo entró Emily en su vida, y de paso en la de Nathaniel, cuando éste hizo de mensajero y celestina a la vez, ayudando a tejer la tela donde caería aquella joven provinciana, alojada en casa de sus tíos maternos y cuya candidez la hacía víctima perfecta para sus correrías. Y cayó en la primera oportunidad; sin resistencia recibió el veneno inoculado por él, un donjuán entonces en ciernes, el cual llenó todo su cuerpo y quedó paralizada ante sus encantos. Emily, Emily, rememoraba Mark siguiendo el traqueteo provocado por los baches del camino, una belleza frágil y delicada, una flor abierta de par en par para degustar en todo su esplendor y para la que no desaprovechó la oportunidad.

También Mark recordaba aquellos escasos dos meses cuando no se separó de ella ni un minuto del que disponían, colmándola de atenciones y ella entregándose en cuerpo y alma, enamorada hasta la saciedad y haciendo planes para una vida juntos. Pero Mark se conocía a sí mismo; sabía de su condición y que su veneno estaba preparado ya para ser utilizado con otra víctima a la que extraer toda su frescura, su juventud, su ilusión, dejándola vacía, sin alma; como a Emily.

Rememoró a ésta y su expresión desolada cuando supo de su intención de dejarla. También sus palabras cuando le dio la noticia de que esperaba un hijo, su desesperación ante la firmeza de él en su decisión de abandonarla, tras decirle que no era realmente amor lo que sentía por ella, a la que consideraba una amiga; una amiga muy

especial a la que pedía, con calculada frialdad y cinismo, no le guardase rencor.

De igual forma recordaba cómo le refirieron, semanas después, como había caído enferma y se había marchado con sus padres quienes vivían en un pueblo de la costa, allá en el norte. Y recordó, ahora con remordimiento, el alivio sentido entonces cuando escuchó estas noticias que le quitaban un peso de encima y le dejaban el camino libre para proseguir aquel oficio de rompecorazones, con tantos triunfos en su haber.

En estos pensamientos, llegó la diligencia por fin a la parada en el lejano pueblo donde se re-encontraría con su amigo y le confiaría todo aquello. Nada más bajar de aquélla, se dirigió al juzgado y le dieron noticia de la enfermedad en la que había caído su amigo, quien hacía una semana no acudía a su despacho. Rogó las indicaciones para llegar a su casa y así, uno de los alguaciles, tuvo la amabilidad de acercarle y en cuya puerta le dejó.

Por la carta de Nathan, Mark identificó plenamente la casa y decidido subió, tras pasar la cancela de hierro y el pequeño camino de tierra, los peldaños que daban acceso a ésta. Llamó y al momento una dama de mediana edad le abrió la puerta. Supo entonces que era la Sra. Anderson, quien se identificó como tal y la que le dio cuenta del estado de nerviosismo en el cual había caído su amigo el juez. Le previno de los desvaríos de Nathaniel, quien decía ser acosado por una especie de espectro, y que ella achacaba al agotamiento por la carga de trabajo del juzgado, como consecuencia de la asunción de las tareas del de la comarca vecina por vacante de la plaza.

Mark le dijo comprender el asunto y no hizo mención a la carta recibida, para escudarse en que su visita era algo ya acordado desde que le dieron aquel destino. La Sra. Anderson le condujo a la planta alta y al dormitorio donde Nathan se encontraba en la cama, en cuya mesita de noche había una batería de fármacos y comprimidos para recetar a todo un regimiento. La Sra. Anderson les dejó solos para marcharse y prometer volver al día siguiente.

No pudo ser más emocionante el encuentro de los dos amigos y compañeros de fechorías juveniles en la ciudad. Aquello supuso para Nathaniel el mejor remedio para su espíritu acongojado por aquellas apariciones espectrales que, tras el envío de la carta, refirió a Mark se recrudecieron hasta el punto de no permitirle salir de la casa, donde permanecía como si su prisionero se tratase.

Mark no tardó en poner al corriente a su amigo enfermo de quién era Emily, conocida por él como Grace, a la sazón su segundo nombre usado en las aulas, y sus motivos para comportarse de aquella manera, haciendo de su estancia en aquella casa una pesadilla. Nathan quedó abatido tras aquella revelación, haciendo que su mente se abriera como un resorte y recordara con gran amargura y remordimiento cómo él mismo había sido el vehículo de aquella añagaza, permitiendo a su amigo tomarla primero y abandonarla después. Recordó con tristeza a él mismo sirviéndole en bandeja a Mark aquella jovencita recatada, de una noble familia, burlándose junto a él de su triunfo, de la habilidad de sus artes para un engaño de tan graves consecuencias.

Nathan pareció revivir y, lanzando la ropa de cama, tomó las suyas, se vistió, se calzó y puso en una maleta sus pertenencias. A continuación y a la velocidad que le permitían los fármacos corriendo por sus venas, salió del dormitorio ayudado por Mark y juntos bajaron al salón. Mientras esto hacían, dijo a su amigo que era cuestión de vida o muerte abandonar cuanto antes aquella casa, por lo que aceleraron el paso ya cuanto pudieron; aunque fue en vano.

Al poner ambos los pies en el suelo del salón, comenzaron a volar todos los enseres que había: libros, cuadros, muebles, cristales, espejos, cerámicas, que no iban en un sentido circular sino recto hacia sus cuerpos, teniendo que hacer mil piruetas para esquivarlos. Un estruendo ensordecedor se adueñó de la casa y las paredes crujieron y se abrieron grietas, dejando ver las entrañas de ésta. Los techos se desmoronaban y las puertas salían desencajadas de sus marcos, volando en horizontal a modo de proyectiles pla-

nos dispuestos a cercenar cuanto se encontraran a su paso, en especial las cabezas de aquellos dos amigos quienes luchaban por alcanzar la puerta.

No les fue fácil, aunque les costó tener que dejar sus respectivos equipajes, y sin éstos por fin llegaron al recibidor. Mark intentó abrir la puerta y su mano quedó pegada al pomo, recibiendo una descarga eléctrica primero y después saliendo despedido hacia la pared posterior, golpeándose con gran estrepito. Aturdido se levantó y junto a Nathan tomaron un sillón y lo arrojaron con todas sus fuerzas sobre la cristalera que daba al exterior la cual, hecha añicos, permitió que ambos amigos salieran a la carrera y, sin mirar atrás, alcanzaran el centro de aquel pueblo al que se conjuraron para no volver jamás.

Para ello, vieron la diligencia en la puerta del consistorio partiendo ya hacia su próxima parada y comprendieron era la oportunidad para abandonar por la vía rápida aquel lugar. De nuevo corriendo desaforados abordaron en marcha al vehículo, cuyo cochero ni siquiera frenó al conseguir ambos su objetivo. Ya acomodados, comprobaron que iban solos y el color volvió a sus mejillas cuando vieron cómo se alejaban del pueblo y, sobre todo, de la casa donde Emily había aguardado paciente su venganza contra ellos; ahora liberados y victoriosos una vez más.

Ya en las afueras del pueblo, transitaba la diligencia con paso lento a causa de los acantilados por donde discurría el camino y el cochero concentrado en su trabajo al ser el momento más crítico de éste. Curtido en mil trayectos, jamás presencié algo como lo que ocurrió, cuando una joven, de rostro blanco como la nieve, con ojos negros y profundos como un abismo, apareció de la nada en la mitad de la senda y los caballos se lanzaron al galope desbocados mientras las ruedas bordeaban el precipicio, hasta que en una curva la diligencia salió volando por los aires para despeñarse por los acantilados y llegar hecha trozos a las rocas que, cientos de metros más abajo, eran batidas por el rugiente mar.

Para fortuna del cochero, había salido despedido en la primera embestida de los caballos y, herido en la cabeza tras el golpe recibido pero

aún consciente, pudo contemplar allí abajo y sobre las olas aquellos dos cuerpos de sus pasajeros imprevistos, rodeados por los de los caballos; mecidos en un trágico y postrero viaje sin retorno.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir la obra de Rafael Salcedo Ramírez en su perfil de [Amazon](#).



OCEÁNIDE

Un relato de horror por Amarië

Una vez hubo una flor
Que soñaba ser lucero,
Para asomarse a la orilla
De unos ojos marineros.”

Búscala....

Desperté sobresaltado. Me sentía muy acalorado, otra vez había soñado lo mismo. Otra vez con esa voz de mujer suave, melodiosa, tan cálida y atrayente que repetía una y otra vez algo sobre una misteriosa flor. Pero en el sueño sólo puedo ver la luna nacarada sobre un mar de olas incesantes. Me llevé unos minutos tumbado boca arriba meditando sobre el verso, el significado de esas palabras y la razón de por qué sueño lo mismo cada noche desde que embarqué hace ya más de un mes. Al no llegar a ninguna conclusión lógica me levanté del catre y busqué lápiz y papel para escribir el verso. Tal vez mañana alguno de los marineros, compañeros de faena, conocieran este verso... O al menos, lo hubiesen escuchado alguna vez.

El día siguiente fue tan duro de trabajo como el anterior, pero eso no quitó de mi cabeza el recuerdo de esa voz, ni las palabras que me repetía. Les enseñé el verso a casi todos los tripulantes del barco y jamás habían oído de él. Mucho no podía pedir de esos ignorantes pescadores. Ésa noche nuevamente volví a soñar con aquella voz. La podía sentir susurrante en mi oído, cálida y hermosa, haciendo que se erizara cada vello de mí curtida piel:

“Tanto desea reflejarse
En tan hermoso cristal,
Tanto lo ansia y espera
Que muriendo sola está.”

Búscala James... Búscala...

Otra vez desperté asustado e inquieto. El mismo sueño de cada noche... pero había cambiado. Esta vez, el verso era distinto aunque la misma voz lo pronunciaba. Las imágenes que vi en esa ocasión seguían siendo de un fuerte oleaje marino en una noche despejada de luna llena, pero las impetuosas olas chocaban contra un acantilado, quebrando el agua en miles de brillantes diamantes relucientes a la luz de la luna añil. ¿Qué significaba ese sueño? ¿Qué era esa flor tan hermosa que desfallecía por ser rescatada? La duda me mantuvo el resto de la noche sin dormir y el resto del siguiente día anonadado. Quería resolver el misterio que mi propia mente había creado.

Esperé con gran deseo a que cayera la noche, para poder irme a dormir y soñar con la dulce voz de mujer. Pensé que la inquietud, me impediría conciliar el sueño... Pero me equivoqué, mi cuerpo se hallaba tan agotado por la paliza de un día tan laborioso, que los ojos rápidamente se me cerraron y todo se volvió oscuridad. En aquella oscuridad sentí alguien pasar a mi lado. No podía ver nada, pero unos suaves cabellos me rozaron la cara dejándome impregnado de un exquisito aroma a flores... como el perfume de una mujer. Giré mi cuerpo siguiendo su estela. Y una voz resonó en mi oído acompañado de un cálido aliento que rozó mi mejilla:

“Atrapada tras el acantilado
Quiero desfallecer,
Porque aunque mire al horizonte
El mar no puedo ver.”

Sálvame James...

Nuevamente me desperté. Enloquecido por esa voz me puse en pie y salí a cubierta. La noche estaba despejada, el cielo abierto y estrellado

albergaba una grandiosa luna llena de color marfil. El mar estaba totalmente sosegado como un estanque. Miré en todas las direcciones... Pero no vi nada más que la curvada línea del horizonte. Busqué en mi bolsillo el trozo de papel donde escribí el verso e hincándome de rodillas en la húmeda madera añadí las nuevas líneas al poema que iba creciendo. ¿Qué significaba todo esto? ¿Dónde estaba esa mujer? Por verla con mis propios ojos daría cualquier cosa de mi estúpida e insignificante vida e iría a salvarla al fin del mundo si fuera necesario. Cubrí mi cara con mis manos, estaba enloqueciendo. ¿Pero de qué demonios estaba hablando? La cabeza me daba vueltas y no paraba de repetir esas palabras una y otra vez. De pronto... Oí un murmullo, suave y dulce junto a mi oído:

—James...

Me giré en redondo, pero nadie había tras de mí. Estaba solo en cubierta. Volví a oír mi nombre como traído con la suave brisa:

—James... Estoy aquí...

Me giré nuevamente en dirección al lugar de donde procedía aquella brisa. A lo lejos pude ver como las calmadas olas se agitaban al chocar contra las rocas.

—¿Dónde estás? —Grité— Iré a buscarte.

La brisa nuevamente trajo su atrayente voz a mi ansioso oído, un susurro desgarrador que me llevo hacía la proa:

“Si soy yo la dulce flor
Y tú mi deslumbrante marinero,
¿Demostrarás que tu amor
no me es tan traicionero?”

—Yo jamás te traicionaré mi flor. —Afirmé respondiendo a su pregunta.

Sentía que estaba cerca, podía notar la calidez de su voz, el perfume de sus cabellos y la pasión de sus sentimientos. Estaba dispuesto nadar hasta el mismísimo infierno para sacarla de allí y fundirla en mis fogosos besos. Entonces pude vislumbrar junto al acantilado sobre unas rocas lo que me pareció un cuerpo de mujer. Froté mis ojos para aclarar la vista. Y definitivamente me cercioré que estaba allí sentada esperándome para ser rescatada. De nuevo el viento atrajo su perfume y una voz que me llamaba:

—James... Sálvame... James...

Corrí en busca del timón, tenía que cambiar el rumbo de la embarcación, estaba totalmente enloquecido, su voz sonaba y resonaba en mi cabeza repitiéndome que la salvara. Estaba ebrio de su aroma y trastornado por su calidez. Quería llegar hasta ella y por fin tocarla, cogerla entre mis brazos y amarla... Esa única idea se repetía en mi cabeza.

Al fin llegué para coger el mando de la nave. Sorprendí al marinero que hacía su guardia nocturna.

—¿Qué te pasa James? —Me preguntó con mala cara.— Este no es tu puesto, lárgate.

Por un instante no supe reaccionar, pero oí de nuevo la voz de mi amada pidiendo entre lágrimas que la salvara. Me armé de valor y cogí una cuerda que por el suelo había tirada y rodeé la garganta del marinero. Intentó defenderse y desprenderse, pero apreté un fuerte nudo para que no pudiera soltarse. Lo arrastré hacía la popa, sus botas golpeaban la madera del suelo mientras pataleaba asfixiado. Lo agarré por sus ropas para, de un puñado, lanzarlo fuera del barco. Su cuello estaba ensangrentado y la cuerda hundida en su carne. Clavaba las uñas intentando aún desprenderse del cabo que rodeaba su garganta... pues ya no podía respirar y su cara estaba amoratada. Aún pataleaba. Entonces lo dejé caer al mar sin soltar la cuerda... Se oyó un crujido seco al frenar la caída del marinero colgado. Ya dejó de patlear y dejó caer el cuerpo inerte al mar. Me dirigí al timón y puse rumbo a mi amada flor.

Una vez orientado el rumbo me dirigí a proa una vez más. Allí oía mejor que en ningún otro lugar la melodía de su voz. Tan atrayente, tan enigmática, dulce y aromática. Me tenía encandilado. Tarareaba dulcemente un verso, que rápidamente reconocí:

“Una vez hubo una flor
Que soñaba ser lucero,
Para asomarse a la orilla
De unos ojos marineros.

Tanto desea reflejarse
En tan hermoso cristal,
Tanto lo ansia y espera
Que muriendo sola está...”

—No estarás sola nunca más... Yo voy a estar a tu lado... Mi flor...

Inesperadamente un fuerte golpe frenó la embarcación y me vi precipitado fuera del barco.

Por los aires salí expulsado, lamentablemente no caí al agua, sino sobre una enorme roca plana. Mi espalda crujió con un enorme chasquido. Aullé de dolor al sentir como se quebraban mis vértebras, no pude mover ni un centímetro mi cuerpo, ninguna de mis extremidades... y comprendí que se había roto mi columna vertebral con aquel golpe.

Alcé la mirada, el barco se hallaba encallado en las rocas... Inmóvil y roto igual que yo. Oí las voces de los marineros que corrían por la embarcación intentando salvar sus vidas... Pero un aroma a flores y un dulzor cálido de mujer atrajeron toda mi atención. Ahí apareció junto a mí, una mujer de cabellos rojos como el fuego, de piel aterciopelada y blanca como la nácar se

acercaba a gatas colocándose sobre mi cuerpo indefenso. Sus rizos acariciaron mi cara, envolviéndome en su suave aroma y calidez. Aquella mujer de ojos verdes y labios rojos me miraba apasionada y acariciaba mi cuerpo manchando sus manos de la sangre que de mí brotaba. Tal embrujo tenía sobre mí que ya no sentía dolor... Sólo la satisfacción de ver su escultural figura sobre mi cuerpo y sentir sus labios sonrientes rozar la piel de los míos:

—Gracias por la cena James.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Amarië en [Facebook](#), [Blogger](#) o [Twitter](#)



MI PROFESOR DE MÚSICA ES UN ZOMBI



Un cuento de aventuras, humor y horror de Mikel Medina
ilustrado por Ketsuo Ketsuo Tategami

Desmon y sus amigos sospechan del nuevo profesor de música. ¿Será un extraterrestre como afirma Bobo? Las averiguaciones de Vero, Bobo, y el propio Des, les conducen a un sorprendente descubrimiento... ¿Quieres saber cuál es?

Lee los siguientes capítulos de esta asombrosa aventura que comenzamos a publicar el mes pasado. Por la circunstancia del cierre de la revista no continuaremos su publicación, ¡pero te animamos a leer la historia completa! Tienes el link al final del relato.

Las aventuras de Desmon Teibol

3

Era una mañana magnífica. El sol de final de verano había salido en todo su esplendor y no había ninguna nube que le impidiera observar las andanzas de los jóvenes aventureros.

Verónica, Desmon y Bobo estaban en la puerta de la escuela veinte minutos antes de que empezaran las clases. Este era el día indicado para comenzar sus pesquisas.

—Bien —indicó Des—. Vero, tienes libre la segunda hora, ¿no? así que aprovecha para ver si puedes localizar a Bourhim y no le pierdas de vista hasta la hora del recreo...

—Vale —interrumpió la niña—. ¿Y luego?

—¡Luego acabamos con él! —exclamó Bobo.

—...luego —continuó Desmon haciendo como si no hubiera oído a su impetuoso amigo—, nos vemos en el patio y nos cuentas lo que hayas visto.

—¡Y luego le aplastamos como si fuera una cucaracha! —insistió el comedor de natillas.

—No seas plasta Bobo —cortó Vero.

—Sois unos aguafiestas —se quejó amargamente el interpelado.

* * *

Llegó la segunda hora. Verónica no tenía clase así que, con la excusa de ir a la sala de estudio, abandonó el aula y llegó hasta las escaleras. Bajó dos pisos, hasta la zona de administración, que es donde los profesores tienen su sala de descanso. Se asomó disimuladamente para observar por el ventanuco de cristal de la puerta. No tuvo suerte. En el interior sólo había dos personas, pero ni rastro del maestro sospechoso.

Un leve sonido a su espalda reclamó su atención. Alguien se estaba acercando. Rápidamente, se ocultó tras unos archivadores. Justo a tiempo, ya que su fino olfato ya comenzaba a sentir ciertos efluvios de sobra conocidos. Un instante más tarde una delgada figura enfundada en una bata blanca pasaba junto a ella sin percatarse de su



presencia. ¡Era Mr. Bourhim! El maestro continuó hasta llegar a la puerta metálica que daba al pasillo que llevaba hasta el gimnasio y los vestuarios. Verónica salió sigilosamente de su escondite y se apresuró en seguir los pasos del profesor. Cuando abrió la puerta y echó un vistazo se llevó una gran sorpresa. ¡Allí no había nadie! La puerta del gimnasio se encontraba al otro extremo del largo pasillo y era imposible que Mr. Bourhim hubiera llegado. Una extraña sensación la asaltó de repente: “va a resultar que *Bobo* tiene razón” pensó. Ya había tenido suficiente por el momento, así que decidió volver a su clase y esperar al recreo para hablar con los chicos.

—...y entonces no había nadie, había desaparecido —concluyó Vero ante la sorprendida mirada de sus amigos.

—Y-y-ya os lo dije —afirmó excitado *Bobo*.

—Vale, vale, ya está bien. Vayamos por partes y no nos dejemos llevar por las apariencias —cor-

tó Des mirando de reojo a su amigo para que se tranquilizara—. ¿Estás completamente segura de que no podía haber llegado al gimnasio?

—Segurísima. No habría llegado ni aunque fuese el mismísimo *Correcaminos*.

—Esto requiere una investigación más profunda. Vayamos hasta allá y veamos las cosas desde otro punto de vista —inquirió Desmon con expresión seria.

—Fafufoso... —añadió *Bobo* con la boca llena de un enorme bollo.

—*Bobo*... —dijo Vero.

—¿Fi?

—Cierra la boca que me estás poniendo perdida de migas.

Los tres amigos llegaron hasta la puerta exterior del gimnasio y se deslizaron sigilosamente en el interior. El enorme pabellón estaba compuesto por una cancha de baloncesto rodeada por unas gradas desmontables de madera. Las paredes de detrás de las canastas estaban cubiertas por espalderas. En el muro situado a su derecha estaba la puerta que conducía a los vestuarios. Frente a ellos se encontraba la que les interesaba: la que daba acceso al pasillo donde Vero había perdido de vista al nuevo profe.

—¡Holaaaa! ¿Qué hacéis aquíiiii?

La inconfundible voz de pito de *Merceditas* resonó con fuerza en todo el gimnasio. La insoportable niña bajó hasta donde estaban los tres amigos.

—¿Habéis venido a verme? Este es mi escondite secreto, es chulo ¿a qué sí?, pero vosotros podéis entrar cuando queráis —explicó *Merceditas*.

—No, no... sólo es que, esto... —Des no sabía qué decir.

—Estamos invest... ¡Ay! —*Bobo* iba a meter la pata como de costumbre, pero Vero había sido rápida y le había dado una disimulada patada en la espinilla.

—Te estábamos buscando —afirmó Verónica con expresión sincera.

—¿Sí?

—Claro, claro —confirmó Desmon—. ¿No es verdad *Bobo*?

—For sufuesto —corroboró el pequeño amigo después de haberse metido una magdalena entera en la boca.

El plan no había salido como esperaban. Además de no haber podido investigar el pasillo que llevaba del gimnasio al resto de la escuela, habían tenido que pasarse todo el recreo aguantando a la pesada de *Merceditas*, que ya no se separó de ellos hasta que la sirena anunció la reanudación de las clases.

4

Ya era hora de dejarse de tonterías. El problema se estaba volviendo una verdadera lata. Ya estaban a miércoles. Vero tendría clase con Mr. Bourhim el jueves, a última hora de la mañana; Desmon y *Bobo* no le verían hasta el viernes, también por la mañana. Era necesario hacer algo antes.

Ese mismo día, a la hora de comer, los tres amigos no perdieron de vista al *sospechoso*.

Los profesores y los alumnos compartían el mismo comedor, aunque tenían zonas separadas.

Se sentaron en la parte más cercana a la mesa de los profesores, y se mantuvieron alerta. Mr. Bourhim llegó un poco tarde, se sentó en el extremo más alejado de la mesa, y permaneció allí, casi inmóvil. Apenas cruzó palabra alguna con ninguno de sus compañeros maestros. Al parecer caía tan antipático a sus camaradas como a los propios alumnos. No probó bocado. Toda su comida quedó en el plato, a pesar de que, de vez en cuando, simulaba que se llevaba la cuchara a la boca.

—No es justo —se quejó Verónica—. A nosotros nos obligan a terminar con toda la comida.

—Incluso cuando hay puré de *no-se-sabe-qué* —añadió Des.

—A mí me gusta el puré —afirmó *Bobo* con seriedad.

—Tú es que eres capaz de comerte un burro muerto —apostilló Vero.

—Bueno —cortó Desmon—, centrémonos en lo realmente importante. Esta tarde después de las clases, resolveremos por fin el misterio.

—¡G-g-ge-genial!

* * *

Unas pocas horas más tarde, con la excusa de quedarse después de clase para jugar un rato en el colegio, Vero, Desmon y *Bobo*, no regresaron enseguida a sus casas. Por el contrario, se situaron en el patio, junto a la ventana de Secretaría. Como hacía calorcillo, la ventana estaba ligeramente abierta. Era suficiente. Los tres amigos se prepararon y, mientras Vero y Bob protegían a Des de cualquier mirada indiscreta, el pequeño de los Teibol realizó una de sus características hazañas: con un ligero tirón, la mano derecha del joven quedó separada del resto del brazo. Era como la mascota de las películas de la Familia Adams.

La mano, trepó sin dificultad hasta el alféizar y, con un ágil movimiento, se introdujo en la secretaría. Desmon permanecía fuera, con los ojos cerrados, concentrándose en la mano. No sabía cómo, pero con la práctica había comprobado que si cerraba los ojos podía “ver” de alguna manera a través de su mano.

La señorita Sanders, la encargada de la secretaría, no estaba. Perfecto. La mano efectuó un par de saltos más, como si fuera una horrible y gigantesca araña saltarina, y llegó hasta el archivador principal. Abrió el primer cajón, y luego el segundo. Nada. Por fin, en el tercero encontró lo que estaba buscando: la ficha de Mr. Bourhim. Los pequeños deditos de Desmon se movieron con rapidez. Arrugaron el papel hasta formar una bola. Un casi perfecto lanzamiento a través de la ventana entreabierta y la información llegó a manos de Verónica. Un instante más tarde, la



puerta de la oficina se abrió y la esbelta figura de la señorita Sanders apareció de repente, entrando en la secretaría.

La mano dio un enorme salto impulsada por la sorpresa y se agarró al perchero que estaba situado junto a la ventana. Otro veloz brinco y ya estaba fuera...

Des recogió su mano y la colocó de nuevo en su sitio. Al cabo de un segundo, no quedaba señal alguna de lo que había pasado. Los tres muchachos se alejaron un poco para evitar levantar sospechas y consultar la información obtenida.

—Buen trabajo Des —exclamó Vero.

—Sí —confirmó *Bobo*—. No me acostumbraré nunca a ver cómo haces *eso*.

—No es para tanto chicos —contestó Desmon adulado—. Bueno Vero, veamos qué podemos sacar en claro de la ficha del profe.

Extendieron con cuidado el arrugado papel, y se dispusieron a leerlo.

—Hum...

—¿Q-q-qué d-demonios pone? —preguntó nervioso Bob.

—Aquí está lo que estamos buscando... una dirección. Debe ser el domicilio del profe misterioso. Ahora sí que está en nuestras manos.

—¡Calle Sant Andrew número 37! Eso está aquí cerca —afirmó Desmon esperanzado.

—Creo que me apetece dar un paseo antes de ir a casa —dijo Vero con una pícara sonrisa en su rostro.

—¡Vamos pues! ¿¡A qué estamos esperando!?

—exclamó *Bobo* sin tartamudear.

Animados ante la posibilidad de descubrir los secretos del profesor de música, los chicos recorrieron la distancia que había entre el cole y la calle Sant Andrew en apenas diez minutos. Una vez allí, se llevaron una desilusionante sorpresa: ¡la dirección era falsa! En el famoso número 37 no había más que un solar vacío. Ni un edificio, ni una casa, ni un local, ni nada de nada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Verónica.

—No sé —contestó abatido Des.

—¿Qué esperabais...? —añadió un enfadado *Bobo*—, ¿que el profe marciano viviera en una elegante casita? Esto es una prueba de que algo raro pasa con el dichoso tipejo ¿no?

—Puede que haya un error en la ficha. Quizá el número está equivocado y viva en el 73, o en otro portal —dijo Des.

—Puede ser, pero hay que reconocer que la situación es de lo más sospechosa —apuntó Vero abatida.

Y así continuaron los tres amigos durante un buen rato. Estaban bastante desanimados, y como comenzaba a anochecer decidieron irse cada uno a su casa y continuar con las investigaciones al día siguiente.

5

Había llegado el jueves. Verónica tenía música a última hora de la mañana. Como era la primera clase que daba Mr. Bourhim ese día, no apareció por el colegio hasta cinco minutos antes de empezar la asignatura. Ese era una de las dificultades que los muchachos tenían por tratarse del profe de música, si hubiera sido el maestro de lengua o de matemáticas, se pasaría el día en la escuela, y podrían tenerle mucho más controlado.

Vero estuvo especialmente atenta durante la hora. Se fijó en que el profe seguía con sus incómodos guantes, aunque a él parecían no molestarle. También notó que seguía usando cantidades exageradas de colonia barata.

La clase transcurrió con normalidad. Como eran los primeros días, el profesor quería conocer el nivel de sus alumnos, así que mandó a varios de ellos que tocaran un fragmento de una sencilla pieza con la flauta. Uno por uno, los estudiantes fueron interpretando más o menos torpemente la parte que les correspondía. Primero fue Alvaro, luego le tocó el turno a Amanda, y más tarde a Esther. Así uno tras otro, casi la mitad de la clase. El profe se mantenía en pie, junto a la pizarra. Inmóvil. Cualquiera diría que se había quedado dormido pero, cada pocos segundos, aspiraba el aire de una forma extraña, casi como suspirando.

Al acabar la hora Mr. Bourhim se despidió de los niños con una sonrisa peculiar. A Vero le pareció una mueca grotesca en el rostro delgado, y normalmente serio, del profesor.

* * *

Por la tarde, a primera hora, Verónica tenía clase de historia. A la hora de comer, se había reunido con Des y Bobo, como de costumbre, y habían estado hablando sobre Mr. Bourhim, como de costumbre también. Estaban bastante confundidos, y no habían conseguido llegar a ninguna conclusión.

Verónica entró al aula la última. Eso provocó que la profesora de historia, la señorita Fourler, la mirara con cara de pocos amigos. La clase comenzó con normalidad, pero al cabo de unos minutos, una mano se alzó de pronto, llamando la atención de la profesora e interrumpiendo su monótono discurso.

—¿Qué quieres Amanda? —la maestra estaba contrariada por la interrupción, pero Amanda Selton era una de sus alumnas preferidas.

—Me encuentro mal, señorita —acertó a decir la niña con un hilo de voz.

—La verdad es que se te ve muy pálida —confirmó la profesora acercándose a la niña—. Lo mejor será que te acerques a la enfermería.

—S-señorita —la voz de otra niña se elevó apenas lo suficiente como para que la oyeran—. Yo también me siento mal.

La que así hablaba era Esther, otra compañera de clase que se sentaba en la primera fila, al lado de Amanda.

—¡Santo Dios! —exclamó la señorita Fourler horrorizada—. A ver si vais a tener algo contagioso. Venid las dos conmigo.

Al cabo de unos minutos la profesora regresó después de haber acompañado a las niñas a la enfermería del cole, y continuó la clase sin más. Sin embargo, Verónica no podía quitarse de la cabeza que algo raro pasaba con la repentina enfermedad de Amanda y Esther.

Esa misma tarde, cuando iban a finalizar las clases, el director habló por megafonía avisando a los niños de que había un pequeño brote de un extraño virus, y que siete compañeros estaban ya enfermos. Rogó a los alumnos que informaran a sus padres y que adoptaran todas las precauciones posibles.

—¿Qué te parece la *epidemia*? —preguntó Des cuando se encontraron después de clase.

—De nuestra clase no hay nadie enfermo —añadió Bobo.

—De la mía sí. Esther y Amanda...

—Vaya dos repipis —opinó Desmon.

—Sin embargo —continuó Vero—, hay algo muy extraño en todo esto. ¿Sabéis quienes han sido los otros enfermos?

—No —contestó Bobo.

—Ni idea —corroboró Des— ¿Por?

—Creo que el profe de música es el responsable. No sé cómo, pero estoy segura que ha tenido algo que ver en todo esto.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, da la casualidad que tanto Esther como Amanda han sido dos de las niñas a las que Bourhim ha hecho intervenir en clase.

—Ya, pero seguro que no han sido las únicas —apuntó Des.

—No —dijo Vero—, pero son las únicas que se sientan en la primera fila, justo junto al profe.

Los tres amigos continuaron andando en silencio. Estaban pensativos. Hasta ahora no habían percibido un peligro real por parte del profesor de música. Eso había cambiado esa tarde.

—Mañana saldremos de dudas —dijo Desmon—. Sólo tenemos que estar atentos y ver qué ocurre en nuestra clase.

—Por suerte ni Des ni yo nos sentamos en las primeras filas —apostilló Bobo.

—Es verdad —dijo Vero—, yo mientras estaré alerta para ver qué sucede con Amanda y Esther.

—De acuerdo entonces. Otra cosa, por lo que pudiera pasar, sería bueno que pidiéramos permiso a nuestros padres para pasar el fin de semana fuera de casa. Al menos la noche del viernes.

—¡Estás loco! —exclamó Bob—. Es imposible que mis padres me dejen.

—No si les dices que pasarás la noche en mi casa —expuso Des con una sonrisa de inteligencia.

—Ya lo entiendo —dijo Verónica con complicidad.

—Pues yo no me entero de nada.

—Es muy fácil —siguió Vero—. Tú les dices a

tus padres que estarás en casa de Des; él, por su parte, les dirá que va a pasar la noche en la mía; y yo, les diré a los míos que la reunión será en tu casa.

—¡Funcionará! —afirmó Des.

—Más nos vale —contestó Bobo—, o de lo contrario voy a estar castigado hasta que me case.

¿Te han gustado los capítulos?

¿Quieres saber cómo sigue y termina la historia?

Entonces tenemos una buena noticia para ti: ¡Puedes adquirir el cuento completo en formato Kindle a través del siguiente link!

[Mi profesor de música es un zombi](#)

EL CAMINO DE LAS HUERTAS

Un relato de terror por Alejandro Valiente Lourtau

Cuando compramos el piso nuevo, papá nos llevó en el coche a ver los terrenos donde se iba a levantar el edificio y, una vez allí, nos aseguró que muy pronto aquellas lomas cubiertas de cardos secos se habrían convertido en un barrio más de la ciudad al que se podría acceder circulando por una amplia avenida. Mamá sonreía emocionada, mi hermano Juanito, que entonces tenía solo cinco años, corría sin parar de un lado para otro y yo estaba triste por tener que abandonar nuestra pequeña vivienda del centro y alejarme de mis amigas. Ya han pasado casi cuatro años desde entonces y, como consecuencia de la crisis económica de la que tanto se habla, no es demasiado lo que se ha cumplido de aquellos deseos. Al lado de nuestro edificio se levanta otro idéntico y delante de ambos se extiende una fila de adosados, mientras que detrás de ellos se encuentran abandonadas las estructuras recién iniciadas de otros dos bloques. También iban a construirse más adosados, aunque el solar que se niveló para acogerlos ya se halla cubierto por la vegetación. La ciudad se ve al fondo, un poco alejada, como una ensoñación que pareciera tocarse con los dedos, sin alcanzarse jamás. Para venir desde ella, si se hace andando, hay que seguir una estrecha vereda de tierra, en cuyos extremos pueden verse el principio de las aceras que iban a flanquear la gran avenida que estaba proyectada. Llegar en coche tampoco resulta sencillo, debiendo utilizarse una pista asfaltada que recorre el tramo de la avenida que debía haber unido los edificios con una carretera que discurre a sus espaldas.

Al tío Luis el sitio no le gustó desde un principio. Consideraba que se encontraba muy alejado y se reía del nombre de la urbanización:

“El Cortijo de las Huertas”, diciendo que todo el mundo sabía que el único cortijo que existía cerca del camino de las Huertas era El Ventorrillo, un campamento de chabolas y viviendas improvisadas visitado con asiduidad por drogadictos. Papá, conocedor de esa realidad, le objetaba que en poco tiempo la zona estaría llena de edificios y El Ventorrillo y cuanto se relacionaba con él se habrían trasladado a otro emplazamiento. Se esforzaba por demostrarle que la adquisición que habíamos hecho era una oportunidad a la que no podríamos acceder en pocos años, porque los precios a los que se venderían entonces los pisos nos lo impedirían. El tío Luis, por no llevar siempre la contraria a papá, le reconocía que en eso sí tenía razón, que las viviendas no pararían de subir, como ocurría en todos los lugares.

Fue en una de esas ocasiones, entre bromas y veras, cuando el tío Luis mencionó por primera vez al Hombre Oscuro. Papá acababa de explicarle por enésima vez la forma en que el paraje se iría cubriendo de bloques de viviendas y el tío Luis, seguramente para liberarse de la cara de aburrimiento que le había ido apareciendo conforme escuchaba la perorata, le espetó: “Si, todo lo que tú quieras, pero, por muchos edificios que construyan, el Hombre Oscuro seguirá allí”. A papá se le quedó cara de no saber de que le hablaban. “El Hombre Oscuro, ¿qué Hombre Oscuro?”, fue lo único que alcanzó a decir. “¿No te acuerdas de la historia que nos contaba el abuelo Tomás cuando éramos pequeños?”, le interrogó extrañado el tío. Papá negó con la cabeza. “¡Si, hombre, cómo no te vas a acordar!”, insistió de nuevo el tío. “¡Que no, Luis, que no me acuerdo!”, concluyó papá

un poco enfadado. “Bueno, vale, vale, si no te acuerdas, no te acuerdas”, admitió finalmente mi tío, precisándole, a continuación, “pero tu eras siempre el que le pedía al abuelo que la contará. Hacía ya tiempo que no lo recordaba, y me vino a la memoria el otro día pensando en el camino de las Huertas. El abuelo decía que por el camino rondaba el espíritu de un hombre al que asesinaron unos ladrones cuando venía a la ciudad. El suceso debía haber pasado antiguamente, pues el abuelo aseguraba que conocía la historia desde que era un niño. Quienes se encontraban con aquella alma en pena, lo único que lograban apuntar es que se trataba de una figura alta y oscura. Nadie recordaba su cara y corría la creencia que verle el rostro significaba la muerte. Luego el abuelo solía aludir a dos individuos que, aprovechando la noche, se dedicaban a robar fruta en los huertos y cuyos cuerpos habían sido hallados sin vida junto al camino. Refería que quienes los encontraron se quedaron sobrecogidos al contemplar la mueca de pánico que había quedado impresa en sus caras, como si hubieran visto al mismísimo diablo.” “Cuentos del abuelo para meternos miedo y que no nos escapáramos solos al campo”, fue lo único que se le ocurrió decir a papá, que había escuchado en completo silencio toda la narración del tío. “Ya verás tú dónde va el Hombre Oscuro cuando El Cortijo de las Huertas sea un barrio más de la ciudad, lleno de calles, de coches y de gente”.

Papá no estuvo muy acertado en sus predicciones aquella tarde, si bien es verdad que durante mucho tiempo no volvimos a escuchar hablar del Hombre Oscuro. Cuando nos entregaron el piso estuvimos demasiado ocupados para pensar en otra cosa que no fueran el traslado. Papá no dejaba de impacientarse con la lentitud de mamá para empaquetar todas nuestras cosas, y ella no dejaba de recordarle que no podíamos olvidarnos absolutamente de nada. Fueron unos días horribles durante los cuales mi hermano y yo nos aburrimos mortalmente por no poder salir casi de casa, salvo para ir al colegio.

Me hubiese conformado con cuanto habíamos pasado si al llegar a nuestro recién estrenado hogar nos hubiera estado esperando la tranqui-

lidad. Pero, no, ni mucho menos, lo que nos topamos allí fue con más trabajo, ya que hubo que colocar todo lo que habíamos traído y mamá se empeñó en que yo me ocupara de mi ropa y la ayudara con la de mi hermanito. Fue un rollo. Sólo con pensar en mis amigas recorriendo cada tarde el paseo, mientras yo tenía que permanecer entre aquellas cuatro paredes, me ponía furiosa. Al día siguiente llegaban hablando de los chicos con los que habían estado y yo tenía que poner buena cara al escucharlas y fastidiarme. ¿Qué otra cosa podía hacer? Mejor eso que empezar a hablarles de los cardos que se veían desde la terraza de nuestra casa.

Lo peor, de todas formas, no fue el abandono de nuestra vivienda del centro y la paliza que nos supuso el traslado, lo realmente malo aún estaba por llegar de verdad. Incluso los problemas para conseguir que nos conectaran a la línea telefónica o que nos instalasen contenedores y vinieran los camiones de basura a recogerlos se quedaron en poca cosa. Lo realmente terriblemente ocurrió el día que se supo que la empresa constructora había quebrado y ya no seguiría levantando más edificios. Y de repente la ciudad pareció alejarse de nuestra residencia, sobre todo al saber que la avenida que debería habernos conectarnos con ella iba a permanecer parada durante mucho tiempo. Daba la sensación de que los cardos que poblaban ese espacio desierto, que comenzaban a secarse por aquel entonces, se hubiesen erigido en una barrera casi infranqueable. Únicamente el paso constante de vecinos en una y otra dirección logró mantener abierto el estrecho caminito por el que daba la impresión de llegarnos la vida.

Papá llevó muy mal todos aquellos reveses. Ni siquiera la constante presencia del tío Luis conseguía animarle. Se refugiaba a solas en la terraza y permanecía largo tiempo, en ocasiones más de una hora, observando impotente los tejados de El Ventorrillo, que a sus ojos debían manifestarse como una amenaza que nos cercaba por todos lados. En alguna ocasión le escuché decirle a mamá, muy bajito: “¿Qué he hecho? ¿Dónde os he traído?”, sin que las palabras con las que ella lo abrazaba sirvieran para mucho. La única forma que pareció encontrar

para enmendar su culpa fue aumentar, casi hasta la asfixia, las prevenciones sobre mi hermano y sobre mí. Nos llevaba al colegio en coche, nos recogía más tarde, de vuelta a casa, y siempre estaba dispuesto a acompañarnos a cualquier lugar. Juanito tuvo que acostumbrarse a contemplarlo convertido en diligente guardaespaldas mientras jugaba en el destartelado parquecillo existente a la sombra de los edificios, y yo debí resignarme a ver su figura agotando el tiempo en los bancos del paseo cuando quedaba con las amigas.

Sin duda fue a causa de esa obsesión por nuestra seguridad por lo que papá tardó más que los restantes vecinos en enterarse de los comentarios que comenzaron a surgir acerca del Hombre Oscuro. Ya durante el verano empezó a hablarse de la presencia de un hombre completamente vestido de negro y tocado con un sombrero del mismo color al que era posible observar, sobre todo a la caída de la tarde, cerca de las tapias de piedra y tierra de las antiguas huertas, situadas a la izquierda de los edificios, en dirección a El Ventorrillo. Hubo quien manifestó su extrañeza porque resultara imposible verle la cara. Por más que se girase, sus facciones siempre aparecían amparadas por una sombra espesa e inescrutable, dando la sensación de que el ala del sombrero impidiera a la luz acariciarle el rostro. Las contadas ocasiones en que se le vio, se limitó a permanecer muy quieto, transmitiendo la sensación de que mantenía su mirada fija en la lejanía, sin que le importaran lo más mínimo los edificios desde los que era seguido. Algo debía imponer su presencia, porque nadie se atrevió a acercarse hasta donde se encontraba e, incluso, aquella zona de paredones medio derruidos que hacían compañía a la famélica vereda que se mantenía del antiguo camino de las Huertas, que iba a desembocar y morir en la senda que nosotros utilizábamos para venir de la ciudad, se convirtió en un sitio evitado. Eso sí, la excusa para no ir hasta allí fue la presencia ocasional de individuos desgreñados en sus inmediaciones.

A pesar de todo, la convivencia con el enigmático personaje, salvo la extrañeza del momento de la observación y el posterior revuelo que provocaban entre los más crédulos los comentarios

sobre lo ocurrido, no dio lugar a ningún problema. Es verdad que quienes eran más aprensivos no disfrutaban de su presencia, pero tampoco lo consideraban una amenaza. E incluso hubo quien vaticinó que terminaría por descubrirse la verdadera identidad de aquel individuo.

Las cosas cambiaron cuando septiembre se aproximaba a su final. Una de las vecinas del otro bloque regresaba andando de hacer la compra del supermercado más cercano, situado en los bajos de uno de los edificios desde donde la ciudad contempla nuestra solitaria urbanización. Sujetando una bolsa en cada mano, la mujer marchaba despacio, con la cabeza baja para evitar tropezar en algún bache o enredar un pie en las plantas que atosigaban los márgenes del camino que recorría. Sólo de vez en cuando alzaba la mirada para calcular la distancia que le restaba hasta llegar a su destino. Luego volvía a fijar la vista en la senda de tierra y continuaba con su esfuerzo. Ella afirmaría más tarde que la última vez que había medido el trecho que le faltaba hasta la fila de adosados no había observado a nadie en el camino. Inmediatamente después, apenas podría haber dado tres pasos, sintió una racha de aire gélido atravesando sus ropas y tuvo la impresión, no, contempló con el rabillo del ojo como una figura oscura pasaba rauda a su lado. Y cuando se volvió para comprobar adónde había ido, tampoco detrás de ella había nadie. Tras unos instantes de duda, reemprendió la marcha muy asustada. Andaba todo lo deprisa que se lo permitía la carga que llevaba y hasta que llegó a su casa no dejó sin dejar de girar la cabeza para asegurarse que nadie la seguía.

A papá no le gustó que, a consecuencia de ese suceso, mamá contara a los vecinos la historia del Hombre Oscuro. Dijo que era una historia a la que no había que hacer caso y que el tío Luis había sido un irresponsable al mencionarla, sobre todo por hacerlo delante de mi hermanito y de mí. Afirmó además que lo que estaba ocurriendo venía provocado por la paralización de la obra y que esas figuras que se veían junto a las tapias caídas de las antiguas huertas no eran otra cosa que visitantes de El Ventorrillo. Ahí es donde él situaba el origen de los peligros que

verdaderamente debíamos temer. Y para terminar, relacionó lo que le había ocurrido a la mujer esa mañana con algún efecto óptico provocado por el sol, que la inventiva de la buena señora se había apresurado a transformar en un fantasma.

Mamá no se atrevió a llevar la contraria a papá y prefirió callar. Tampoco le habló de nada de aquello al tío Luis durante sus visitas. Quería evitar cualquier problema. En cambio, no dudaba en participar en los corrillos que hacían las vecinas para hablar del tema, en los que siempre la acogían con interés por haber sido la que había dado a conocer la existencia del Hombre Oscuro. Procuraba que ninguno de nosotros estuviese presente, pero en las ocasiones en las que coincidí con alguno de esos grupillos pude comprobar que todo era fabular y temer un encuentro con la aparición. Encuentro que no se produjo, debido a que, después de la experiencia sufrida por la vecina aquella mañana de inicios otoño, el Hombre Oscuro pareció desaparecer y ni siquiera volvió a vérselo a la caída de la tarde junto a los paredones arruinados que solía frecuentar.

Sin nuevas anécdotas para unir a las conocidas, el tema del Hombre Oscuro fue perdiendo fuerza y antes de la llegada del invierno estaba arrinconado y casi olvidado. Es verdad que cuando alguien hacía un comentario sobre él, sombras de temor volvían a poblar los rostros de quienes le escuchaban, pero nada más. Ocuparon su lugar los problemas sin resolver del barrio, ya que seguíamos sin autobús urbano y los teléfonos se iban instalando con una lentitud exasperante, por no hablar de la siempre palpitante amenaza que suponía El Ventorrillo.

Papá tampoco había cambiado y continuaba ejerciendo de escolta de Juanito y mía. Debido a ello, cada vez tenía menos ganas de quedar con mis amigas y a punto estuve de renunciar a acudir a la fiesta del invierno que organizaban los alumnos del último curso de Bachillerato para costearse la excursión que iban a hacer antes de Semana Santa. Fue mi amiga Ana quien me salvó de permanecer aquella noche en casa. Por entonces, Ana salía con Juanjo, uno de los organizadores de la fiesta que, debido a que era

repetidor, tenía carné de conducir y coche. Había prometido llevarla y Ana consiguió que me incluyese a mí en su recorrido. Hablé con mamá y, entre las dos, convencimos a papá para que accediera. Yo le prometí que estaría a las doce en casa y si había algún problema lo llamaría para que fuese a buscarme. No me podía creer la suerte que acababa de tener.

La fiesta, sabiendo que papá no rondaba por el exterior del local, fue una maravilla. Por fin pude divertirme con mis amigas sin sentirme avergonzada por la presencia de papá. Bailé cuanto quise, me presentaron a un montón de chicos y la cosa empezó a estropearse cuando Juanjo, que al ser de los mayores era uno de los que más se estaba ocupando de la organización, me preguntó dónde estaba Ana. Le dije la verdad, que no lo sabía, pero me callé mis suposiciones, ya que un rato antes la había visto con Anselmo, un compañero de nuestra clase que le hacía tilín. Cómo iba a pensar que Ana se iría con él sabiendo que yo tenía que regresar a casa en el coche de Juanjo. Juanjo no los pilló, aunque tampoco eso sirvió de nada, porque pasado un rato debió marcharse de la fiesta sin decirme nada. Al fin y al cabo, su obligación conmigo pasaba por Ana. Si me hubiese dicho algo, quizá yo habría llamado en ese momento a papá. Cuando no faltaba más que un cuarto de hora para dar la doce, me pareció demasiado tarde. Imaginé a papá a mi lado en cada una de las fiestas y encuentros que se produjesen a lo largo del curso y me angustié. Ningún chico se acercaría a mí y mis amigas terminarían por hacer lo mismo para que no les estropease algún plan. Me veía pasando meses sola y aburrida. Y al curso siguiente, lo mismo. Todo por haber abandonado nuestra casa del centro y habernos ido a vivir a un lugar horroroso donde nadie querría estar.

Al menos me sirvió de consuelo que Teresa y Mercedes pudieran acompañarme un trecho. Ambas vivían en uno de los edificios que se podían ver desde nuestra urbanización. Durante todo el rato me estuvieron insistiendo en que llamase a papá o pidiese un taxi. Incluso me ofrecieron dinero para pagarlo si yo no tenía bastante. No quise. Aparte del enfado con Ana,

a la que pensaba echar en cara el lunes como había tenido que ir andando hasta mi casa, no cesaba de repetirme que papá nunca debía saber que aquella noche había concluido de una manera distinta a lo que él esperaba. Lo del taxi no era mala idea, pero me dio en pensar que papá me vería llegar en él y no quise ni imaginar lo que sucedería entonces. Así que, tras comprobar que el reloj ya marcaba las doce de la noche me despedí de Teresa y Mercedes y me dirigí hacia la franja de oscuridad que se extendía entre el límite de la ciudad y la urbanización. A pesar de la lejanía, me pareció distinguir luz en la ventana de nuestra casa.

La última vez que giré la cabeza, Teresa y Mercedes estaban entrando en el portal del edificio que acogía sus viviendas. Luego me interné en las sombras. Las ventanitas iluminadas de los dos edificios y de los adosados y las farolas existentes en la calle que discurría entre ambos se convirtieron en mi distante referencia. Resultaba difícil seguir el camino sin apenas distinguirlo, sin apenas mirarlo por estar pendiente de cuanto ocurría a mí alrededor, temiendo escuchar algún ruido sospechoso procedente del campo inmediato. Quería ir deprisa, pero los tacones de mis zapatos me lo impedían, obligándome a asegurar cada paso que daba. Además, en cuanto me desviaba un poco de la senda, los cardos secos que crecían a sus lados laceraban mis brazos y mis piernas, sin que el abrigo que llevaba puesto sirviese para mucho. Pero no podía parar, porque huía de las imágenes del Hombre Oscuro y de la multitud de individuos procedentes de El Ventorrillo que habían empezado a poblar mi cabeza. Creía verlos agazapados tras cada mata de hierba y mi intranquilidad crecía más y más. Comenzaron a temblarme las piernas y di algunos traspies. “Tranquilízate, tranquilízate, no pasa nada”, me repetí, temiendo caerme y no poder explicarle a papá, y también a mamá, el estado en que quedase mi ropa. No sirvió de nada, pues mi miedo no dejó de aumentar y los pasos que daba eran cada vez más vacilantes. Mi corazóncito empezó a decirme que nunca llegaría hasta la urbanización, cuyas construcciones tenía la sensación que, en lugar de acercarse, cada vez se alejaban más.

Los temores que me acechaban parecieron quedarse en nada cuando verdaderamente un sonido llegó hasta mis oídos. El leve roce de un cuerpo desconocido contra los hierbajos que poblaban el descampado penetró en mi cabeza como la detonación que provoca una explosión. La voz que escuché a continuación descompuso mis nervios y casi me hizo llorar. Seguí andando llevada por la inercia, temiendo ser incapaz de dar un paso más si me detenía. Eran dos hombres, y no tardaron en situarse cada uno a un lado del camino, sin importarles verse obligados a pisar los cardos que se interponían ante ellos, dejándome a mí en medio. Caminaba deprisa, pero ellos no tuvieron ningún problema para seguirme. El que parecía mayor de los dos, un individuo de barba desastrada y pelo ensortijado que vestía una jersey oscuro plagado de rotos, se dirigió a mí: “¿A dónde va una niña tan guapa sola a estas horas?” No le contesté. Del otro lado me llegó una risa ronca y un comentario que no hizo sino aumentar mi miedo: “Eso, eso, ¿a dónde vas?” No sé como me mantenía en pie, pues cada paso que daba se convertía en un tropiezo. De milagro evitaba terminar en el suelo. “Quédate un rato con nosotros, verás que bien lo vamos a pasar”, oí decir de nuevo al más viejo y un hipo cargado de lágrimas estalló en mi rostro. La mano de su compañero rozó momentáneamente mi hombro y una arcada ascendió por mi garganta a causa del asco que me produjo. Creo que les pedí que me dejaran, pero la respuesta me la ofreció el mayor intentando agarrarme por la cintura. Quise ir más deprisa, acercarme cuanto pudiera a la fila de adosados. Miré al frente, comprobando para mi desesperación que estaba demasiado alejada de las viviendas que eran mi salvación. Entonces un cuerpo que olía a sudor se abalanzó sobre mí y me tumbó en el suelo. Grité y grité, una y otra vez, con todas las fuerzas que pude reunir, hasta que una mano presionó mi boca para hacerme callar.

De repente tuve la sensación de que el tiempo se había detenido y el cielo se precipitaba sobre mí con todas sus estrellas. Me abrasaba bajo la presión de aquellas manos recorriendo mi cuerpo e intentado desabrochar mi ropa. Pese a todo, casi como si se tratase de una obligación,

permanecí con los ojos muy abiertos, absorbiendo cada instante de sufrimiento y, para mi desgracia, condenándome a rememorarlos una y mil veces en el futuro. Por eso vi la figura recortándose contra la noche. Al principio pensé -si es que se puede hablar de pensar en la situación en que me hallaba- que era un efecto provocado por las lagrimas que cubrían mis ojos. Sólo cuando adelantó uno de sus brazos supe que aquel contorno recortándose contra la negrura de la noche era real. Lo que vino a continuación no puedo explicarlo; sé que lo viví, pero no alcanzo a explicarlo, y quizá tampoco quiera hacerlo. Hacía frío, mucho frío, un frío cortante que convertía en vaho las respiraciones y que el absoluto e irreal silencio que nos rodeaba transformaba en algo casi sólido. Al contemplar la figura acercándose a nosotros, tuve la impresión de que los movimientos de mis agresores se ralentizaban, que mi cabeza -la única parte libre de mi cuerpo- giraba demasiado despacio y que mis ojos se demoraban en exceso al cambiar el objeto de su observación. En cambio, la masa oscura que se alzaba ante nosotros se aproximó a tal velocidad -primero su brazo extendido, luego el resto del cuerpo- que yo apenas lograba captar la estela de sus evoluciones. En lugar de andar, parecía deslizarse, transmitiendo la impresión de que ningún impedimento podría detenerla.

Por causa de mi estado de nerviosismo no puedo afirmarlo, pero quiero creer que vi aquella mano, o aquella sombra de mano, apoyarse sobre las cabezas de mis agresores y obligarlas a volverse. Y luego observé los cuerpos de los hombres agitándose en un frenesí difícil de describir antes de caer al suelo. Si mantuve mi mirada clavada en lo que estaba sucediendo no fue por curiosidad, simplemente permanecía fija en esa dirección, y, de igual forma, mis ojos podrían haber estado cerrados y yo no hubiese sido consciente de nada. Quizás, por qué no reconocerlo, habría percibido el siniestro zumbido con que se desplaza la muerte, me hubiera visto acosada por el insoportable hedor que desprende la corrupción e, incluso, hubiese sentido sobre mi piel la presión con que succiona el vacío más absoluto. Sin embargo, no habría tenido que enfrentarme a la visión del pútrido

agujero rosáceo, semejando unas fauces palpitantes y hambrientas, que se abría ante mí en el mismo lugar donde debería haber existido una cara. Fue un instante infinitesimal, pues la mano del ser se interpuso entre su rostro y el mío rápidamente, aunque el suficiente para que me incorporase y comenzara a correr sin preocuparme de tropiezos y caídas. Solamente sabía que nunca debería haberme enfrentado a algo semejante.

Cuando por fin llegué a casa, sacudida por continuos temblores que era incapaz de controlar y con la ropa manchada de polvo y cubierta de trozos de plantas secas que se habían adherido al tejido, mamá corrió a abrazarme y papá se llevó las manos a la cabeza y empezó a gritar que ya sabía él que nunca debería haberme dejado ir a la fiesta sola. Todos los vecinos debieron enterarse de que algo ocurría en nuestra casa por causa de las voces que daba papá. Juanito, que ya estaba durmiendo, se despertó y comenzó a llorar, y mamá, que también lloraba, tuvo que dejarme e ir a consolarlo. Papá no sabía qué hacer y únicamente repetía: “¿Qué le han hecho a mi niña? ¿Qué le han hecho a mi niña?”, como si manifestar su pesar sirviera de remedio para sanar el mal al que tenía que enfrentarse. Luego se empeñó en que nos marchásemos al médico y de allí a la policía. Menos mal que mamá regresó y yo pude contarles lo que me había sucedido.

Es verdad que la cara de papá no se calmó al escuchar mi narración y que mamá no dejó de sollozar en ningún momento, pero, al menos, a mi me sirvió para tranquilizarme un poco. Lo que me resultó más difícil fue hablarles del Hombre Oscuro, hacerles entender que había sido él, fuera lo que fuese, quien había acudido en mi ayuda, que no me lo estaba inventando. Desde sus rostros desolados, mamá y papá me miraban incrédulos, temiendo que realmente hubiese ocurrido lo peor y aquellos dos individuos se hubieran propasado conmigo. Un silencio casi infranqueable nos rodeó cuando concluí. Afortunadamente mamá estaba sentada a mi lado y no tuvo más que alargar los brazos para acercarme a su pecho.

Incapaz de permanecer un instante más sin ha-

cer nada, papá insistió en que debía ir al lugar donde había ocurrido todo y nos dejó a solas a mamá y a mí. A mí no me gustó mucho que saliera del piso y se acercara a comprobar cuál había sido la suerte de mis agresores. De todas formas, comprendí a mamá cuando me dijo que era necesario, sobre todo para la tranquilidad de papá. Entonces fue, quizás porque me sintiera liberada del temor a sufrir las recriminaciones de papá, cuando permití que todo el miedo que permanecía acumulado en mi pecho saliese en forma de lágrimas. Lloré hasta que me sentí tan cansada que lo único que deseaba era tumbarme en la cama y olvidarme del mundo. Fuimos a mi habitación y yo quise que mamá se marchase, pero ella se negó y se quedó junto a mí todo el rato, hasta que vino papá y nos dijo que sí, que era verdad, que había dos drogadictos tumbados en el camino con pinta de estar muertos, y también después, hasta que, con el sol entrando por las rendijas de la persiana, yo me dormí.

Al día siguiente se conoció la aparición de los dos cadáveres en el descampado situado ante nuestras viviendas. El revuelo que se organizó entre los vecinos fue grande y hubo quien propuso que fuésemos al ayuntamiento a denunciar la peligrosa situación en que vivíamos. La cosa terminó quedando en nada, salvo por las recriminaciones que la policía tuvo que soportar mientras se levantaban los cuerpos. En los periódicos se recogió que los dos hombres habían fallecido de una sobredosis, aunque, algún tiempo después, uno de los vecinos de la primera planta, familiar de un policía, comentó en una ocasión que realmente no se había identificado la causa de la muerte. Para entonces la historia del Hombre Oscuro, al que, por cierto, no ha vuelto a verse, estaba prácticamente olvidada y nadie relacionó las muertes con él.

Papá ha hablado en varias ocasiones conmigo de lo ocurrido aquella noche y me ha asegurado que cuando me lleve con mis amigas procurará desaparecer. Yo le he prometido que jamás le ocultaré la verdad y que le llamaré siempre que lo necesite, esté donde esté y sea la hora que sea. Se encuentra un poco más tranquilo, pero, cuando sale a la terraza, no puede evitar que su vista se quede perdida en dirección a El Ven-

torrillo. Yo prefiero mirar hacia las tapias que se levantan junto al camino de las Huertas. Es mi manera de agradecer al Hombre Oscuro lo que hizo, de reconocerle que me libró de una experiencia a la que ninguna persona debería verse forzada a enfrentarse y, también, de demostrarle que siempre sabré, aún habiendo sufrido la visión de su terrible rostro, que sus apariciones nos proporcionan la seguridad que necesitamos.

FIN

UNO de los NUESTROS

Un relato de terror por M.A. Astrid

Cuando tenía ocho años mi madre me echó insecticida en la comida. No funcionó.

A los once empezaron las visitas nocturnas. Dos siluetas negras aparecían a los pies de mi cama, observándome con ojos de insecto y haciendo un sonido extraño, como un crujido sordo.

Poco después recuerdo haber tenido la experiencia más impactante de mi infancia. Caminaba por el descampado junto al campo de fútbol, entre envoltorios plásticos y deposiciones de perros, cuando sentí un olor indescifrable. Entre las malas hierbas encontré el cadáver en descomposición de un gato, poblado de moscas y larvas que succionaban sus jugos. Apenas puedo expresar el conjunto de emociones que sentí, pero supe con certeza que yo era distinto.

Aquello debió desencadenar algún tipo de proceso. Esa misma noche empecé a escuchar en mi cabeza un sonido parecido al de un transistor mal sintonizado y, de fondo, unas voces. No tardé en entender que dibujaban un mapa subterráneo de la ciudad. Siguiendo sus indicaciones empecé a explorar las alcantarillas, a las que tuve acceso a través de la canalización de desagüe que desemboca en el río. Allí, finalmente, encontré a mis iguales, congregados alrededor de una papilla que parecía vómito, consumiéndola con infinita sutileza. No me sorprendí al escuchar sus voces en mi cabeza.

Ellos me mostraron el Nido. Pasamos la adolescencia hablándonos sin palabras y arrastrándonos por las alcantarillas. Una de sus hermanas puso los huevos que yo implanté en mi hembra humana. Al contrario que yo, que no conocí a mi padre, mi descendiente nacerá sabiendo que

es uno de los nuestros. A los once años empezará a recibir las visitas nocturnas y será iniciado poco después. Cuando yo muera, él y sus hermanos devorarán mi cadáver. Así debe ser y así será hasta el final de los tiempos.

¡Larga vida al Nido!

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a M.A. Astrid en su [blog](#).



Un relato de terror por M.A. Astrid

En la pequeña localidad de Pinares del Infante existe una arraigada tradición teatral. Algunos dicen que se debe a una breve estancia del gran Lope en el pueblo; otros apuntan a unos posibles orígenes paganos.

El festival anual comienza con un sorteo. La mano inocente es secreta, para evitar sobornos por los papeles principales. Aplicado el azar, cada habitante conoce cuál es su personaje por medio de un susurro o una nota clandestina. No precisan más. Los pinarenses guardan celosamente el contenido del ancestral argumento, que año a año introduce improvisadas variaciones. Un espectador ajeno podría descubrir pocos detalles relevantes. De hecho, está tan exquisitamente hilado que los forasteros no distinguen la función de la vida real. Se busca así que el significado profundo quede para las reflexiones existencialistas.

El primer acto comenzó anoche. El segundo se ha desarrollado durante la mañana. En cada calle, en cada casa y en cada tienda se ha representado una parte de la trama. La apoteosis sobreviene en el tercer acto. Un cuchillo se cierne sobre Juan. Ha seguido el alegato de su asesino y ahora se rinde, aceptando la hoja que corta su garganta. Cae, con un grito desgarrador, dejando salpicaduras rojas en el blanco monolito de la Plaza Mayor. De su boca surgen unos gorjeos sanguinolentos; ya no puede hablar. Su muerte es lenta y espasmódica. Antes de apagarse para siempre escucha aplausos. Es feliz.

Carlos, con la camisa empapada de sangre, escucha la ovación y no entiende que no lo detengan. Baraja la posibilidad de que todo sea

un sueño. Ríe, mientras la cordura se le escapa. Hace una reverencia.

Algunas víctimas son recordadas por su interpretación, la de Juan ha sido excepcional. El pueblo juzga también al Asesino. Si la actuación ha convencido, todos aplauden y el actor saluda, cuchillo en mano. En caso contrario, lo sacrifican. Unas veces es despedazado, otras lapidado, pocas quemado vivo. Tras el festival, por puro trámite, se producirán algunas detenciones, sin hallar nunca culpables.

Finalmente la multitud se dispersa. Uno de ellos, no recuerda su nombre, se acerca a Carlos y le pasa un brazo por el hombro. "No naciste en Pinares", le dice.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a M.A. Astrid en su [blog](#).

La violinista de negro



Un relato de terror de Rocío C. Blázquez

Antonio Vivaldi era un genio de la música y sobre todo componiendo obras para violín, como su gran obra maestra “Las cuatro estaciones”. Su música nos hace transportarnos a la Italia del Barroco donde vivía, transmitiendo las sensaciones de los fenómenos naturales por los que él vivió cuando compuso cada estación —dijo Marion al resto de su clase—. Hoy aprenderemos el primer movimiento del “Invierno”.

—Bajo mi punto de vista, esta parte es la más difícil de todas... —dijo Mikel, su alumno menos aventajado, señalado su partitura con el arco.

Marion impartía clases en el conservatorio de la ciudad para adultos, puesto que el centro seguía la filosofía de “nunca es tarde para aprender música”, y como la mayoría de los alumnos trabajaban, acudían a clase a partir de las ocho de la tarde casi todos los días. El edificio estaba casi en ruinas, por lo que tanto profesores como alumnos habían puesto varias quejas al ayuntamiento, sin tener respuesta.

—He quedado con el resto de profesores en hacer una audición privada, para unos amigos extranjeros. Vendrán dentro de dos semanas, y son unos posibles clientes para restaurar el edificio —comenzó Marion a explicar las razones a sus alumnos.

—Seguro que si en lugar de un conservatorio hubiese una sede política, ya la habrían restaurado... la música está muy poco valorada hoy en día... —una chica joven, simpática pero a la vez sarcástica en casi todo lo que decía, siempre

hacía comentarios políticos al tener un padre en paro y una madre que acababa de ser despedida.

—Dejando a un lado vuestras quejas, chicos... estos posibles compradores tienen mucho dinero. —Marion interrumpió la disputa con voz energética—. Vamos a organizar una fiesta con la temática del Barroco, y por supuesto, interpretaremos para ellos la pieza de Vivaldi, el “Invierno” —dijo solemnemente.

Marion era apodada por sus alumnos “La violinista de negro”, ya que siempre vestía con este color. Tenía la piel muy pálida y los cabellos oscuros ondulados que le llegaban hasta la cintura. Siempre usaba ropa que hoy en día se podrían calificar como “góticos”, con adornos de encajes y en múltiples ocasiones alguno que otro la había llamado “sinistra”. Eso a ella no le importaba, puesto que creía en que la forma de vestir no importaba en el campo profesional, y a ella le gustaba ese estilo, por lo que los demás pensarán de ella no tenía ni un ápice de importancia para ella.

—¿Entonces la vamos a interpretar con el otro grupo de violinistas? —preguntó la chica joven.

—Sí, también nos acompañarán dos chelos y dos contrabajos.

—Sonará espectacular... —dijo en este caso el alumno más destacado de la clase, puesto que eran tres en total.

De apariencia joven e inocente, Marion siempre conseguía lo que se proponía, y si para hacerlo, tenía que verse involucrada gente a la que cono-

cía, no dudaría en hacerlo. Bajo su rostro simpático se escondía una mujer fría, calculadora y manipuladora, pero nadie de su entorno era tan hábil como para averiguarlo, puesto que se guardaba muy bien en sacar a la luz su verdadera personalidad.

Pasó la primera semana de ensayos constantes en el conservatorio con sus tres alumnos de violín, hasta que decidió hacerlo conjuntamente con el otro grupo.

—El ensayo ha salido genial, ¡os compagináis estupendamente ambos grupos! —Pablo, el otro profesor violinista, les alentó y motivó. El resultado fue tener a unos alumnos ilusionados por participar.

—Gracias por vuestra colaboración en algo tan importante como la fiesta de Bienvenida a nuestros futuros inversores. —Marion siempre destacaba por su tono de voz neutro, sin gritos ni voz chillona.

Cuando todos los alumnos se habían ido, Pablo esperó a Marion a la salida del edificio, despidiendo a cada uno que pasaba por su lado.

—¡Pasa un buen fin de semana! —le deseaba la única alumna de violín.

—¡Igualmente! —contestó Pablo. Sabía perfectamente que esta chica, a pesar de no saber su nombre, había intentado flirtear con él, pero no consiguió nada por su parte. Él estaba completamente enamorado de Marion pero aún no se decidía por el momento en decírselo—. ¡Por fin!

Marion llevaba puesto su abrigo de piel oscuro, cargaba en sus hombros el maletín del instrumento y en una mano sujetaba las llaves para cerrar el conservatorio.

—Acuérdate de recordar al resto de los alumnos que vayan disfrazados para la ocasión, esta gente es muy especial para las fiestas y quiero causarles muy buena impresión... —Marion miró la fachada del edificio—. Es que no veo otra forma de restaurarlo, es tan importante para mí...

—Lo sé. Aquí vivió tu familia desde hace varias generaciones, e incluso tú misma te criaste aquí.

—continuó Pablo—. Seguro que quedarán alucinados cuando nos vean. ¿Quién será el director de esta pequeña orquesta de cámara? —Preguntó irónicamente el chico.

—Obviamente, yo —espetó Marion con brusquedad, como si su compañero no lo hubiera dado por hecho. De pronto su teléfono móvil comenzó a sonar y lo descolgó.

Marion sabía hablar italiano, por lo que Pablo supuso que los inversores que estaban interesados en comprar el edificio eran de allí. Se habrían interesado realmente porque ella tenía muchos contactos con grandes universidades, puesto que era la alumna honorífica de la suya, una gran compositora y sobre todo, buena en lo que hacía. Se habría propuesto abrir el conservatorio por motivos que él desconocía, y más aún, el motivo por el que fuere, dedicarlo a adultos únicamente. No preguntaba demasiado al respecto, puesto que Marion siempre le dedicaba un gesto serio y silencio. No se quejaba demasiado, tenía un trabajo bien remunerado desde hacía un año gracias a ella.

—¿Quién era? —le preguntó al escuchar cómo se despedía.

—Mis contactos extranjeros... dicen que les gustaría que el concierto sea en el conservatorio... —Marion hizo una pausa mientras buscaba algo en su bolso. Sacó una libreta pequeña, un bolígrafo y se puso a escribir a toda prisa—. Tengo que comprar unos cuantos artículos de decoración, ¿mañana puedes sustituirme y dar la clase tú?

—Claro que sí, no te preocupes —dijo Pablo. Comenzó el paso hacia su casa, en la dirección opuesta a la que siempre seguía Marion, pero esta vez, la chica llamó su atención.

—Pablo, ¿te apetece ir a tomar un café?

—Desde luego. Vamos —contestó.

El café resultó ser amargo, puesto que Marion no dejaba de hablar de sus amigos italianos, de la fiesta, de lo que llevaría puesto... Pablo estaba empezando a estar harto de que lo ignorase hasta que saltó.

—¿No dices nada sobre mi propuesta?

—Sabes que de sobra que hace poco salí de una relación larga, Pablo —contestó bruscamente Marion.

—Ya, pero soy una persona diferente a tu anterior pareja. No me das tan siquiera una oportunidad de demostrártelo... llevo un año detrás de ti y lo único que recibo es desprecio e indiferencia —se sinceró por fin.

—Pablo, eres un buen hombre, tenlo presente. Si no quiero salir contigo es porque prefiero estar sola durante un tiempo, hacer lo que me dé la gana en el momento que yo quiera, sin tener que dar explicaciones a nadie o preocuparme si puede herir o no herir lo que diga. ¿Tan difícil es de entender? —Marion, que había cambiado el color de sus ojos antes pardos y ahora negros en su totalidad, lanzó la pregunta con ira hacia su compañero.

—De acuerdo. —Pablo se levantó—. Nuestra relación solo será laboral, siempre cubriré todas tus bajas y todo lo que te plazca, al fin y al cabo, eres mi jefa y yo tu pobre trabajador que te implora que no lo pongas de patitas en la calle.

Pablo salió de la cafetería. Aquello era humillante. A sus treinta y cinco años nunca había encontrado a una mujer que le hiciera tener ilusión por su vida. Siempre había pensado que no era lo suficientemente bueno o que pecaba de ser muy persistente, pero sentía que aquella chica, que había dejado sentada en la mesa con su café, era la mujer de su vida. Compartían gustos musicales, pero más allá no eran nada parecidos, por lo que se podría decir, verdaderos polos opuestos. Él siempre vestía informal, pero siempre dentro de los márgenes que la sociedad consideraba “normal”. La forma de vestir y de pensar de Marion era excesivamente peculiar, algo que sin duda le había hecho retroceder en numerosas ocasiones en el trato con ella. Era demasiado solitaria.

Esa noche, Pablo tuvo una pesadilla. Entre sudores fríos y gemidos, sus sueños se habían convertido en un verdadero infierno. Marion aparecía tocando el violín, vestida de la época barroca, en medio del escenario de un pequeño

teatro muy recargado de decoración. Tocaba tan rápido y ágil que el público estalló en aplausos cuando acabó, como si estuviesen hipnotizados por la música.

De repente, él estaba entre el público. Miró al resto de los asistentes y todos estaban ataviados con los ropajes de la época. Un golpe seco a su derecha hizo que mirara bruscamente. Vio cómo un hombre mordía el rostro de otro tendido en el suelo, pateando del dolor e intentando gritar. Luego montones de personas caían al suelo sin previo aviso, pero el resto continuaba en su aplauso masivo.

—¿Qué hacéis? ¡Dejad de aplaudir! —gritaba Pablo.

Al comprobar que no podían escucharlo, intentó tocar a una mujer que estaba a su lado, pero la mano traspasó su cuerpo. Como si de un fantasma se tratase, Pablo intentó llegar al escenario donde Marion seguía haciendo reverencias a su público mientras hombres y mujeres eran devorados por otros. Llegó finalmente a la primera fila y pudo ver a la chica mejor. De pronto, Marion clavó sus ojos en Pablo y se quedó inmóvil.

Pablo despertó súbitamente. Al día siguiente, tendría que dar la clase a todos los violinistas del centro, pero tuvo más valor del que hubiese imaginado y decidió hablar con el resto de profesores.

—¿Cómo vais con el chelo? —le preguntó a su compañera mientras subían las escaleras del conservatorio.

—Pues mira... mi alumno intenta hacerlo lo mejor que puede, pero ¿qué quieres que te diga? Sólo lleva un mes aquí y Marion ya le está exigiendo un nivel muy superior al que yo le he podido enseñar en tan poco tiempo.

—Uff... bueno, dile que venga a mi clase de todas formas. Acompáñalo en la interpretación y yo le intentaré dar algunas claves sencillas.

—Está bien, dentro de un rato vamos —le dijo la profesora de violonchelo.

—¡Ey! —gritó Pablo al pasar por la puerta de la clase.

—Pablo, ¡estamos casi listos! —le contestó Mikel, aún sudando por el agobio.

Llegó a su clase un poco tarde, puesto que durante todo el día había estado en el ordenador modificando las partituras de los violinistas que acompañaban al principal, así sería más fácil interpretar la por aquellos alumnos con dificultades.

—Bien chicos, el violinista principal será Mikel —anunció mientras entraba por la puerta.

—¡Enhorabuena! —animó la alumna a su compañero, y el resto le imitó.

Junto con los otros instrumentos, Pablo sentía que la perfección existía. Cada músico tocaba la partitura que él le había asignado personalmente, conociendo la personalidad de cada uno.

Los días pasaron velozmente, quedando ya el viernes a la vista. Por la mañana, Marion fue al conservatorio para decorarlo y a primera hora de la tarde, los alumnos acudieron vestidos para la ocasión, pero Pablo no estaba. Decidió no acudir en el último momento, avisando con un mensaje al móvil de Marion. Después de tener esa pesadilla, Pablo no era el mismo con ella, y sabía que ella intuía algo, por lo que se propuso no hacer más favores a alguien que parecía no darle importancia a su labor realmente.

—¿No viene Pablo? —le preguntó la única alumna violinista a Marion, muy interesada.

—No, se encontraba indispuerto. —Marion vestía un bonito traje negro con ribetes plateados y encajes en las mangas y cuello. Un corsé le hacía la figura más esbelta y se había peinado dejando dos tirabuzones hacia delante y el resto del cabello recogido en un moño—. Vamos, nuestro público nos espera.

Los alumnos seguían a Marion por los pasillos del conservatorio. Ninguno había estado anteriormente andando por ahí, por lo que todo les pareció muy interesante a la par que raro. Entraron finalmente a una pequeña sala donde se disponía un escenario un poco elevado del suelo,

con sus instrumentos bien colocados en las posiciones que Marion consideraba correctas.

El público estaba compuesto por una veintena de hombres y mujeres que miraban con fervor a los intérpretes. Algunos cuchicheaban entre ellos. Estaban todos sentados en frente del púlpito y ataviados muchísimo mejor que los músicos.

—¿Para qué es ese bastón, Marion? —le preguntó Mikel.

—En el Barroco, el director de orquesta usaba un bastón en lugar de la conocida batuta —le explicó, señalando al bastón de madera con un gran acabado en virutas doradas a modo de decoración y el extremo superior acabado en una esfera negra—. Por eso está ahí.

—¡Ah! —suspiró Mikel. Estaba un poco nervioso, puesto que nunca le habían dado un papel protagonista y no quería cometer ningún error en la ejecución. Se fijó todavía más en el violín que le esperaba para ser tocado—. ¿Un Stradivarius?

—Sí —le contestó Marion.

—Pero sólo unos pocos pueden gozar de poseer uno de éstos... —dijo Mikel mientras tocaba con suavidad las cuerdas del violín.

—Efectivamente —le dijo, y se acercó todavía más a él, hasta el punto de susurrarle en el oído—. ¿Ves a aquel hombre de allí?

Mikel levantó la mirada y vio cómo un hombre con la tez tan pálida como Marion y su cabeza cubierta por una peluca blanca no dejaba de observar sus movimientos, como si el violín fuera de su propiedad.

—Es Antonio Stradivari y yo soy su hija —hizo una breve pausa—. Lo vas a tocar tú —dijo Marion señalando al violín—. Serás uno de los pocos privilegiados que lo haya conseguido.

—Pero, ¡eso es imposible!, será un descendiente lejano en cualquier caso... —especuló Mikel. Marion de vez en cuando tenía episodios extra-

ños, contaba historias como si fuesen verdad para que sus alumnos lo entendieran mejor, o al menos eso pensaba Mikel. Ahora todo era muchísimo más raro.

Marion ya se encontraba en la posición que le correspondía, evitando más preguntas o insinuaciones de Mikel. Afinaron las cuerdas y Marion dio comienzo con un golpe de bastón contra el suelo.

Los violonchelos dieron la salida con ritmo lento, y les siguieron los contrabajos. Pocos segundos después, los violinistas continuaron el ritmo y pasados treinta y seis segundos exactos, Mikel emprendió la ardua tarea de interpretar el "Invierno". El resto de músicos estaban sentados excepto él mismo, quien se hallaba de pie en medio de los demás y cara al público, con el apoyo de la partitura en el atril frente a él. Llevaba puesto un ridículo traje cuyos pantalones iban a juego con la chaqueta repleta de chorreras en mangas y cuello. Aquel violín era fantástico, cualquier nota que tocaba era pura poesía, magia y sentimientos. Nunca había experimentado un sonido tan brillante y afinado.

Notaba como los presentes se iban emocionando a cada segundo que la canción avanzaba, eso significaba que lo estaba haciendo genial. Y puso todavía más ímpetu en realizar correctamente su interpretación. Seguía con la mirada de vez en cuando el bastón de Marion, que marcaba el tiempo a seguir. La cara de la directora se tornó en un gesto todavía más serio que el que se acostumbraba a mostrar a los demás, como si aquella canción le fuera la vida en ello.

Llegó una pausa y a continuación la parte lenta de la pieza. Mientras tocaba, Mikel miró por el rabillo del ojo la puerta: dos hombres de gran estatura estaban custodiándola, mirando fijamente al escenario.

Tuvo el certero presentimiento de que nadie iba a salir de allí, y no pudo evitar derramar lágrimas sobre sus mejillas a la par que empezó a emocionarse con la música que tocaba. Volvió la vista a Marion, quien no le quitaba ojo de encima, y después de nuevo a los presentes. Las mujeres

eran de una gran belleza junto a los hombres que las acompañaban.

Miró esta vez a sus compañeros cuando terminó el tempo lento y de nuevo hizo una breve pausa, parecía que nadie más se había dado cuenta de lo que estaba pasando, así que decidió enfrentarse a sus miedos después. Siguió tocando el tercer movimiento de la pieza, que iba creciendo en intensidad y fuerza. Ahora sólo se limitaría a mirar la partitura y no pensar en nada más que en la música que salía de su violín al ritmo de sus pulsaciones.

Cuando ya llevaban ocho minutos de canción, una mujer se levantó de su sitio muy lentamente, con mucha gracilidad al ritmo de la música. Cuando Mikel tocaba más rápido, se fueron levantando el resto del público, expectantes. Aquellos señores y señoras se iban acercando con cautela al escenario, sin levantar sospechas sobre el resto de músicos, tan concentrados en tocar.

A continuación, una parte más rápida para acabar la interpretación tenía a todos únicamente preocupados por acabarla en condiciones, pero ya tenían al público encima, con los ojos completamente negros. Cuando Mikel acabó, miró a Marion. Ésta tenía un par de colmillos más largos de lo usual asomándole por los labios y sus ojos eran igual de negros que el resto de los asistentes.

Marion se abalanzó sobre Mikel.

—¡Tu misión acaba aquí! —le dijo con una voz que jamás hubiera conocido que pudiese salir de Marion, y empezó a morderle en el cuello. El chico gritaba desesperado.

Se inició una persecución por toda la sala de parte de los espectadores. Mikel sólo podía escuchar gritos y palabras en italiano que no entendía. Marion usaba tanta fuerza para amordazarlo que dejó de sentir sus brazos y piernas enseguida.

Su luz se apagaba, y la última imagen que vio fue la de un hombre mordiendo en el cuello a su compañera violinista. Un chorro de sangre salió

disparado hacia la cara de Mikel e hizo que éste cerrase los ojos.

Nunca más los volvió a abrir.

Pablo despertó de nuevo empapado en sudor. Estaba en el sofá. Esta pesadilla era mucho más real que la anterior... pero ¿cómo podía haber soñado dos veces con el mismo tema, sin antes haberlo pensado? Demasiadas casualidades. Fue hacia las once de la mañana al conservatorio. Abrió las puertas y un olor a putrefacción y a metal le inundó la nariz.

La luz del sol que entraba por la ventana se reflejó en un pequeño charco del suelo, sangre. Un rastro constante indicaba que alguien había arrastrado algo que sangraba muchísimo hacia el interior, como si ese algo intentara escapar del edificio.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Rocío C. Blázquez en su [blog](#).

El ASCO

Relato de terror por Julieta Manterola

Era un viernes a la noche. Volvía del cine. Cuando estaba abriendo la puerta de entrada de mi departamento, sentí su olor inmundoso. Habían pasado seis meses desde la conversión. Durante esos meses, me había ilusionado con no volver a cruzarme con mi creador nunca.

Entré y cerré la puerta. No lo vi enseguida. Desde el pequeño pasillo de entrada de mi casa no se ve el living. Dejé la mochila en el piso. Me saqué el abrigo y lo colgué. Avancé unos pasos y lo vi. Estaba parado al lado del sillón, junto a la ventana, por donde había entrado, seguramente. Siempre dejo las ventanas abiertas. Me gusta que la casa esté ventilada. Las luces de la terraza del edificio de enfrente iluminaban un poco la oscuridad del living.

—¿Cuántos somos?

—¿Cuántos te imaginás que somos?

—Un millón.

—Qué imaginación. No. Ahora debemos ser menos de cien.

—¿Hay otras mujeres?

—Muy pocas.

—¿Hay alguna en esta ciudad?

—No. Sólo somos vos y yo en esta ciudad.

Me sentí muy sola de pronto. Bajé la vista. Tenía ganas de llorar.

—¿Podés estar al sol?

—Sí, el sol no me hace nada.

—Tuviste suerte. No todos son tan afortunados. ¿Y podés comer?

—Sí, puedo comer normalmente.

—¿Cada cuánto te alimentás?

—Una o dos veces al mes.

—Veo que estás bien entonces. Sentía curiosidad por saber cómo había resultado la conversión.

—Creo que resultó bien.

—Sí, en tu caso sí.

—Sigo con mi vida normal. Salgo a correr a la mañana. Doy clases a la noche.

—La mayoría de los nuevos vampiros sienten culpa las primeras veces que se alimentan...

—Y sí... soy profesora de ética además...

—Entiendo... Yo enseñaba música.

—La última vez que me alimenté, lo hice con un hombre que estaba atacando a una mujer. Sentí menos culpa...

—Está bien. Hacé lo que tengas que hacer.

Su mirada se desvió hacia unos libros, apilados sobre mi escritorio.

—¿Cuántos años tenés?

—Tenía 37 cuando me convirtieron. Y llevo más de 500 como vampiro.

—¿Todos los vampiros viejos son como vos?

—No, no todos. ¿Por qué? ¿Tenés miedo de ser tan horrible como yo cuando seas vieja?

Miró hacia la ventana. Inesperadamente, parecía triste.

—No todos los vampiros llegan a viejos. Nuestra vida es frágil. Todo está en el poder de la voluntad. La voluntad es todo para un vampiro.

—¿Soy la primera persona a la que convertís?

—Por supuesto que no.

Después se movió por primera vez desde que había comenzado nuestra charla. Caminó unos pasos y se sentó en el sillón.

—Acercate.

Lo primero que vino a mi mente fue un “no, gracias... acá estoy bien...”, pero él lo dijo por segunda vez:

—Acercate.

Sabía que no se iba a ir sin llevarse lo que quería. La cuestión era resolver por qué medio se lo llevaría: mediante la humillación (la mía) o la violencia (la suya).

Me quedé unos segundos pensando. No quería su violencia sobre mí. Ahora soy más fuerte que antes, pero no tan fuerte como él. Por otra parte, había un sentimiento extraño en mí. Un sentimiento de curiosidad. Sentía curiosidad por saber cómo funcionaba un vampiro.

Me acerqué.

Tuve que vencer el asco. Él sabía que me estaba forzando pero sin embargo actuaba como si no lo estuviera haciendo. Y yo sabía que estaba siendo forzada, pero con mi consentimiento, lo cual suena contradictorio o al menos raro. Pero creo que las mujeres sobre todo, y más que los hombres sin duda, entendemos y sabemos cómo alguien puede ser forzado aun consintiendo y cómo el consentimiento no significa que no haya coacción. Que fuera una vampira no hacía que dejara de ser una mujer.

Los vampiros funcionan igual que cualquier hombre de la especie humana, lo cual me pareció bastante inentendible, ya que el corazón no late ni la sangre fluye. Pero, de todos modos, ese hecho no era más inexplicable que el hecho de que hablamos y caminamos. De alguna forma, sucede.

Me sentí humillada. De ningún modo nada de lo que había hecho valía la pena. Y me sentí estúpida por haber pensado que si lo hacía para satisfacer mi sentimiento de curiosidad, no iba a sentirme humillada.

Apenas se fue, me desvestí y puse la ropa a lavar. Me metí en el baño y me di una ducha. Me cambié. Agarré las llaves y salí, como si estuviera huyendo.

FIN

El apartamento



Relato de terror por Pedro P. de Andrés

Las calles no eran seguras para mí, pero debía arriesgarme. Mi contacto me había dado la dirección de la inmobiliaria, no sin antes insistir en mi discreción. «No llames por teléfono. Siempre salta el contestador, no te atenderán sino es en persona», me dijo antes de esfumarse entre las sombras del aquel callejón inmundado. Era verdad, lo comprobé personalmente. Podías dejar que sonara el tono de llamada durante horas, nadie cogía el teléfono. Me causaba cierto desasosiego saber que al otro lado del auricular había alguien maldiciendo a todos mis muertos por dar el coñazo de aquella forma. No me quedaba otra sino presentar mis pobres huesos en la oficina de marras y probar suerte. No viviría demasiado sin una nueva identidad y la documentación necesaria. Y para que pareciera legal precisaba de una residencia estable, un lugar en el que poder recibir correo. La única forma de lograrlo era alquilar un apartamento, trámite de ordinario sencillo si se dispone de papeles en regla. La pescadilla que me muerde la cola. Qué ironía... Yo había habitado las mansiones más lujosas y disolutas, me veía en la obligación de morar en una vivienda que no llamase la atención, un estudio de un dormitorio y un aseo como mucho. Inmobiliaria Santa Inés. Curiosa razón social. Al carajo, si me sacaba del apuro, podía llamarse como le diera la gana.

No tuve que esperar demasiado. Una joven de aspecto anodino me hizo pasar al despacho del director. Hacía calor dentro, vaya que sí. Solo un pirado colocaría una alfombra de ese espesor en un lugar cerrado y la calefacción a tope. Con el dedo intentando separar el cuello de la camisa de mi piel pegajosa, atendí la muda invitación a sentarme que me hizo. La secretaria se

retiró deprisa, inclinándose hacia mi interlocutor con docilidad, sin dejar de retroceder hasta la puerta. Intenté mantener la mirada del director de la empresa. No tardé ni veinte segundos en tener mis ojos clavados en el escritorio. Tuve la sensación de estar mostrando sumisión hacia el tipo, igual que había hecho la chica antes de salir. Demasiado incómodo hasta para alguien desesperado como yo. Necesitaba llenar ese silencio que me robaba el aire y expuse mi problema:

—... es por lo que necesito sus servicios. Un apartamento o un modesto estudio, no necesito más, señor...

—Puedes llamarme Luc, faltaría más. Vamos a hacer negocios juntos. —Juntó las palmas de sus manos en vertical a la altura de la barbilla—. Tengo lo que necesita, aunque tal vez encuentre nuestros honorarios algo exorbitados.

—El dinero no será problema —contesté deprisa antes de que se enfriara el asunto, por imposible que pareciera en aquel horno. Pasta, precisamente, era lo único que tenía de sobra.

El tal Luc ni siquiera tenía brillo en la frente y permanecía en la cúspide de la dignidad con su impecable traje de tres piezas abrochado. Sus manos afiladas me acercaron un pliego de documentos que, juraría, no estaba sobre la mesa unos instantes antes. El calor me jugaba una mala pasada.

—¿No lo vas a leer? —preguntó cuando fui directo a firmar sin siquiera haber ojeado los papeles.

* * *

El edificio Subway era fantástico. Su fachada destacaba como un faro entre las demás que conformaban la manzana. Después de varios trasbordos, había llegado hasta el suburbio convencido de que me escondería durante meses, tal vez años, en una ratonera infecta. La gente tiende a aprovecharse de aquellos que están desesperados y que se agarran a un clavo ardiendo. Como lo había intentado aquel tipo del CNI, que parecía creer que por llevar una corbata de saldo podía amenazarme. Con la mafia no se juega, amigo, y yo no soy un chivato. Por mí podían irse todos a tomar por culo.

No esperaba encontrar portero y menos a esas horas. Hasta que se olvidara el asunto, si es que lo hacía, debía moverme entre las sombras. Mientras forcejeaba con la cerradura del portal, nervioso, echaba rápidas miradas hacia atrás. Me sentía vigilado con una certeza que me apretaba las tripas. Si me habían seguido, tanto daba que el negocio con Santa Inés hubiera sido un éxito. Al amanecer, sería un fiambre espachurrado en el asfalto o en el fondo de la bahía.

* * *

Me deslicé al interior como si llevase lubricante por el cuerpo. No sabría explicarlo de otro modo. Al entrar en el Subway tuve la nauseabunda sensación de ser digerido por un ser insaciable. La paranoia hacía estragos en mi cordura. Lo mejor sería llegar al apartamento, cerrar la puerta con cuantos cerrojos hubiera y echarme al colete unos lingotazos de la botella, cubierta por una bolsa de papel, que llevaba contra la gabardina. Con la mano libre alcancé el llavero en el bolsillo de la misma.

—Hola. ¿Eres el nuevo vecino?

Escuchar unas vocecillas infantiles, al unísono, casi hace que soltara mi preciada carga. Me quedé parado en seco. Dos pipiolos, niño y niña, habían detenido su juego de pelota, en mitad del pasillo enmoquetado, para mirarme con desparpajo. Niños, lo que me faltaba. Iba a necesitar una ración extra de bourbon como vivieran cerca de mi nueva residencia. Las po-

sibilidades eran altas. Aunque el edificio era ancho, no contaba con demasiados pisos de altura. Por lo general rehúyo cualquier contacto con los críos, pero aquellos se llevaban la palma, tan igualitos en sus camisetas de rayas que parecían salidos de una película de la familia Adams. Esa imagen me hizo sonreír por lo bajini mientras me alejaba en dirección a los ascensores y trataba, por todos los medios, de que se dieran cuenta de que los ignoraba. La pregunta seguía martilleando mis sienes. ¿Por qué sabían que venía un residente nuevo? Mi anonimato era de vital importancia y en la inmobiliaria me habían asegurado discreción total. Los llamaría por la mañana. Diablos, nunca cogían el teléfono y la idea de volver a aquel horno y tratar con el espeluznante director me tiraba para atrás. Al carajo con los niños. Si no llevaban pipa, no debían preocuparme.

* * *

Las sombras que habitaban el apartamento corrieron a escabullirse hacia todos los rincones al encender el interruptor. Paseé la mirada por mis nuevos «dominios». Era para estar más que complacido. Tenía ante mí un salón amplio, amueblado con cierto gusto demodé que no esperaba encontrar. Me dio la bienvenida un amplio ventanal, que se abría en terraza sobre el este de la ciudad con unas vistas espectaculares. La cocina americana contaba con todos los adelantos modernos. A mi derecha, un solo dormitorio con ropero empotrado y una cama de matrimonio. El único cuarto de baño tenía el acceso desde la habitación. Daba igual, no esperaba visitas. La bañera cubría una de sus paredes y contaba también con un bidé. Completaba el equipamiento una televisión por cable y acceso wifi. Sin embargo, lo que de veras alivió la carga de saber que pasaría una larga temporada recluido en la vivienda, fue la pequeña pero bien provista biblioteca: Steinbeck, Cortazar, Carver. Aunque disponía de un ordenador portátil, siempre había tenido debilidad por leer sobre papel. No hay nada como el tacto de un libro bien sobado.

Me fui a la cama con el ánimo renovado, tras dar buena cuenta de una botella de Cabernet Sauvignon que encontré, sobre el mostrador de la cocina, con una breve nota que decía: «Disfruta del paraíso, Luc». Hasta brindé por la salud del muy bribón. Tal vez por la pesadez alcohólica o por el estrés de la última semana, mi descanso fue inquieto y salpicado de vivos despertares. En algún momento de la noche, medio dormido, incluso creí escuchar pasos en el salón o en la terraza.

* * *

El sol entraba con fuerza en el salón, así como el estrépito del tráfico en la calle. Aunque no recordaba haberlo hecho, lamenté haber dejado la puerta de la terraza abierta, pues hubiera podido dormir más. No tenía nada importante que hacer, ni siquiera algo poco importante o, si se me apuraba, algo insignificante. Un vacío profundo penetró en mis vías respiratorias. La vieja sensación, una amenaza de ataque de angustia vital. Corrí al salón en busca de mi equipaje, necesitaba el inhalador para conectarme de nuevo a la vida. Hubiera jurado que estaba cerrada cuando me acosté y que no había dejado el contenido desparramado por el sofá. Por fortuna, el vaporizador apareció enseguida, bajo la funda de las gafas. Genial, un par de chutes y ya podía sentirme de nuevo parte del mundo.

¿Desayuno o comida? Era casi mediodía, podía encargarme una pizza y hacer café cargado mientras esperaba. Me daba cierta sensación de eficacia tomar decisiones, cuando lo cierto es que tenía la cabeza enterrada en un agujero bien hondo y solo cabía esperar que no hubiera dejado el culo demasiado a la vista.

Hojeé varios libros. Hice una preselección de títulos por los que empezar. Ya tenía el montón dispuesto sobre la mesa cuando llamaron a la puerta. El condenado repartidor se había tomado su tiempo. Abrí con mi mejor cara de no esperarás-propina que se transformó, de golpe, en la de pasmo absoluto. Lo que tenía delante no era un mozuelo con acné y una gorra, sino

una señora de unos cuarenta años vestida con una bata de hacía, como mínimo, una década. Era de justicia reconocer que estaba de buen ver, aunque no le favoreciera el atuendo ni el cardado tan antiguo. Traía en las manos una caja de plástico con tapa, de esas que hacen el vacío para conservar los alimentos, pero que, aun así, dejaba escapar unos aromas jugosos. Estofado de carne, si mi olfato no me engañaba. Tragué saliva y traté de recomponer mi dignidad a tiempo de ver a los dos malandrines de la pelota ocultarse tras la puerta del piso más próximo al mío. No todo iban a ser buenas noticias. Estaban más cerca de lo deseable.

—Buenas tardes. Soy Lola, tu vecina de enfrente. He pensado que, tal vez, la mudanza no te haya dejado tiempo para cocinar y a mí siempre me sobra. Aún cocino en cantidad, como si todavía fuéramos cuatro...

El envite era bastante descarado, pero no le diría que no a algo que olía tan bien. Siempre que su prole mocosa se quedara en su propio cubículo.

—Pasa, pasa, Lola. ¿Te parece si te enseño el apartamento? Tengo unos libros que... —Cerré la puerta justo detrás de su estupendo trasero, por si, en el último momento, alguno de los críos se decidía a avanzar posiciones.

No llegué a abrir el contenedor de la comida. Nada más darle paso al dormitorio, la bata de la viuda sufrió un accidente nada casual y quedó desabrochada. Que si se sentía sola en aquella casa, que si echaba de menos a su marido, que si un tipo tan atractivo como yo necesitaba hacer vida social... Como si yo precisara algún tipo de excusa.

Hasta que todo el fregado había estallado en manos de la Familia, mi ocio se había diluido, al igual que mis ahorros, en cocaína y alcohol y unas fulanas de interés variable. Había, en cambio, algo genuino en la falsa ordinariez de Lola. Era una mujer de los pies a la cabeza y la primera que parecía mostrar una atracción por mí, que no fuera proporcional al grosor de mi cartera. Fue una tarde fogosa en la que no faltaron momentos de dulzura. No pensaba quedarme en el lugar más tiempo del necesario, pero

no había motivo para no hacer más liviana la espera. En algún momento de la tarde debí quedarme dormido, un sueño relajado sin vapores de alcohol ni pastillas. Tampoco necesité el inhalador, algo que no sucedía desde hacía años. Cuando abrí los ojos, el apartamento estaba a oscuras y yo tan solo como había comenzado el día. No parecía mal negocio. Cada uno en su casa y Dios en la de todos, como decía mi vieja. Esperaba recibir más visitas de «cortesía» como aquella, aunque sin los inconvenientes de una convivencia. Yo tenía mi espacio, mis libros y tiempo para estar a solas conmigo mismo. Puede que, incluso, comenzara a escribir. ¿Por qué no? Nada de niños ruidosos alrededor o una mujer que controlase mis movimientos. Sería fácil desvanecerme llegado el momento, sin dejar más rastro que lágrimas ajenas.

No me paré a pensar que el estofado no estaba en la cocina donde lo había dejado ni que no hubiera acudido nadie a traer la pizza.

* * *

El sonido del timbre me despertó y salté de la cama con el corazón rompiéndome el pecho. Tropecé con los calzoncillos tirados en el suelo y casi me abrí la cabeza. El primer golpe me sacudió nada más abrir. El segundo cuando todavía estaba girando la cabeza para enfocar a mi agresor. Era Lola, que entraba en casa hecha un basilisco, alejada de la dulzura del día anterior y con el rostro desencajado. Logró atizarme dos sopapos más, antes de que lograra sujetarla por las muñecas. Aun así, todavía me lanzaba mordiscos y patadas a la espinilla.

—¡Malnacido! Después de lo que hemos pasado juntos, ¿quieres abandonarme? —gritaba y me empujaba al interior al mismo tiempo. Conseguí cerrar la puerta tras ella, no sin antes atisbar un par de rostros infantiles que se mantenían impassibles al otro lado, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—Lola, aguarda. Nos acabamos de conocer, creo que me has malinterpretado...

—¡Hijo de puta! Ahora me llamarás zorra buscona y me dirás que solo querías un rato agradable que aliviara tu soledad.

No había estado rápido de reflejos y ahora lo estaba pagando. Tenía que reorientar la conversación, si es que se la podía llamar así, sino quería que adoptara dimensiones extravagantes. ¿Acaso había dicho algo en sueños? No había forma humana de que ella conociera mi pasado, las circunstancias que me habían traído hasta ese apartamento o mis verdaderas intenciones de futuro. No podía creer que, después de tantos años de crápula, una viuda de mediana edad fuera capaz de leerme con tanta claridad.

—Tranquila, cariño. —La palabra mágica solía funcionar—. No sé a qué viene todo esto. Creo que hemos conectado bien, que hay algo importante entre nosotros. No lo estropeemos ahora. Me acabas de despertar, cielo, aún estoy un poco dormido. Te juro que no me voy a ninguna parte. Te doy mi palabra de honor. —La había empeñado tantas veces en falso que tenía menos valor que un billete de trece pavos, pero no se me ocurría otro modo de capear el temporal.

Lola experimentó un cambio brusco de humor. Empecé a pensar si padecería algún tipo de trastorno bipolar. Yo necesitaba poner en orden mis ideas, mi vida, hacer planes, y no una relación malsana. Algo de lo que había estado huyendo desde que tenía recuerdos. «Todo saldrá bien, preciosa». Unas caricias en el pelo, unas palmadas en el dorso de la mano... Mi intención era terminar de calmarla y enviarla de vuelta a su casa. Era mejor poner un poco de distancia y esperar acontecimientos.

Otro plan fallido. Acabamos hechos un ovillo sobre las sábanas que todavía guardaban el calor de mi cuerpo. Mi gozo era ilusorio, no estaba acostumbrado a perder el control de una relación. Todas mis alarmas estaban histéricas. Los besos, por ansiosos, perdían su sabor. Las caricias se tornaban arañazos, pero no de los placenteros, sino de los que dejan una marca incómoda. Su abrazo me dejaba sin aliento. «Basta. Déjame y vete a casa. Necesitamos serenarnos».

Ella había dejado de escucharme. No podía siquiera articular palabras coherentes. Su boca sensual se llenó de colmillos amarillentos. Sus brazos, alrededor de mi torso, eran anillos constrictores con los que anulaba mi capacidad de respirar. Ya no tenía unas hermosas uñas esmaladas de rojo bermejo, sino garras que separaban las fibras de mi espalda en un dolor insoportable. Comencé a aullar. Mis ojos parecían querer escapar de mi rostro. Boqueaba en busca del oxígeno que me era negado. Las sombras comenzaron a envolver las paredes del dormitorio. Ante mí se abrían las puertas del Averno... Un instante antes de que la agonía terminase, vi a Luc, el director de la inmobiliaria, rodear con sus manos los hombros de los abominables niños, que me sonreían con una expresión nada infantil. El tipo se limitaba a asentir con naturalidad, dueño de sí mismo y de la situación

* * *

Ahora vivo en el apartamento de Lola, con los niños. Gozamos, discutimos, pasamos el tiempo como cualquier familia. Procuro no pensar en términos de eternidad. He llegado a la conclusión de que la muerte no es tan diferente de la vida.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Pedro P. de Andrés en su [blog](#).



EL ÚLTIMO CUENTO

Relato de terror por Daniel Lujan

Son las once y cinco de la noche. Hoy es un frío sábado más de este julio que no me gusta ni aguanto. Recién terminé de ducharme y debería estar relajado y tranquilo escribiendo estos cuentos para mi libro. Sin embargo presentimiento lo terrible.

Hoy volví a escuchar esos pasos. Son continuos y cortos. Deambulan por la galería de un lado hacia el otro. Se detienen frente a la puerta de mi habitación, y luego siguen.

Siento un incómodo escalofrío por todo mi cuerpo, por mis hombros, mis rodillas, por la espalda.

No creo que sea él. ¿Puede ser eso posible? No lo creo.

Por ejemplo, cuando salí al patio sentí sus ojos clavados en mi nuca. Todo oscuro, entre las sombras de las sombras sentí la presencia de alguien ajeno a mi cotidianeidad.

A decir verdad, ya hace unos días que me persigue. No es como en los sueños. Esto es muy diferente. Esta acá. Ahora mismo me mira y me perturba. Lo siento. Él se deja escuchar, pero no he podido verlo.

¿Andará buscando venganza? ¿Qué es lo que quiere?

Al fin y al cabo me pertenece. Yo le he dado vida. Yo lo hago respirar, le insinúo el camino que debe seguir. Es mi mano la que lo hace temible y fuerte. Pero de un tiempo a esta parte ya no puedo manejarlo. No me obedece. Me excede.

Por la rendija de la puerta veo su sombra. No me inquieto. Cauteloso se asoma y espera. Tie-

ne la paciencia de todos los días. Se agazapa y me mira.

Reconozco que estas muertes no le pertenecen. Que lo he hecho cargar con la culpa ajena de mi imaginación. Él simplemente se limitaba a obedecerme, mató porque yo quería ver el color de la muerte en sus ojos, porque el eterno sabor de poder que significa el hecho de manipular las vidas de otros me seduce.

Miro hacia la puerta de mi habitación levemente por arriba de mi hombro. Está parado justo detrás de mí. Y tiene un filoso cuchillo en la mano.

Tengo el tiempo para terminar este cuento e irme. Él lo acepta. Sabe de mi oficio de escritor y comprende. Respeta los códigos.

Un cuento, jamás debe ser interrumpido a mitad de cami.....

FIN



Elsa

La mujer de los epitafios Trenque Lauquen

Relato de terror por Daniel Lujan

La herida de Elsa queda todavía pendiendo de la más minúscula sospecha. Y aún más: detrás de los días descansa su leyenda revolviendo rincones deshabitados.

El mismo día en que me contaron ésta historia, un terrible frío se posó fugazmente en mi espinazo.

Y me preguntaba qué serían de las poesías de Elsa, y de sus promesas futuras, ya postergadas. Me cuestionaba muchos interrogantes que el pueblo ignoraba simuladamente. Y sobre todo, quedaba en mi boca un gusto agrio que no pude quitar, ni aún después de escribir la historia.

Todo comenzó con aquel epitafio de su tumba que me dejó pensando por un largo rato. Había algo oscuro en todo esto. Solitaria estaba esa rosa, seca y expectante, apoyada cuidadosamente sobre la lápida de Elsa Strech fallecida en 1905.

La tarde tibia de Trenque Lauquen guardaba todavía más sorpresas en ésta historia de amor.

Elsa era una maestra de literatura que llegó a Trenque Lauquen designada por la Dirección de Cultura de Buenos Aires.

Se hospedaba junto a su criada, Guillermina, en la pensión de la Chola, amiga de Martha también. Su pequeña e iluminada habitación daba a la calle en el segundo piso.

De ahí miraba la plaza y seguramente esa postal le sirvió de inspiración para sus poesías. Pero Elsa no sólo escribía poemas para amados fugitivos, sino que le apasionaba la costumbre de escribir epitafios.

Por aquel entonces había conocido a Evaristo Ortiz, importante hacendado del pueblo que frecuentaba a menudo aquel segundo piso de la pensión de la Chola. Y con el pasar de los días se comentaba ya, que esa relación era algo más que una inocente amistad.

Tiempo más tarde, la Chola declaró haber escuchado en noches de pestañas largas, los gemidos furtivos de los amantes.

Elsa no hacía caso a los comentarios injuriosos que los vecinos y sus compañeras de escuela empezaron a tejer por lo bajo. Ella imponía su figura lánguida por entre las demás, resaltada por su cabellera larga y rubia. Caminaba con la frente alta y las faldas demasiado cortas para la época, mostrando algo más que sus pantorriillas.

Sin embargo, sus días se resumían a la pasión por sus epitafios y a la docencia. Los otros ratos los dividía en largas charlas con su criada Guillermina y con Evaristo.

Y como en toda historia de amor, lo trágico sucedió casi como una propuesta prohibida del destino. Lo indebido, aquello no pensando.

Evaristo se había ausentado por un tiempo más prolongado que de costumbre. “Cosas del trabajo” le decía Guillermina a Elsa tratando de servirle de consuelo.

Aquel mismo mediodía, en la imponente casona de los Reynaldo Campana, se percibía un ánimo festivo. Maria Jimena, la hija menor de la familia se comprometía con el joven hacendado Evaristo Ortiz.

El almuerzo transcurrió con la felicidad solita de éste tipo de acontecimiento. Y cuando los criados se aprestaban a servir el postre, un finolamento llegaba justo de la ventana del segundo piso de la pensión de la Chola.

Evaristo se levantó con una reposada destreza. Pidió disculpas y se dirigió hacia donde el grito.

Ya en la habitación, Guillermina lloraba espantada en un rincón abrazándose las piernas. Del otro lado, pálida e inmóvil yacía sobre el piso Elsa. Un hilo delgado de sangre le cruzaba el rostro entero. Sobre el escritorio descansaba expectante aquel epitafio escrito casi con seguridad para la ocasión. Y que todavía hoy ilustra a esa piedra fría:

"Caminante, si al pasar por esta tumba recuerdas al ser cuyas cenizas guarda,

no te detengas, prosigue, conociste la materia, el alma nunca."

Elsa Strech – 18 de abril de 1905

Elsa fue enterrada en el Cementerio Municipal. Y como si todo el dolor y el misterio no bastaran, ocurrió lo morboso. A los cinco días de su funeral, alguien atentó contra la paz de ésa tumba, que amaneció desecha y con el cajón a medio desenterrar.

Los vecinos, entre el estupor y la indignación, juntaron el dinero necesario para arreglarla. Pero a lo que tres días, fue destruida de nuevo. Y sobre uno de los costados aparecían nuevamente las huellas de una persona.

Algunos vecinos trataron de darle a ésta historia un matiz fantasmagórico. Otros, aseguran haber visto a su criada, Guillermina, perderse entre las sombras de otras cruces, de otras bóvedas justo cuando la tarde cae. Lo uno y lo otro es un misterio aún.

Sin embargo, cada 18 de abril la tumba de Elsa

Strech se llena de flores. Quien las pone y por qué lo hace, es otra de las incógnitas que nadie se atreve a develar. Tal vez para que no se pierda nunca la magia de Elsa, o quizá para no descubrir lo que sus mentes guardan y no dicen.

FIN

LOS OJOS DEL MUERTO



Relato de terror por Daniel Lujan

Dicen que en una humilde casa del tranquilo pueblo de Azul, sobre la calle Esteban Echeverría al 750, un joven comerciante había denunciado un caso que salió en los periódicos de la ciudad y que conmocionó por muchos años las calles de la zona.

El relato del Sr. E.J. cuenta que estaba en el comedor de su casa, cuando alguien apareció cortando el viento de la noche.

No era un verano más, el silbido de las puertas era el más apocalíptico quejido del silencio. Hacía mucho calor. El cielo estaba denso y abierto.

Era una sombra, un cuerpo oscuro que manejaba cautelosamente la impenetrabilidad del aire. Sus pasos se deslizaban cortando las formas sin rozar siquiera los muebles o el suelo. Todo inmóvil en la habitación, inclusive el reloj estaba detenido en las once menos cuarto de la noche.

E.J. estaba sentado en sillón de espaldas al parque. La puerta de ingreso a la sala se cerró abruptamente con un golpe seco. Él se quedó quieto achicando su figura dentro del sillón, se encogió de hombros, unió sus rodillas y paseó sus ojos suavemente de un lado al otro de la habitación. Frente a él estaba lo escalofriante.

Ni vivo ni muerto, eso era lo peor. Un par de ojos inhumanos y oscuros que no miraban a ninguna parte, sin alma, sin brillo; una rara mezcla de inocencia y brujería. El dolor de su cara plasmada en un hilo seco de sangre.

Detrás de eso, nada. Absolutamente nada.

Se sentía el vacío temible ganando toda la sala.

Su presencia era tan solo un susurro, un gemido leve y minúsculo. No había expresión alguna en su cara, y sin embargo transmitía una sensación de ahogada desesperación.

E.J., casi en pánico murmuró: *“¡Santo Dios!... yo te conozco.”*

FIN

El vampiro DE HUNTER CREEK

Un relato de terror de Rafael Salcedo Ramírez

La noche era tan desagradable que desanimaba a salir de casa y ya no sólo por el frío sino también por la ventisca, la cual incrementaba la sensación de que aquél era aún más intenso. Aunque bien era verdad que, ésta u otra circunstancia, no arredraba a John Pullman para echarse encima el más grueso abrigo con los que contaba, envolver el rostro en una buena bufanda de lana, colocar las manos dentro de unos mullidos guantes de piel y marchar raudo a la Taberna del Búfalo Blanco, donde no debía faltar a su cita a la tertulia que cada noche, por encima de los condicionantes climáticos adversos, se formaba en aquella pequeña población, exenta de otras diversiones salvo buena compañía y un buen trago; y esto último era algo que John no se perdería por nada del mundo.

Ya calle abajo, parecía tambalearse por la fuerza del viento que casi lo levantaba pese a contar con más de ciento diez kilos de peso y casi dos metros de estatura, aunque no le hacía variar ni un grado el rumbo que llevaba. John no era oriundo de aquel apartado lugar al borde de la costa occidental del país, ni siquiera de la comarca, ni del Estado tampoco; era de la otra parte del mundo y su llegada había sido fruto de la casualidad al heredar una enorme casa y una extensión de terrenos -propia de un Lord inglés- de un anciano tío, quien había viajado hacía varias décadas para establecerse allí. John, agente de policía en su tierra en las antípodas y no contando con más familia y tampoco esposa, decidió recorrer medio mundo, abandonarlo todo, y probar suerte en aquel pueblo.

Sin duda ésta le sonrió y aquel lugar, a poco que lo conoció y pasó una temporada, se convirtió en su hogar al que pretendía anclarse para no vol-

ver jamás a su país que ahora, tras tantos años, permanecía perdido en la memoria. Contaba con suculentas rentas de las tierras las cuales le sobraban para vivir y, sin ser hombre de ambiciones, valoraba por encima de las cuestiones materiales las relacionadas con la amistad entablada con no pocos vecinos de aquellas tierras bañadas con un bravo mar y sometidas al capricho de los vientos que, o bien se adentraban en aquél, o regresaban furiosos a las montañas que hacían de parapeto a la espalda del pueblo.

Además de todo aquello, John había encontrado en el otoño de su vida algo que, por diversas circunstancias, no se había cruzado en su camino, y no era otra cosa que una dama viuda que hacía que su corazón palpitara como el de un adolescente. Un poco torpe para los cortejos, andaba merodeando para lograr la atención de aquélla y sentía cómo en los últimos tiempos había hecho serios progresos que le daba una alegría de vivir antes nunca experimentada.

La verdad es que era la mejor etapa de su vida y ahora no añoraba ni ciudades con mayor animación ni lugares con más comodidades y, por el contrario, se encontraba a sí mismo viviendo al lado de la naturaleza que en aquel lugar era su mejor hallazgo y donde podía encontrar en un pequeño tramo de terreno la serenidad y belleza del mar, aunque sólo en sus mejores días cuando no acechaban las tormentas que iban y venían a los mares del norte, y por otra parte la calma bucólica del campo y los densos bosques evocadores.

Gente sencilla, gente corriente, gente buena en el más amplio sentido le habían acogido con los brazos abiertos y se había integrado en la peque-

ña comunidad como uno más y, siempre, con el mayor de los respetos al presentar un curriculum tan serio como el haber prestado servicio como policía; aunque fuera al otro lado del mundo. Era el paraíso para John en el que había dado rienda suelta a una de sus aficiones como era la pintura al aire libre, encallada durante sus años de trabajo como agente de la ley, y a la que el entorno ayudaba a practicar con asiduidad.

Precisamente en una de sus habituales salidas por los contornos, cuando el viento lo permitía y el sol ganaba la partida a las nubes que bajaban de las montañas, había conocido a Emily; aquella viuda que sonrosaba sus mejillas, a su edad, y un ligero tembleque en la voz advertía esa sensación tan emocionante que pasada la cincuentena tensaba todo su cuerpo. Emily, educada y elegante, era una mujer madura en todo su esplendor y su cuerpo aún gozaba del suficiente encanto para turbar a los hombres y, en especial, a John quien desde aquel día seguía sus pasos como un fiel perrito faldero.

Y estos encuentros, a veces casuales y en otras ocasiones no tanto conforme a su estrategia de acercamiento, eran el tema de las cavilaciones de John mientras caminaba directo a la taberna y a la tertulia que tan gratas le hacía las veladas, a la vez que engrasaba la amistad con los aldeanos quienes ya se encaminaban prestos desde sus respectivos hogares; haciéndoseles la boca agua con el whisky añejo cada noche saboreado.

Y aquella noche no iba a ser menos, por lo que empujó con brazo firme la puerta de la Taberna del Búfalo Blanco y le invadió una placentera sensación de calor hogareño, haciéndole olvidar el mal rato pasado caminando contra la molesta y fría ventisca.

John pensó que la lumbre encendida y la copa servida rauda por Hawks, el afable tabernero, compensaban con creces el esfuerzo que ahora se convertía en un momento de gran felicidad compartido con sus amigos que, por cierto, aún no habían llegado; algo que le extrañó sobremanera conociendo las querencias hacia aquel lugar, algo casi mágico salvando las distancias, a esas horas y ese día, víspera de Halloween.

Mientras saboreaba la primera copa, de muchas de aquella velada, John inquirió a Hawks sobre

la tardanza de los contertulios de la taberna; a lo que éste poco pudo contestar al estar también extrañado de la actitud tan extemporánea de unos asiduos clientes a quienes ni las mismísimas fauces del infierno impedirían acudir cada noche a su santuario etílico. Sin embargo, ambos no tuvieron que esperar mucho porque al poco aparecieron por la puerta todos los contertulios de John, tan ateridos de frío como él llegó hacía instantes, y rogando a Hawks lo remediara a la velocidad del rayo.

Sendas copas de buen whisky fueron escanciadas y tomadas de un solo trago, tras desprenderse todos de su gruesa vestimenta con la cual habían hecho frente a la ventisca, para después tomar asiento ya al amor de la soberbia lumbre la cual ardía con fuerza llenando toda la estancia de una agradable temperatura que invitaba a no levantarse de aquellos cómodos sillones que, a fuerza de costumbre, ocupaban siempre en el mismo orden y disponiéndose a iniciar, bajo la atenta mirada del tabernero, la tertulia de cada noche.

Junto a John estaban en derredor dando buena cuenta de aquel escocés, Philip Blackwood, uno de los propietarios de la serrería del pueblo, Jason Stanton, a la sazón juez de aquella comarca, Steve O'Hara, sheriff local, y Daniel Benson, quien pasaba por ser el poseedor del mayor número de acres, a excepción de los del propio John.

Fue Stanton, el juez, quien abrió primero el fuego iniciando el repaso de los acontecimientos del día, no sin antes arrellanarse en su cómodo sillón al que tenía tomada la medida, encender una colosal pipa y observar cómo se elevaba grácil la primera bocanada de humo. Tras esto, se dirigió a John y le ofreció una explicación convincente para aquella leve tardanza en aparecer por la taberna.

John, aunque no le dio excesiva importancia al tratarse sólo de unos minutos, sí es que estaba intrigado. Pero no quiso incomodar con preguntas las cuales no venían a cuento a sus amigos y prefería escuchar de sus labios la razón, o razones, que habían alterado sus costumbres.

De este modo, el juez, con tono sombrío que le sorprendió, comentó cómo el motivo no había sido otro que la aparición en el río que cruzaba el

pueblo del cadáver de la hija de los Olsen, Mary; una joven de quince años en la flor de la vida y en circunstancias dignas de sospecha, al menos en una primera impresión tenida al levantar el cuerpo.

John quedó perplejo ante tal revelación, pálido de la impresión, por otra parte comprensible en aquel lugar tan apartado de todo, donde estas noticias eran rayas en el agua para una comunidad tan sencilla donde sólo alguna borrachera de vez en cuando era la única incidencia de la que los agentes de la ley tenían que ocuparse.

John, como policía que había sido, no dudó en hacer preguntas primero y, en tono servicial, ofrecerse para colaborar en cuanto estuviera en su mano. Tanto el juez como su amigo el sheriff O'Hara agradecieron efusivamente su disposición y no tardaron en pedirle se uniera al equipo investigador del triste, y macabro, suceso que les había conmovido a todos y sin duda al día siguiente, ya con las lenguas haciendo su trabajo, lo haría aún más a todos los habitantes no sólo del pueblo sino de toda la comarca y, siguiendo la costa, todas las localidades en línea recta hasta la ciudad.

Hawks sirvió rápido otra copa con la que salir de aquel momento en el que el silencio, raro visitante, había resuelto quedarse entre ellos atenazando sus pensamientos y poniendo un imaginario y pegajoso esparadrapo en sus bocas, antes tan parlanchinas. Por supuesto, el licor hizo su trabajo y aquellos hombres lograron vencerle para iniciar, aunque con un ánimo lúgubre, la tertulia que abrió Daniel Benson, el rico propietario, quien lanzó un dardo que dio en la diana del interés de todos los presentes.

Daniel mostró una gran preocupación que hizo mella en todos y, en especial a John, quien miraba para el crucifijo que tenía en la pared y se santiguaba. El viento afuera arreciaba con fuerza y John sintió un escalofrío por algo desconocido, aunque las caras de sus compañeros le hacían presentir algo tenebroso.

Y esa preocupación precisamente se refería al estado en el que habían encontrado a la pequeña de los Olsen: sin una gota de sangre en el cuer-

po. De nuevo, John se sintió fuera del círculo que los conocimientos de los demás le dejaban al otro lado de esa línea, en la cual no puedes comprender el porqué de las cosas. Para ello rogó a Daniel que, en atención a su temprana residencia en el pueblo, le pusiera al día sobre todo cuanto pudiera tener relación con el hallazgo de la joven asesinada.

-Un vampiro- dijo rotundo Daniel. John quedó boquiabierto tras la revelación expresada con la mayor seriedad y convicción por su contertulio, mientras Hawks se servía en la barra una copa doble bebida de un trago y, sin pestañear, a continuación hacer lo propio con una segunda. Después, prestó toda su atención a las palabras que siguieron.

Daniel refirió a John cómo todos cuantos vivían en aquella comarca costera siempre tenían presente una leyenda según la cual, tarde o temprano, un vampiro regresaría para sembrar el terror. Y ese momento, según sus cálculos basados en la señal recibida con la trágica muerte de la joven Olsen, había llegado.

Claro que alguien, de entre todos los habitantes del lugar, lo había despertado de su letargo centenario y ahora le servía para ayudarlo a completar su misión sangrienta, con el fin de vengar su final a manos de los ascendientes de todas las familias pobladoras de la comarca.

John seguía sumido en la mayor de las tribulaciones, atónito ante el relato. Sin embargo, tranquilizándose pensó para sí cómo éste no tenía mayor relevancia que una más de las supersticiones de pueblos ancestrales traídos por los colonos desde el centro de la vieja Europa, a su vez acarreados de generación en generación por una suerte de gentes sumidas en la ignorancia fruto de la injusticia de la desigualdad, la cual empujó a miles de ciudadanos a buscar aquella tierra de promisión a miles de kilómetros de sus raíces.

Sin embargo, el carácter y la formación de sus compañeros, quienes pasaban por ser lo más granado del lugar, y la seriedad que acostumbraban a mantener en sus posturas frente a cuanto se comentaba, le movió a dar cierto aire de vero-

similitud al relato del cual quería conocer más detalles para tomar una actitud u otra según el cariz que tomaran los acontecimientos. En la barra, el tabernero, quien apuraba su tercera copa, sacó decidido un gigantesco colgante de ajos para sin perder tiempo colgarlo encima de la puerta de entrada y cuyo penetrante olor percibieron los contertulios; por supuesto comprensivos con la drástica acción tomada por aquél.

John inquirió a Daniel sobre los detalles de la leyenda, añadiendo un comentario que no recibió de buena manera éste, al poner en duda la base sobrenatural de aquel ser y, por el contrario, invocar una explicación científica del mismo. Daniel no le replicó con argumentos convincentes, los cuales le parecieron absurdamente peregrinos, y le pidió buscara alguna otra causa como desencadenante del asesinato tan cruento. John se mantuvo firme considerando éste más propio de alguien desequilibrado, por su experiencia como agente de la ley, que de un trasnochado vampiro propio de leyendas y cuentos perdidos en la noche de los tiempos.

La puerta de la taberna se abrió de par en par, forzada por el ímpetu ya desbocado de la ventisca amenazando con convertirse en auténtico huracán. Los ajos salieron despedidos y fueron recogidos y vueltos a su sitio por Hawks.

Mientras esto ocurría y viendo las posiciones encontradas de ambos contertulios, ya enzarzados en lanzar soflamas en uno y otro sentido, intervino para ofrecer un nuevo enfoque el sheriff O'Hara. Éste pasaba por contar a John la historia la cual aún no conocía y que, tras escucharla de sus labios, cambiaría por completo su opinión.

Hawks se acercó a la mesa y sirvió generosas copas para después retirarse tras la barra agarrado ya sin descanso a su vaso, viendo cómo aquellos hombres encendían sus pipas, cigarros y cigarrillos, y entre espesas bocanadas de humo escuchar las palabras del sheriff.

Éste relató cómo en los últimos meses del siglo anterior al que vivían, tres amigos y vecinos de la localidad, inoculados por la fiebre del oro que corría veloz por todos los confines de la joven nación del nuevo mundo, decidieron sumarse a

ésta y embarcar rumbo a las tierras donde mora el Inuit y la noche dura seis meses, en la que el hielo es amo y señor del destino de cuantos intentan, sin saberse perdedores, desafiarle.

En su empeño, liquidaron cuantas posesiones tenían y lo invirtieron en aquella aventura que les llevó hasta los confines de la tierra conocida en las lejanas soledades de Alaska. Un lugar donde los débiles son la cena de manadas de lobos hambrientos, tan negros como el destino de todos los que se aventuraban en sus dominios. Tras un largo camino sorteando mil y un obstáculos, llegaron exhaustos a la ciudad de Dawson que, por aquel entonces, acogía a más de cuarenta mil almas enfrascadas al unísono en una misma ambición: el oro.

Después de jornadas de descanso, en las que recuperaron fuerzas y acapararon informaciones valiosas de otros pioneros, pertrechados con todo el equipo necesario para llevar a cabo sus aspiraciones de encontrar una mina que les hiciera inmensamente ricos, abandonaron el calor y los bares repletos de aventureros, jugadores de ventaja y chusma varia, con dirección a la más famosa región del Yukón, a la cual todos conocemos como el Klondike, siguiendo sin demora el rumbo del río que le da nombre hasta adentrarse en el valle de Hunter Creek, el cual sería a la postre su destino final.

Los tres amigos afrontaron con singular fortaleza todos los inconvenientes que la dureza del clima y la tortuosa ruta elegida les imponían, haciendo surgir una solidaridad entre ellos que les hacía llevadero el esfuerzo diario para afrontar las largas jornadas sin apenas descanso, hasta alcanzar el punto donde decidieron probar suerte y comenzar la búsqueda de tan ansiado botín.

El punto elegido era una pequeña cueva situada al final de una empinada colina. Donde, tras las prospecciones necesarias, comenzaron el arduo trabajo de extracción. Sin embargo, cuando llevaban dos jornadas de intenso trabajo, una pared de la cueva cedió de improviso y dejó al descubierto un pasadizo de una notable profundidad a simple vista.

Decidieron aprovechar la maniobra del destino, que les ponía en bandeja un nuevo lugar

donde explorar y, tras asegurar la entrada y comprobar suficiente la altura para acogerles, se adentraron provistos de herramientas con tal de probar suerte.

Ésta sopló fuerte de cara y el júbilo desbordado llegó al ánimo de los tres amigos, al dar con una veta aurífera que, ni en sueños, hubieran jamás imaginado ya que su tamaño y profundidad era tan grande que les haría por siempre crasos. De esta forma, cargaron los mulos con cuanto pudieron y acordaron regresar impacientes a Dawson para registrar la mina, lo cual suponía la cúspide de su aventura.

Sólo restaba llenar las alforjas de cada uno de ellos y para ello acudieron a la veta una vez más. En esta ocasión y al picar uno de los bordes de la pared, una nueva oquedad surgió de repente. Comprobaron curiosos cómo alumbrándola daba a una estancia donde en su centro justo aparecía una especie de sarcófago, repleto de símbolos desconocidos y cuyo material no acertaron a catalogar ya que, incluso según el ángulo de visión, cambiaba tanto de textura como de color.

No se pusieron de acuerdo en qué hacer pero, frente a la opinión de dos de ellos, el tercero impuso su determinación de investigarlo por si ocultaba algún tipo de riqueza que pudiera incrementar la fortuna a la cual ya estaban abonados. Así, se dispusieron a buscar la forma de abrirlo aunque sin resultado, dado el hermetismo de aquella forma a la que no se le veían resortes.

Advirtieron sin embargo en su parte superior unos pequeños relieves que eran más evidentes al tacto. Sin mediar palabra, uno de ellos recorrió con sus dedos estas extrañas protuberancias hasta que sintió un fuerte dolor provocado al clavársele varias puntas afiladas que, como traicioneras dagas, habían surgido desde dentro del sarcófago. La sangre producida por las profundas heridas corría por su superficie y al unísono escucharon un zumbido acompañado de un fulgor que, sin saber cómo, producía aquel extraño objeto el cual hacía brillar toda la cueva en tonos ambarinos.

Tras el zumbido, que cesó, y después de unos instantes de profundo silencio en el cual anidaba el miedo que les atenazaba, un sonido seco y

metálico irrumpió haciendo vibrar el suelo para, acto seguido, abrirse lentamente aquel objeto, ya iluminado con una fuerza que hizo creer a todos el amanecer se presentaba en tan lóbrego lugar, consiguiendo cegar sus ojos y dejar sus mentes aturcidas.

Cuando los tres amigos lograron reponerse y la luz les permitió de nuevo abrir los ojos, delante de ellos, como ladrón en la noche, como un espectro jugando a capricho, observaron cómo un ser de formidable estatura y poderosos miembros, les observaba callado, como adivinando sus movimientos; como el lobo mira a su presa esperando su reacción.

Los tres amigos se miraron sin decir palabra, con los pies clavados en el suelo, sin capacidad de pensar, de decidir qué actitud tomar. Y esto era lógico cuando fijaron su vista en la boca del ser, ofreciendo unas fauces donde los colmillos rebasaban con creces su labio inferior, dándole un aspecto más cercano a una fiera que a un humano.

Estaban seguros que sus intenciones eran poco amistosas y más cuando contemplaron horrorizados cómo se acercaba hacia ellos, con una zancada digna de un gigante. Precisamente esto les sacó de su bloqueo para empujarles a través de las galerías de la cueva en una carrera que se les antojó era para conservar la vida.

Y así se confirmó, mientras con el corazón al borde de su esfuerzo avanzaban hacia la salida, cuando escucharon nítidas tanto las pisadas de aquel formidable ser como los gritos desgarradores del más grueso de los tres, quien había quedado rezagado para su desgracia.

Era su primera víctima y el ser sólo tuvo que morder su frágil y grasiento cuello una vez para desgajarle la cabeza. Apenas succionó algo de sangre, saliendo a chorros llenando las paredes, y continuó su persecución de los dos que aún le quedaban donde, pensó, había más alimento que insuflara fuerza a sus miembros aún anquilosados tras una espera de milenios suspendido hasta la llegada de las primitivas criaturas, las cuales vertieron inocentes unas gotas salvadoras de su letargo forzado.

Los otros dos amigos, ahora más aterrados tras escuchar los gritos de su amigo, ya veían la luz salvadora del final de la cueva. No obstante, para el segundo de ellos aquel efímero resplandor fue el último que percibirían sus ojos cuando sintió cómo su sangre era succionada en un torrente hacia aquellos dientes afilados, los cuales habían penetrado hasta el fondo de su garganta. Esta vez aquel ser bebió ansioso cuanta sangre pudo, dejando a su víctima como un arrugado papel de estraza sobre el húmedo suelo de la cueva.

El primero de los tres amigos, y ya único superviviente, sintió su salvación cercana cuando abandonó raudo la cueva, hasta entonces paraíso y después infierno maldito, para tomar uno de los mulos y dejar aquel lugar colina abajo, sorteando maleza, árboles, arbustos y riachuelos impidiéndole acelerar más el paso. Sin embargo no fue muy lejos, como era de esperar, ya que delante de él y sin saber cómo había llegado hasta allí con tanta premura, estaba aquella criatura observándole con gesto de fiera, con ojos amenazadores y emitiendo sonidos irreconocibles para aquel pobre aventurero.

Pero no contaba con la astucia humana y, sin que pudiera comprender qué ocurría, el ser de más allá de las estrellas recibió un balazo en el pecho para a continuación abrirle otro un boquete en pleno estómago, del que surgió un chorro de sangre cuyo gorgoteo podía oírse nítido al caer sobre la nieve.

El aventurero quiso hacer un tercer disparo pero comprobó alarmado cómo el rifle estaba encasquillado y, mientras hacía esfuerzos improbos para arreglarlo, aquel ser, ya tambaleante pero con fuerza suficiente, le agarró por el cuello y le tiró al suelo.

Sintió despavorido cómo le apretaba la garganta, viendo su cara a escasos centímetros encima de él. Aun así, tuvo tiempo de reaccionar y acertó a sacar su navaja de la chaqueta y en un último esfuerzo se la clavó cuantas veces pudo en el costado. Aquel ser miraba cómo salía y entraba el trozo de metal en su cuerpo, haciendo que la sangre manara esta vez como una fuente empapando las ropas del aventurero, quien creyó haberse zafado de tan cruel fin.

Aunque con la garganta todavía oprimida, todo le parecía al aventurero terminaría felizmente para él y resultaría un mal negocio para aquel ser, quien no esperaba su determinación. Sin embargo, no hay que vender la piel del oso hasta haberla cazado como demuestra que la criatura colocó su boca abierta a la altura de la del aventurero y provocándose una arcada en el estómago, regurgitó una especie de ciempiés que, abriéndose paso por su nariz, penetró hasta su cerebro.

Claro que aquel cerebro ya no le pertenecía. Ahora era territorio conquistado por la criatura quien tomó posesión de un nuevo cuerpo, mientras contemplaba con una fría sonrisa el que hasta ahora había ocupado, ya desangrado, de aquel espécimen del planeta que recordó hostil hasta el punto de que fue perseguido y desterrado. Sin embargo, este nuevo en el que había despertado le agradaba sobremanera y con una inagotable cantidad de alimento, tibio y sabroso en aquellos surtidores andantes cuales eran sus habitantes, ahora sus congéneres a los que pastorearía.

Asumida la personalidad y recuerdos del aventurero, la criatura con una nueva vida comenzó su andadura colocando sendas cargas explosivas en la entrada a la cueva, volándola para así borrar cualquier rastro tanto de ésta como de su confinamiento en aquel sarcófago, constituido en prisión cuyas puertas ahora habían sido abiertas de forma tan providencial y como consecuencia del rasgo más humano encontrado en la mente escrutada del ser que ahora ocupaba: la ambición.

Con los mulos cargados hasta los topes, las alforjas llenas de kilos del máspreciado de los metales, se convirtió en alguien inmensamente rico y pudo regresar a la pequeña comunidad convertido en un popular personaje, no sin antes contar una historia la cual satisfizo tanto a los entonces habitantes como a las apesadumbradas familias de aquellos dos amigos víctimas de sus fauces, a las que recompensó generosamente para acallar sus preguntas sobre el trágico final de aquéllos, que refirió fue debido a las duras condiciones de la expedición.

En su camino hasta aquí —concluyó su relato el contertulio— y desde Dawson hasta la costa, tanto

en el propio barco como en la ciudad, dejó una escalofriante lista de cadáveres que aparecían en idénticas condiciones mostrando succionada en su totalidad la sangre que les daba la vida. Esas vidas que ahora incrementaban su poder y su fuerza, así como su capacidad de seducción con la que se acercaba a cuantas jóvenes se cruzaban en su camino.

Ni que decir tiene que en aquel tiempo y tras su llegada triunfal, aquella tragedia se extendió por estos lugares sembrando el pánico entre la población y más cuando, a su favor, jugaba la inoperancia de los agentes de la ley para atrapar a aquella bestia que cada pocos días se cebaba con sangre inocente; haciendo de su impunidad su fortaleza e incrementaba su osadía hasta tal punto que ésta fue su perdición.

De esta forma, una noche de luna llena y sintiéndose seguro de no ser sorprendido, en el mismo pueblo y en la mismísima calle principal, abordó a la hija del herrero, al que sin embargo no había advertido venía caminando a pocos pasos de ella, temiendo que su hija fuera atacada como las demás tal como así ocurrió.

La fuerza del herrero y su rápida intervención lograron salvar la vida de la joven, rescatada ya de los colmillos afilados dispuestos a desgarrar su tierna garganta. Las voces del propio herrero junto a las de su hija, presa del terror, alertaron a toda la vecindad y comprobaron cómo aquel, su vecino más famoso y rico de la comarca, era preso de los brazos del herrero convirtiéndole en cazador cazado.

Sin dilación y mientras los agentes de la ley miraban para otro lado, en un rápido conciliábulo se decidió acabar para siempre con aquel monstruo bebedor de sangre humana, azote de jóvenes virginales, llevándole al molino de nuestro pueblo, en cuya cercanía fue ahorcado sin piedad ante la muchedumbre desatada.

Tras esta ejecución sumaria y de acuerdo con las prácticas relativas al exterminio vampírico, clavaron su cuerpo al suelo y su corazón fue atravesado por una estaca, elaborada con la madera del árbol que le sirvió de apoyo a la horca, tras lo cual con sus propios ojos los oficiales de aquel

rito contemplaron, antes de colocar una pesada losa sobre el féretro, cómo aquel ser tomaba su forma original con rasgos de pesadilla que perduraron en sus mentes hasta el final de sus días.

Los bienes de aquel terrible ser, absorbida la personalidad de su dueño, fueron confiscados y dedicados a la mejora de las carreteras de la población, la construcción de un nuevo colegio y un hospital que llegó a ser orgullo de la comarca. Sólo quedó sin liquidar la casa que se daría a los causahabientes que pudieran existir allende los mares.

John estaba pálido tras escuchar aquellas palabras, él mismo sorprendiéndose de dar crédito a la historia contada con tanto detalle. Los demás contertulios también salieron de la ensoñación producida por el relato de acontecimientos tan terribles que, aun conociendo, no dejaban de producirles cierta desazón. Y no digamos a Hawks, quien ya traía de nuevo la botella para escanciar ese whisky que aligeraría de nuevo las lenguas de aquellos charlatanes caballeros.

Tras el fin del relato de O'Hara, tomó la palabra el juez para continuar con la primicia de que el lugar del enterramiento del vampiro, tras cien años olvidado, había sido profanado y, conforme a la leyenda, alguien había derramado su sangre sobre los restos, confiriéndole de nuevo el poder de la vida terrenal y su reencarnación en alguno de los habitantes de la población, ajena a tan tétricas noticias, para continuar con su ritual de sangre y muerte.

Después de pronunciar estas palabras, con gesto grave, el propio juez extrajo del maletín que siempre le acompañaba una enorme y puntiaguda estaca. A su lado, el sheriff hizo lo propio mostrando en sus manos una soga con el nudo preparado para el linchamiento. Por su parte, los otros dos contertulios apuntaron sendos revólveres hacia la cabeza de John, quien asistía perplejo a la escena de la que no se sentía protagonista, y al que Hawks se había unido empuñando un azadón orientado hacia la cabeza de éste.

Todos le miraban sin pestañear y amenazándole con la mirada. John se levantó y retrocedió hasta pegarse a la pared que tenía tras él y tarta-

mudeando les preguntó qué ocurría. El juez, que movía la estaca basculándola tal como si la clavara en el corazón de aquél, le dirigió la palabra:

-Es inútil que lo niegues. Sabemos que eres tú. Y no podía ser otro, tú John, el que diera su sangre al vampiro, el que le hiciera retornar desde el infierno para aterrorizarnos. Si, John, tú, descendiente directo de aquel Nathaniel Pullman que yacía con una estaca al lado del molino durante más de cien años, quien nos trajo la maldad a la comarca y tú ahora vas a acabar como él-

Mientras se acercaban en torno a él, John no podía creer aquello que estuviera sucediendo y su corazón a duras penas latía, frenado por el sufrimiento al que estaba siendo sometido. Casi sin poder respirar y dándole vueltas la cabeza, atinó a sortear la actitud amenazante de aquellos, hasta ahora amigos, y en esos momentos fríos ejecutores de una sentencia dictada antes de conocer los motivos y donde sólo un apellido le condenaba a un sacrificio no merecido. Aturdido, casi sin fuerzas en las piernas y sintiendo un dolor intenso en el pecho, John logró llegar a la puerta y salir a la calle.

Una vez allí, mientras el dolor se hacía más agudo en el pecho y la respiración se le entrecortaba, pensó que no sabría decir si no era mejor haberse quedado dentro, dado que allí había una multitud, tal vez todo el pueblo, con antorchas en las manos, con piedras, palos y miles de utensilios que parecían apuntar directos a su ya maltrecho cuerpo.

Contempló la sogas y el caballo preparados para lincharle, y él mismo comprendió ya era tarde para pedir clemencia por algo que no había cometido, incluso lo dio todo por perdido cuando vio triste cómo la propia Emily asistía en primera fila a su detención y posterior asesinato.

Detrás de él aparecieron los amigos de tantas tertulias y John quiso decirles algo pero su corazón se lo impedía, sus pulmones apenas recibían oxígeno y la vista comenzaba a nublársele. Pero antes, algunos momentos antes de que todo quedase a oscuras y una sensación plácida y serena alcanzase gozosa su pensamiento, John Pullman escuchó cómo las risas y carcajadas corrían como la pólvora por todos los presentes en aquella

escena, en la que él mismo representaba el protagonista invitado, donde la banda de música local comenzó a sonar y sus amigos volvieron a ser amigos abrazándole y a Emily besándole como si volviera de un largo viaje, y el cartero, el tendero, el profesor Higgins, la Sra. Spencer, su fiel asistente, todos sus vecinos que sonreían gritándole alborozados: "Feliz Halloween", y le daban la mano y le daban palmaditas en la espalda.

John no tenía palabras para agradecerles aquel detalle, realmente espeluznante pero detalle al fin; claro que agonizando cómo iba a tenerlas. Sólo le dio tiempo a escuchar lo que decía su amigo el juez, aún con la estaca en la mano:

—Vaya, John, buen susto te hemos dado. Hemos trabajado duro para darte esta sorpresa y celebrar tu primer Halloween con nosotros y así poder mostrarte cuanto te queremos. Eres un tío fenomenal y nuestra comunidad ha querido rendirte este pequeño y macabro homenaje. Esperamos que no te lo tomes a mal, compañero, y disfrutes esta fiesta que hemos preparado en tu honor.

Mientras oía lejanas las voces de la multitud coreando su nombre, John esbozó una sonrisa y fue a decir algo; sólo que ya no pudo. "Lástima de fiesta", fue su último pensamiento.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir la obra de Rafael Salcedo Ramírez en su perfil de [Amazon](#).



Aura

Un relato de horror y fantasía de Natalia Camodeca

Una noche de invierno, en la que el viento jugaba una carrera contra las sombras, una noche de luna llena y de luces estelares, una princesa se escapó. Llevaba una rosa en la mano y la urgencia en los pies. Había robado una flor del rosal que crecía en los jardines del palacio. Este rosal, decían, tenía gruesas espinas que protegían grandes poderes. La princesa no vaciló cuando las espinas cortaron su piel delicada mientras imploraba, en su interior, por llegar a tiempo. Corría descalza, a través del bosque, magullándose los pies contra las piedras del camino, enredando las enaguas en las ramas retorcidas de los árboles. Apenas había tenido un instante para actuar. Corría desesperadamente y con un único pensamiento: «Debo llevarle la rosa, debo llevarle la rosa». Aunque existía la posibilidad de que, en el fondo de su corazón, ya no creyera en rosas mágicas.

En un palacio al otro lado de un bosque, el príncipe sufría. Un cuervo negro aguardaba junto a la ventana y con el pico corvo golpeaba el cristal, marcando los segundos. El príncipe acurrucaba los suspiros contra la almohada mientras escuchaba los susurros funerarios en los ojos de su séquito que aguardaba junto a la cama con la cara larga y el cariño corto. No necesitaba mirar a aquellas personas para notar que se encontraba solo, débil y ajeno. Podía oír la impaciencia de la condesa en el ir y venir de la pesada tela del vestido sobre el suelo, el bigote que el marqués rascaba con unas garras avariciosas y de fondo, el cuervo contra el cristal.

En el bosque, tras la última rama que apartó la princesa, se descubrió un lago de terciopelo

negro. Cientos de luciérnagas revoloteaban sobre la superficie del agua como pequeños focos fluorescentes. El zumbido de sus alas apenas se oía pero era suficiente para que los juncos se doblaran hacia un lado y hacia otro, siguiendo una danza sedosa. La princesa rodeaba el lago cuando un burbujeo estalló en medio de este y entre las ondas crispadas del agua, apareció un cisne rosado.

—¿Hacia dónde vas, princesa? —preguntó una voz.

La princesa, asustada, miraba fijamente al cisne sin responder.

—Te hice una pregunta —repitió la voz.

—Soy Marca y tengo urgencia —dijo la princesa con nervios mientras se preguntaba si aquella voz era la del ave.

—¿Será, acaso, por un príncipe tu apuro?

La voz hablaba desde otro mundo, resonaba en varios planos, como si fuese la misma voz que resonara desde distintos lugares del espacio. Una voz femenina, grave, grande, pensó la princesa.

—Si —respondió Marca.

—Mi nombre es Aura y voy a ayudarte.

La princesa se mordió el labio porque recordaba una vieja canción popular:

Es la canción de la niña

Que se perdió en el bosque encantado.

Andando y andando,

Urgiendo y urgiendo.

Es la canción del aura

Que sorprende a la niña doliente.

Persuade con su cuello,

Temeraria en la noche.

¡Lago negro, lago negro

Tus joyas son dos luceros!

¡Lago negro, lago negro

En tu boca yace Cerbero!

—¿Qué juego es este? —exclamó Marca con recelo.

El cisne abrió las alas y las agitó en el agua. Las ondas del lago se desbordaron y bañaron los pies desnudos de la princesa.

—¿En dónde están tus zapatos? —preguntó la voz con suavidad.

Marca iba a explicar que no había podido buscarlos por temor a despertar a su nodriza que dormía con ella en su alcoba, pero decidió callar.

—¿Querés salvar a tu príncipe?

La princesa se alejó del lago con desconfianza. Deseaba salir de allí.

—¿Por qué me tenés miedo? ¿Acaso te ofendí o herí de alguna manera?

—Tengo que seguir —declaró con resolución.

—No tengas miedo, Marca. Solo voy a ayudar. ¿Por qué te querés ir?

—Pablo me espera... —lloriqueó con miedo.

El cisne metió la cabeza en el agua y cuando la sacó algo rojo brillaba en su pico.

—Acercate, esto es para vos —dijo.

La princesa miró al cisne con recelo. Había sentido el agua helada sobre sus pies adoloridos, la frescura le había aliviado el dolor por unos momentos pero intuía que no debía adentrarse en el agua negra, ni mucho menos acercarse al ave.

—¡Déjame! —gritó Marca mientras observaba al cisne que se acercaba flotando sobre el agua con

los zapatos colorados en el pico. Marca empezó a retroceder, el dolor de los pies se hacía más punzante. Se reprendió por haberse detenido en aquel lago, ahora los músculos se le habían enfriado y notaba cada minúscula herida causada por el camino. Mientras tanto, el cisne avanzaba. Marca pensó en el agua que tan deliciosamente había enjuagado sus pies y pensó, también, en la canción, ¿qué tan cierta podía ser? ¡Era un cuento de niños!

—Deberías tomar los zapatos que te ofrezco...

«¿Por qué no?» Esta vez, Marca no rechazó el ofrecimiento, quería convencerse de que se trataba de una canción para asustar a los niños, de que no hacía mal al aceptar la ayuda y, más llena de dudas que de certezas, alargó una mano hacia el cisne. El cuello rosado del ave se estiró, destrozando la pregunta, y una advertencia asomó en su lugar, pero la princesa no quería ver, cerraba los ojos. En cuanto Marca tomó los zapatos, las luciérnagas cayeron muertas sobre las ondas del agua y sintió que algo oscuro se cernía en su interior. Arrojó los zapatos pero estos aparecieron en sus pies, por arte de magia, como grilletas de condenados.

El cisne desapareció en un burbujeo y la voz ya no se escuchó. Marca quedó sola, en plena oscuridad, junto a un lago negro.

En el palacio, el séquito había ido abandonando la alcoba del príncipe y se entretenía en la gran sala comiendo y bebiendo al son de las acampanadas teclas del piano. Arriba, detrás de la última puerta de un largísimo pasillo, el príncipe agonizaba.

* * *

Junto al lago, bajo una luna llena, Marca miraba la rosa y se preguntaba si llegaría a tiempo para dársela a Pablo. Sin lograr quitarse los zapatos rojos, continuó camino. No reconocía absolutamente nada en el bosque pero lo único que podía hacer era continuar. Se daba cuenta de que las sombras de la noche la engañaban, ocultaban las piedras con las que tropezaba y dibujaban fan-

tasmas con el follaje. Tropezaba continuamente con las ramas que serpenteaban por el camino como su madre años atrás. La rosa iba perdiendo los pétalos y su vestido tenía agujeros, su cabello enmarañado caía con torpeza y cada tanto debía detenerse para masajearse los pies adoloridos que, a pesar de que los zapatos le amortiguaban el golpeteo contra las piedras y las ramas, no aliviaban las heridas que ardían debajo.

—¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a seguir? —preguntó la princesa alzando la vista al cielo. Una nube cubrió la luna y la luz desapareció por unos segundos. El rostro de Marca se fruncía amargamente en la oscuridad. En el bosque los animales descansaban y sólo las copas de los árboles se agitaban castañeando sus hojas. La madrugada se abría paso entre el rocío que caía y la niebla fresca que se escurría como un fantasma entre el follaje. Una lechuza color carne planeó sobre la cabeza de Marca y se posó sobre una rama que salía del suelo. El ave ululó y sus ojos brillaron amarillos. La princesa advirtió algo extraño en el ave que la miraba, a su vez, siniestramente.

—¡Fuera! —chilló y azuzó al bicho.

La lechuza no se movió, la miraba fijamente.

Marca se levantó del suelo y corrió para alejarse. Pero el viento le traía el aleteo del ave. Asustada, miró por sobre su hombro. El plumaje color carne se vislumbraba sobre una rama. Marca agarró una piedra y la revoleó, pero esta dio contra el tronco y en respuesta, la lechuza abrió las alas amenazadoramente. La princesa empezó a correr otra vez. Los zapatos aprisionaban sus pies y el calor de las heridas le subía como fuego por las venas. El cuerpo entero le ardía de cansancio. En ese instante, tropezó y cayó sobre la tierra húmeda. Ya no se escuchaba el aleteo. Intentó quitarse los zapatos: tironeó pero tenía los pies hinchados. Poco a poco sus fuerzas comenzaron a desvanecerse de nuevo. Estaba a punto de arrojar al suelo y dormir cuando la voz cavernosa del más allá, la voz de Aura emergió desde algún lugar del bosque:

—Estás cansada y no te podés sacar los zapatos. Voy a ayudarte. Más adelante hay un río, el agua fresca te va a deshinchar los pies.

Marca, rendida, suspiró. Ya no sentía la calidez de su hermana.

—¿Por dónde?

—Seguí el camino...

El viento se abrió paso entre las ramas, despejando un sendero escondido.

Tal como había sucedido con el lago negro, detrás de una rama (que el viento apartó), apareció el río, una gruesa cinta plateada y tranquila que corría bajo el brillo lunar. Marca corrió y se metió en el agua. No notó que había dejado caer la rosa en la orilla. Sintió que la frescura le aliviaba el ardor de inmediato. El bienestar era grande. Olvidó cómo había llegado allí. Se desprendió de los jirones de ropa y desnuda, se sumergió.

El cielo era una bóveda de planetas y galaxias. Manchones de estrellas lo roseaban como nubes vaporosas muy lejanas. La princesa, ahora, flotaba en el río; se dejaba arrastrar sobre su espalda, observando las luces de la noche. Solo escuchaba el rumor del agua que, cada tanto, se le metía en las orejas. Ya no tenía molestias. Marca era como una pluma en la corriente, liviana, pequeña y a salvo.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que el arrullo de la corriente la adormecía. Se incorporó y de un salto, como una sirena, se sumergió en el agua y nadó. Una sombra, a unos metros, le llamó la atención. En el fondo del río, sobre el suelo de rocas, algo nadaba también. Salió a la superficie, tomó aire y volvió a sumergirse para poder ver qué era aquello que nadaba en la profundidad. Percibió un manchón rosado y le pareció que, despacio, se acercaba. Asustada, se dispuso a salir del agua. Pero algo se enroscó en su pierna, algo suave, plumoso. El cuello del cisne rosado la había atrapado y tironeaba de ella hacia el fondo. Marca abrió los ojos con pánico e intentó impulsarse hacia la superficie, pero no lo consiguió.

—Voy a ayudarte: no luches —dijo, de pronto, Aura.

Era un arrullo, una caricia que ocultaba una orden y se filtraba como agua en la mente de Marca. «No luches...» era lo único que escuchaba.

ba la princesa mientras se dejaba arrastrar. Sintió que sus pies se posaban sobre las rocas del fondo y notó que ya no llevaba zapatos. Sintió que el cuello del cisne la liberaba y quiso patalear y agitar los brazos para salir del río pero el cuerpo no le obedeció. Miró a su alrededor y se sorprendió del silencio y la paz, miró hacia arriba y vio un cielo oscuro y una luna blanca deformada por las ondas del agua en la superficie. Allá abajo todo era silencio azul.

—Voy a ayudarte: no luches. Agarrate de mi cuello. El dolor y el cansancio van a desaparecer —dijo Aura en un susurro.

Marca no tenía fuerzas, el cuerpo no la obedecía, se dio cuenta de que no podía escapar, no quería. Se rindió, dejó que sus extremidades flotaran y que el cisne la envolviera con su cuello. En ese instante, un pétalo rojo apareció a unos centímetros del rostro de Marca. Más arriba, otros pétalos se hundían lentamente. Marca extendió una mano y tomó uno pequeño, delicado. Recordó por qué estaba allí, cuál era su sendero. Pataleó con todas las fuerzas y se desprendió del cuello plumoso, agitó los brazos cuanto pudo y con un último empujón, salió a la superficie. Inspiró profundamente sin dejar de nadar. Le pareció que una mujer estaba inclinada sobre la orilla, deshojando la rosa pero la imagen duró solo un instante y se desvaneció, lo que realmente veía era la rosa que se deshojaba con la corriente de agua. Marca se apresuró a ponerla a salvo. Miró hacia atrás y vio el cuello del cisne que se hundía en el agua. Recogió su vestido y rápidamente se lo puso. Miró sus pies desnudos y magullados, suspiró.

* * *

En el palacio, Pablo se agitaba por la fiebre y en su delirio, se aferraba a las almohadas para defenderse de un cisne rosado que avanzaba hacia él, flotando en el aire. Cada tanto, la condesa entraba con el pretexto de dejarle un vaso de agua, miraba al príncipe con desdén y se marchaba. El dosel de la cama caía hasta el suelo y encerraba al príncipe como un ataúd.

La princesa avanzaba con cuidado mientras se preguntaba si lograría escapar definitivamente del cisne. La canción resonaba en su mente:

¡Lago negro, lago negro

En tu boca yace Cerbero!

Temía encontrarlo y volverse a rendir. Tal vez, pensó con una punzada de recelo, la rosa ya había obrado su magia con ella. La pobre flor se deshojaba en su mano, marchitándose sin remedio, con sus pétalos húmedos y oscuros. Ya ni siquiera tenía perfume, olía a cementerio. Algunas lágrimas rodaron por las mejillas de la princesa, era una noche peligrosa y triste, una noche que auguraba cenizas. Se llevó la rosa a los labios y la besó.

Un trueno sonó en el cielo, por encima del bosque. La luz apenas se filtró entre el follaje pero fue suficiente para que Marca viera, unos metros por delante, aquel cuello largo y curvo. Se detuvo y retrocedió. El cisne era una sombra a lo lejos, una mancha en el camino. Otro trueno estalló y comenzó a llover. Era una tormenta eléctrica, torrencial. En ella se ahogaría el mismo bosque. Marca apenas podía ver entre las gotas gruesas de agua, todo era una gran sombra oscura de la que se desprendía el embriagante aroma de las plantas húmedas. Intentó calcular la distancia que la separaba del ave y comenzó a rezar. La pedía al mundo no oír aquella voz de ultratumba.

El flequillo se le pegaba a los ojos entorpecidos, además, por la lluvia. Avanzó temblando, aterrada. Sentía el lodo en los pies, entre los dedos. Le pesaban las piernas, el cuerpo entero. Quiso abrirse camino y avanzar en diagonal para esquivar al cisne. Las ramas le cerraron el paso, el bosque se cernía como una trampa. El cisne avanzaba hacia ella tan lentamente que parecía detenido, suspendido entre las sombras. Marca cayó de rodillas al resbalar en un charco, la flor cayó sobre el lodo y sus pétalos se perdieron en él. Desesperada, enterró la mano en el barro para buscar la rosa.

—Tengo que encontrarla, tengo que encontrar la rosa —repetía fuera de sí.

La lluvia dificultaba su búsqueda. A medida que pasaban los segundos, había más lodo y sin

notarlo, se fue enterrando. De pronto, sintió el fino tallo entre sus dedos. En ese instante, el cuello del cisne le envolvió la garganta. Marca luchó para zafarse. El cielo volvió a tronar y, en medio del aguacero, Marca cerró los ojos y se rindió.

* * *

Los rayos de la aurora despertaron al príncipe. El dosel de la cama estaba corrido. El cuervo ya no estaba, el séquito tampoco. Se levantó y se vistió. Abrió la ventana y dejó que el aire fresco entrara en el cuarto y barrierá el ambiente viciado. Salió de la alcoba y se dirigió a la caballeriza. Ensilló su yegua lechosa de oreas manchadas y se dispuso a partir para darle la buena nueva a Marca. Cabalgó hacia el bosque y tomó el sendero que lo atravesaba. Traspasó el claro, la lomada y... dio el más desgarrador alarido:

—¡¡Marca!!

Pablo se arrojó del caballo y cayó sobre un charco de lodo junto al cuerpo de su princesa que yacía boca abajo, ahogada. Los dedos abrazaban un tallo espinoso y sin flor. Dos pétalos oscuros flotaban todavía. En ese instante, una voz sedosa emergió de algún lugar:

—Voy a ayudarte.

Bajo los rayos del sol, un cisne rosado lo observaba. Pablo notó que el cuello plumoso serpenteaba suavemente. Como hipnotizado, resonando en el fondo de su mente una canción un tanto olvidada, dio un paso hacia el cisne.

FIN

*Si te ha gustado el relato puedes contactar con
Natalia Camodeca en su correo electrónico:
nataliacamodeca@yahoo.com.ar*



LOS DEMONIOS DE LAS OLAS

Un relato de terror de Roberto del Sol

La verdad es que necesitaba salir de ese restaurante. Estaba empezando a sufrir una sobredosis de familia.

Mis palabras sonaron un poco pastosas, así que me tomé otro trago de cerveza. Nick sonrió sin apartar la vista de la carretera. Su sonrisa era fruto de la sinceridad etílica. Él había bebido tanto como yo, pero parecía que le había sentado un poco mejor. Menos mal, porque era de noche y, a pesar de la claridad de la luna y que apenas había tráfico, aquella carretera tenía unas curvas tan cerradas y el firme estaba en tan mal estado que debía ser peligrosa incluso a plena luz del día.

—Ahora que somos familia —dijo Nick—, tenemos que guardarnos las espaldas. Relájate, déjate llevar. Ya me darás las gracias después.

—Oye, muchachote, no sé que tipo de sorpresa es esa que me tienes preparada —le dije mientras me acercaba un poco a él y le tomaba del antebrazo—, pero, por si te he dado algún tipo de señal equivocada esta tarde, quiero que sepas que me gustan las mujeres...

Nos reímos tanto y tan fuerte, que en la siguiente curva no pude evitar regar el salpicadero con la cerveza de mi lata, lo que desencadenó otra serie de carcajadas que amenazaba con no terminar nunca. No nos conocíamos de mucho, pero con las personas se tiene química o no, y estaba claro que con Nick había sido un caso de amor a primera vista.

Solo a mi hermano se le podría ocurrir ir a casarse a Australia. Además, y para acabar de arreglar la situación, había ido a elegir a la que sería su

mujer a un pequeño pueblo costero de nombre impronunciable en el sur del continente. Eso me había costado varios días de viaje en avión, e interminables jornadas en coche por carreteras nauseabundas. Pero qué se le iba a hacer, solo tenía un hermano pequeño y esperaba que no se casara más que una vez, o que si lo hacía de nuevo no fuese en las antípodas del mundo civilizado. Nick era el hermano de la novia, y me había sacado de la fiesta con la promesa de una sorpresa. Cuando la vieja y destartada furgoneta detuvo su marcha y Nick apagó las luces, me quedé sin palabras. Ante de nosotros se abría una pequeña cala iluminada por la plateada luz de la luna llena. Aún en blanco y negro parecía un paraje maravilloso. La sorpresa fue aún mayor cuando me di cuenta de que en el agua había no menos de diez sombras que cogían olas constantemente. Eran muy buenos. Lo primero que hice fue sacar mi móvil para tomar unas imágenes de aquellos fantasmas que se deslizaban sobre el agua como si estuviesen esquiando. Cuando Jeremy lo viese se moriría de envidia. Habíamos hecho muchas cosas juntos, pero estaba seguro de que nunca había surfado por la noche. Si conocía un poco a mi hermano menor, al día siguiente estaría buscando esa playa para coger olas nocturnas.

—Es una pequeña playa a la que no viene demasiada gente. Absurdas supersticiones que tienen que ver con una vieja leyenda de terror de los aborígenes —explicó Nick—. Como un pajarito me contó que os gusta el surf, me imaginé que te encantaría remojar las tablas que llevo atrás y que les he robado por una noche a los colegas.

—Nicholas Anderson Phatiguddy. Ahora mismo sería capaz de besar esos labios tan sensuales que tienes sin dudar —le dije mientras me giraba en el asiento y comprobaba que, en la parte de atrás de la furgoneta, lo que en un principio había tomado por un ataúd no era más que un par de tablas de surf.

El surf para mi familia era más que una religión. Mis padres se habían enamorado cogiendo olas en California, y ahora mi hermano había conocido a su mujer en unas vacaciones en las que buscaba las olas salvajes de Khialúa. La historia se repetía. El universo conspiraba para que todo encajase a la perfección. No se puede luchar contra el karma.

—Gracias, gracias. Pero cambio esos besos por una docena de donuts de chocolate glaseados —respondió Nick entre risas—. Y ahora vamos allá, que la marea está en su mejor momento.

No sé si Nick hubiese preferido quedarse en la arena —decía que no surfeaba porque el Señor no lo había diseñado con una adecuada línea hidrodinámica— pero, cuando vio mis movimientos tambaleantes a la hora de despojarme de la ropa, decidió acompañarme como guardaespaldas acuático. No pude evitar reírme cuando Nick dejó al descubierto unos calzones floreados y su cuerpo enorme y flácido. A buen seguro que pondría a prueba la flotabilidad de la tabla.

Corrí haciendo eses por la arena, con la tabla bajo el brazo y trastabillando cada dos pasos, al ritmo que marcaba mi perjudicado sentido del equilibrio. Mi cabeza tenía claro que el objetivo era llegar al mar, pero el alcohol en la sangre había tomado el control de mis extremidades y me movía como una marioneta manejada por un niño de tres años. Detrás de mí podía escuchar la voz de Nick, que me rogaba que aflojase el paso. Un dolor agudo me detuvo e hizo hincase de rodillas en la arena. Solté la tabla y me palpé el pie. No podía ver muy bien, pero mis dedos resbalaban sobre la piel. Algo me había hecho un corte. Seguramente una concha, pero con la anestesia que llevaba encima apenas sentía el dolor. Un pequeño contratiempo que no podía

distraerme de mi objetivo final. Levanté la vista hacia el mar y respiré hondo. Ya estábamos muy cerca. Podía oír con claridad las olas romper con suavidad y arrastrar la gravilla en el retroceso. El olor del mar batido estimulaba mis sentidos. A mi alrededor las sombras se movían hasta el punto de producirme vértigo. Miré a Nick, que resoplaba. Estaba apoyado en su tabla. En la mano llevaba un pack de Buds. No hizo falta que nos dijésemos nada. Me levanté como si nada hubiese sucedido y retomé mi carrera suicida hacia las olas.

El agua fría despejó un poco mi cabeza, pero no lo suficiente como para evitar que me adentrara en el mar en una playa desconocida e iluminada solo por la luz de la luna. La tabla estaba bien cuidada y se deslizaba sobre las olas con facilidad. Mientras remaba, podía ver a las oscuras siluetas cogiendo olas una y otra vez, sin descanso. Hacían que todo pareciera muy fácil. Eché la vista atrás. Nick se había tumbado sobre la tabla y había comenzado a remar, así que continué hacia delante. Ahora la luna brillaba en lo más alto y podía verlo todo con más detalle. Entonces fue cuando presté atención a algo que disparó mi adrenalina. A mi derecha se recortaban las sombras amenazadoras de rocas afiladas. La sensatez y la cordura se impusieron de nuevo a la locura de mis actos y en ese momento me di cuenta de que podía haber cometido un error de cálculo. Empecé a darme cuenta de lo peligrosa que se estaba tornando la aventura, pero ahora era mi orgullo el que me impedía retroceder. Aquellos hombres asumían riesgos excesivos y alguno de ellos parecía realizar trayectos imposibles, con giros dignos de los mejores, pero seguramente conocían a la perfección la playa. Cada vez que me alcanzaba una ola los perdía de vista y me concentraba en encararla sin caerme de la tabla. Eché la vista atrás de nuevo y comprobé que Nick todavía me seguía. Aflojé la marcha para permitir que me alcanzase. No podíamos surfear en unas aguas como aquellas, desconocidas y llenas de escollos. Yo no estaba tan loco. Nos limitaríamos a quedarnos detrás de las olas, disfrutando del espectáculo que aquellos hombres nos brindaban. Esperaríamos al amanecer si fue-

se preciso. Me atraía la idea de ver salir el sol sobre una tabla.

Al fin llegamos a un punto en el que pudimos estabilizar nuestras tablas y sentarnos a horcajadas sobre ellas. Nick se las había arreglado para remar sujetando las cervezas sobre la tabla con su barbilla. Cada vez me caía mejor aquel hombre. Después de tanto remar ambos nos permitimos un momento para recuperar el resuello y disfrutar del paisaje.

—Mi querido amigo, esto es fabuloso —dije.

—Sí, seguramente seré capaz de apreciarlo en cuanto recupere el aliento. Dame un segundo nada más.

Sonreí y me dispuse a disfrutar del espectáculo. Aquellos hombres eran increíbles. Yo no había visto nunca algo parecido. No era raro encontrar a alguien bueno haciendo surf. O muy bueno incluso. Lo extraño era ver que todos los que estaban en el agua cabalgasen las tablas de aquella forma, como si gobernasen las corrientes a su antojo. Quizás había algo de antinatural en sus movimientos, algo que no era capaz de precisar, pero que era tan extraño como ver agua fluyendo ladera arriba.

Todo eso se quedó en un segundo plano en cuando me di cuenta algo que heló mi sangre.

Estoy acostumbrado a nadar en alta mar, y conozco perfectamente las aletas caudales de los delfines, por eso supe al instante que aquellos triángulos que cortaban el agua a corta distancia de donde nos encontrábamos solo podían pertenecer a esa clase de peces que pueblan nuestras pesadillas. Me di cuenta de que las pequeñas corrientes que me zarandeaban podían estar producidas por las bestias que nadaban bajo nuestras tablas. En ese momento hasta me pareció sentir el leve roce de una piel áspera como la lija. Inmediatamente saqué mis pies del agua y los subí a la tabla.

—¡Dios mío, Nick, el agua está plagada de tiburones!

—¿De qué demonios estás hablando? —Nick retiró sus pies del agua y se aovilló sobre la tabla

con tanta rapidez que a punto estuvo de caerse—. Si es una broma no tiene ninguna gracia.

—Nunca se me ocurriría gastarte una broma así —le comenté con preocupación, mientras aguzaba la vista y comprobaba que podía distinguir más y más tiburones nadando a nuestro alrededor.

La fiesta de la boda de mi hermana parecía ahora un suceso muy lejano en el tiempo. El terror que sentía por la presencia de los escualos me había despejado por completo. No estábamos en nuestro elemento. Nos encontrábamos totalmente indefensos y a merced de los mayores depredadores del océano. Por supuesto que echarme al agua y nadar hasta la orilla estaba descartado. No se me ocurría nada salvo esperar y confiar en que aquello fuese una especie de parada nupcial de esas que salían en los documentales, y que aquellas bestias estuviesen tan ocupadas haciendo lo que hubiesen venido a hacer a esa playa que no tuviesen hambre, o que por lo menos no reparasen en nuestra presencia. No era normal una concentración de tiburones tan grande y quizás esa fuese la razón por la que los aborígenes evitaban aquellas aguas. El alcohol todavía no me dejaba pensar con la claridad y la rapidez que la situación requería, pero aún así me di cuenta de que había más personas en el agua que seguramente desconocían que había tiburones.

—Nick, tenemos que acercarnos hasta esa gente y decirles que hay tiburones en el agua.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se supone que quieres hacerlo? Yo no pienso meter las manos en el agua para remar y acercarme hasta ellos —me contestó con una voz tomada por la histeria—. Por mi como si se los comen a todos. Es más, quizás entonces ya no tengan más hambre y nos dejen en paz a nosotros.

Solo pensar en la profundidad que debía de haber bajo nuestras tablas me producía vértigo, y tampoco me hacía ninguna gracia meter las manos en el agua para remar. Todo el mundo sabía que los escualos tienen un sentido muy agudo que detecta las vibraciones en el agua y

les dirige sin margen de error hacia su presa. Usé mis manos a modo de altavoz y grité lo más alto que pude.

—¡Tiburón! ¡Hay tiburones en el agua!

Inmediatamente se produjo un cambio en el despreocupado comportamiento de los hombres que estaban más cerca, algo que me hizo pensar que quizás había logrado mi objetivo. Satisfecho por haber hecho lo posible por aquellos que estaban compartiendo la terrible experiencia con nosotros, me concentré en nuestra propia supervivencia. Recordé que tenía una herida en el pie y, aunque fuese pequeña, no dejaba de ser un peligro. Los tiburones podían detectar una gota de sangre en un volumen increíble de océano. Volví a mirar a aquellos hombres para ver su forma de enfrentarse a la situación. Quizás su comportamiento nos diese una pista acerca de cómo proceder. Parecía que había más sombras en las olas que antes, como si en vez de intentar quedarse en la playa, hubiesen vuelto todos al agua. Mi sexto sentido me decía que algo iba mal. Recordé los movimientos que antes me habían parecido tan extraños y empecé a temblar cuando varias de aquellas figuras se acercaron hasta donde estábamos desafiando toda lógica, pues se movían manejando sus tablas contracorriente.

—Quizás tengan algún tipo de mecanismo, no sé. Algo así como un motor —me comentó Nick, que también se había dado cuenta de lo extraño de sus movimientos.

—Sí, quizás se trate de eso... —contesté desconfiado—. No vamos a tardar mucho en conocer la respuesta.

Ambos guardamos silencio mientras se acercaban a nosotros. Podíamos oír los chapoteos de los grandes escualos bajo nuestras frágiles tablas, que se mecían a merced de las corrientes que creaban los peces. Las sombras tardaron en llegar hasta nosotros más de lo que en principio habíamos pensado, porque habíamos calculado mal la distancia ya que todos eran bastante más altos que nosotros. Nos rodearon cinco de ellos. Parecían desplazarse sobre el agua, pues yo no alcanzaba a ver sus tablas. Uno de ellos

se encaró con nosotros con descaro mientras los demás giraban a nuestro alrededor inquisitivos y con pose orgullosa. Sentía que nos estaban observando del mismo modo en el que nosotros miraríamos a un mono, entre curiosos y divertidos. Nos quedamos sin habla cuando pudimos verlos más cerca. Los cuerpos de aquellos humanoides estaban cubiertos por completo por alguna especie de escamas plateadas que relucían a la luz de la luna.

—Tiene que ser alguna especie de traje extraño —comencé a comentar, consciente de que no conocía neoprenos que ajustasen como aquellos, y negándome a aceptar la posibilidad de que pudiese tratarse de su piel.

Fue entonces cuando Nick se dio cuenta de algo que me dejó más perplejo.

—Dios mío, cabalgan a los tiburones.

Y entonces pude ver con sorpresa que aquellos que giraban a nuestro alrededor dirigían con pericia a varios escualos con sus pies. Por eso me habían parecido tan raros sus movimientos en el agua al principio.

Aquel que se erguía frente a nosotros se acercó aún más y nos habló. O eso intentó. Al estar tan cerca pude comprobar que su cabeza tenía significativas diferencias con las nuestras. Era difícil poder fijarse en detalles por la falta de luz pero, por lo que podía ver a simple vista, solo se parecía al cuerpo humano en la simetría. Su cabeza no tenía pabellones auditivos, y en el lugar en el que deberían estar situados alcancé a ver unos pequeños orificios. En el cuello de aquellos extraños seres se dibujaban unas líneas paralelas que se abrían y se cerraban rítmicamente y que parecían agallas. Sus ojos eran bastante más grandes que los humanos y estaban dispuestos mucho más separados que los nuestros, y no pude apreciar nariz alguna en aquellos rostros.

No conozco disfraces tan perfectos.

El hombre pez se dirigió a nosotros con una interminable serie de chasquidos y clics, y en varias ocasiones su boca dejó al descubierto una apretada hilera de dientes blancos y delgados

como agujas. Yo miré a Nick, incapaz de entender lo que aquel ser quería transmitirnos. Mi amigo lloraba y temblaba. A nuestro alrededor el agua se agitaba con violencia cada vez que alguno de los grandes escualos se acercaba mientras el resto de los hombres pez estrechaba el círculo.

—Yo no sé qué es lo que quieren de nosotros. No puedo entenderles —conseguí oír a Nick por encima del discurso del hombre pez, cuyo tono se estaba volviendo amenazador. Mi amigo estaba fuertemente agarrado a su tabla, y en ese momento sufrió una arcada y vomitó.

Al ver a Nick, el ser elevó el tono de su discurso y se acercó a él. Sin previo aviso, su mano palmeada atrapó las cervezas y se las arrancó de las manos sin contemplaciones del mismo modo en el que un adulto le arrebataría el juguete a un niño, lo que me dio una idea de los poderosos músculos que se escondían bajo aquella piel plateada. El hombre pez elevó su trofeo al cielo estrellado y se dirigió a los suyos con un tono desafiante que los demás corearon, y arrojó las latas casi sin esfuerzo hasta la arena de la playa, a unos doscientos de metros de donde estábamos. Después se dirigió hasta mi posición y, al pasar a mi lado, tomó mi tabla y la volcó, arrojándome al mar.

Yo no estaba preparado para lo que sucedió a continuación.

El brusco movimiento me pilló por sorpresa, con los pulmones vacíos de aire. El tiempo se detuvo. Por un instante no sabía qué era arriba y qué abajo. Las corrientes de agua producidas por los tiburones que nadaban a nuestro alrededor, y que a mis ojos desorbitados aparecían como enormes sombras, me volteaban sin piedad. El terror se apoderó de mi cuerpo y mis movimientos en aquel medio, que no era el mío, rodeado de los más terribles depredadores del océano, se hicieron espasmódicos. Yo a duras penas podía verles en aquellas aguas oscuras, pero estaba seguro de que ellos a mí sí. Qué forma más cruel de morir, pensé. Una cabeza cónica de un tamaño descomunal me empujó. Pude ver sus ojos fríos a la altura de los míos y, cuando el aire encerrado en mis pulmones estaba a punto de consumirse

y yo sabía que no llegaría a tiempo a la superficie para renovarlo, una mano de hierro tiró de mí y me elevó sobre las olas. Mis pulmones estaban a punto de estallar y todos los recursos de mi organismo se volcaron en hacer que el aire llegase de nuevo a ellos. El hombre pez me acercó hasta su cara y pronunció dos palabras que volvió a repetir una y otra vez. Los demás corearon esas dos palabras. Escuché a Nick llorar. Yo balbuceaba y escupía agua, incapaz de entender qué querían de mí, hasta que me arrojó de nuevo lejos de él. Esta vez estaba preparado, y en el trayecto hasta el agua tomé aire dispuesto a enfrentarme de nuevo a los monstruos marinos. Pero no me sumergí en el agua. Aterricé en el lomo de un enorme tiburón, e instintivamente me así a su aleta caudal para no caerme. Su piel como la lija ayudaba a la sujeción, pero los movimientos enérgicos de su cuerpo para avanzar por el agua a punto estuvieron de descabalgarme en más de una ocasión. Creí que aquel ser había fallado a la hora de arrojarme lejos hasta que me di cuenta de que esa había sido justamente su intención. El tiburón se dirigió de nuevo al grupo de extraños seres, que todavía rodeaban a Nick, así que pude ver al hombre pez partir sin dificultad mi tabla en dos y arrojar los pedazos a la playa.

Entonces comprendí qué era lo que pretendían.

Ellos seguían gritando, coreando aquellas dos palabras. Querían que surfeara con su tiburón. Escuché a Nick gritar, implorándome que no le abandonase, pero de alguna forma supe que me estaban dando una oportunidad, y que no podía desaprovecharla. Con mi cuerpo temblando de miedo, intenté incorporarme y me di cuenta de que era mucho más fácil de lo que en principio pensaba. La bestia bajo mis pies comenzó a nadar de forma vigorosa hasta que llegó al punto en el que la fuerza de la ola que crecía a nuestras espaldas comenzó a empujarnos, y nos envolvió. Mis pies sabían lo que tenían que hacer en ese momento, y así se lo comunicaron presionando en uno u otro sentido al tiburón, que inmediatamente modificaba el rumbo para aprovechar mejor el impulso de la ola. La comunión con el escualo era perfecta y tengo que reconocer que jamás había sentido algo parecido sobre una

tabla. Los siguientes fueron los segundos más excitantes —y también más aterradores— de mi vida. Cuando la ola murió, y el nivel de adrenalina en mi sangre estaba de nuevo en unos niveles aceptables, comencé a preocuparme de nuevo por mi integridad. La arena de la playa cada vez estaba más cerca, pero yo seguía cabalgando un tiburón, y no sabía cómo podía terminar la aventura. No tuve que preocuparme más por ese asunto. Al llegar a una distancia determinada de la playa, el animal se sacudió y me arrojó al agua como si fuese un insecto. Aterrorizado de nuevo al encontrarme otra vez en el agua con la bestia, me incorporé con rapidez y aclaré mis ojos con las manos para darme cuenta de que ya no tenía nada que temer. El agua apenas me cubría por la cintura y el tiburón, seguramente para no quedar atrapado aguas tan poco profundas, se había deshecho de mí para dar media vuelta y dirigirse de nuevo al mar abierto.

Cuando llegué a la playa, cansado y desorientado, varios de los hombres pez me esperaban formando un pasillo que yo entendí como una muestra de respeto. En es momento pude ver con claridad las agallas en los cuellos que se hincharon al ritmo de su respiración. Caminé hacia la furgoneta sin mirar atrás y, cuando llegué a ella, giré la vista hacia el mar solo para comprobar que ya no había ni rastro de los hombres pez.

Esperé lo que me pareció una eternidad a Nick, pero no me atreví a pisar la playa de nuevo. No podía hacerlo. El terror paralizaba mi cuerpo.

Al amanecer, una patrulla de la policía local me encontró aferrado al volante de la furgoneta. Al parecer, nos estaban buscando desde la noche anterior, cuando la familia había denunciado nuestra desaparición. Fue necesario sedarme para poder llevarme de vuelta con los míos.

Cuando me tranquilicé y les conté lo que había sucedido, nadie pareció hacer mucho caso a mi historia. Incluso oí a alguien comentar que todo lo que había bebido me había hecho ver a los demonios de las olas, a esos que te llevan mar adentro si no demostrabas ser como de ellos.

parición de Nick como un caso de ahogamiento. Nadie en la familia me culpó por lo ocurrido. Nick conocía mejor que yo aquellas aguas.

Ha pasado mucho tiempo desde aquella noche y ya no soy capaz de hacer surf. Pero no puedo alejarme demasiado del mar. Así que a veces, cuando paseo por la orilla y las olas son lo suficientemente estruendosas, juraría que puedo oír la voz de Nick, llamándome.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Roberto del Sol en su [blog](#).

Al final, el informe de la policía cerró la desa-

LA SOLEDAD DEL PILOTO ESTELAR

Un relato de ciencia ficción y suspense por W. Clerk

«Temo al hombre de un solo libro».

Santo Tomás.

*«Fue una Sibila, un Apolo,
que es estudiante notable,
el que lo es de un libro solo».*

Isidro. Lope de Vega.

Oradio Flacco, piloto estelar de mediana edad, deseaba estar lejos de allí, muy lejos. Acompañado, a ser posible, de alguien real. Sin embargo, no tenía mas remedio que cumplir con aquel brutal y violento test psicológico después de su último viaje galáctico. Antes de recuperar la gravedad.

Se sentía tan vacío que, comparada con él, la misma soledad estaba acompañada.

Flacco permanecía encerrado en la estrecha carlinga de una cápsula satelital, rotando alrededor de la Tierra, mirando con nostalgia su azul planeta natal y sometido a la aberración de un simulador de vuelo. Trastornado, al borde del colapso nervioso.

Agotado y macilento, respondió a un ciclo de preguntas tras otro. Reaccionó a las pruebas lógicas de la manera más coherente posible, procurando mantener una apariencia de calma de la que, siendo sincero, carecía. Intentaba demostrar que no se había vuelto loco en el espacio. Para eso eran los test de estrés, entre otras cosas.

En realidad, su conciencia le desgarraba por dentro. Extrañaba, a la vez, dos estados emocio-

nales contradictorios. Por un lado, necesitaba salir de aquella asfixiante reclusión de la cápsula y poder hablar con otra persona que no fuera él mismo. Por otro lado, deseaba seguir en aquel ostracismo espacial porque temía su reacción ante otro ser vivo. Tales eran los frutos del árbol de la soledad.

¿Qué haré?

Quería estar aquí y allí, pero lejos de los test. Alzó los hombros, apesadumbrado. Todos los pilotos pasaban aquellas oligofrénicas pruebas de personalidad antes y después de cada viaje, era una imposición de las aseguradoras estelares. No existía ser más inestable, más propenso a acciones impredecibles, que un piloto que ha pasado catorce meses desterrado, como un búho huraño, en la más absoluta y abismal oscuridad del espacio vacío.

Flacco odiaba los test. Le hurtaban su escaso tiempo libre entre viaje y viaje. De hecho, los consideraba otra violación más de su intimidad, tan aborrecible como las macabras grabaciones a bordo durante la navegación real o las bitácoras emocionales que revisaba el departamento de Recursos Humanos. *¿Cuándo he dejado de ser una persona para ser un recurso?*, se preguntaba a menudo, máxime después de las evaluaciones semanales sobre su estado físico.

No solía tener problemas con las pruebas a la vuelta de sus singladuras. Mero trámite antes de unos días de fingido descanso en el complejo de estabilización de la compañía en el Caribe. Sin embargo, en aquella ocasión, algo iba mal. Realmente mal. Los exámenes psicológicos se estaban alargando más rotaciones de la cuen-

ta. Flacco ya debería haber descendido por el elevador orbital, atrapado por la gravedad de la Tierra. Necesitaba un respiro, un paseo por una populosa playa, un abarrotado mercado de pescado o algo así. Cuanto antes. Mucha gente. Ruido. Voces. Vida.

Por eso estaba preocupado.

Flacco se retorció en la estrecha carlinga, una incómoda quemazón le subía desde la espalda a la nuca. Por alguna razón, recordó el salitre de la playa corporativa, casi podía aspirar el aroma y paladearlo... Sacudió la cabeza, parpadeó y miró el panel de control. Se estaba volviendo loco a causa del ostracismo y sentía que era incapaz de ocultarlo más tiempo. Pero se esforzaba.

El problema a bordo era siempre la soledad. Un asunto del que se hablaba poco en la Tierra.

Como hijo único de un padre tiránico y una madre meliflua, Flacco conocía la soledad desde la infancia. Como estudiante modelo, ella había sido su forma de madurar. Como piloto en prácticas, protegió su talento con soledad e incomunicación, pues no estaba bien visto destacar por encima de la media. Finalmente, como profesional de las estrellas, Flacco había construido un universo de aislamiento a bordo de la claustrofóbica carlinga de una nave comercial, retirado durante meses y meses en los que, su única compañía, era él mismo. Su otro yo, quizá. Los seres imaginarios con que poblaba su vacía existencia.

*¿Cuánto tiempo llevo viviendo como un eremita?
¿Existe el tiempo en soledad? ¿O el tiempo es una
medida colectiva, impuesta al individuo por el mundo?*

Otras veces había tolerado el ostracismo, como en la fatigosa misión gasista a Venus, pero aquel último viaje había sido diferente. No había viajado solo, o eso creía.

El tiempo libre no existía durante un viaje estelar, esa era la causa de todo. En realidad, no había nada parecido al libre albedrío. Cada segundo, cada minuto, cada pulsación, esta-

ban perfecta y obsesivamente organizados para mayor provecho de la compañía. También para preservar la salud de sus pilotos, mantenerlos ocupados y que no pensaran en la miseria de su clausura. Dormir, comer, navegar, comprobar, calcular, comer, dormir, navegar, comprobar, hacer ejercicio, navegar, calcular, dormir... Allí afuera, en el abismo del vacío, en la asfixiante estrechez de una nave comercial, canales estrechos, techos bajos, espacios angostos, no tenía la posibilidad de elegir en su aislamiento.

La ausencia de libertad siempre había molestado a Flacco, además del terrible silencio a bordo. Por eso, en aquel último viaje, hastiado y rebelde, se había llevado consigo el más peligroso de los bienes, el más afilado cuchillo para cortar las ataduras de su prisión, la más arriesgada posesión que un piloto estelar podía tener. Sabía que el uso y difusión de objetos como aquel habían cambiado la historia de la humanidad, incluso el orden del mundo, la manera de entendernos a nosotros mismos. Semejante bien, difícil de ocultar, era una reliquia de otro tiempo anterior a la digitalización. Algo que había volteado su vida por completo. Un libro. Su libro. Un único libro.

Aquel objeto trastornado su interior. No solo le había acompañado, instruido, deleitado y llenado las concavidades de su conciencia. El libro era ahora su lente traslúcida, el filtro a través del cual veía el estrecho mundo a bordo y el ancho mundo del porvenir. En ocasiones, el texto había sido su copiloto, los personajes su tripulación y el pasar las páginas el motor sublumínico que empujaba el mastodonte de grafeno a través del espacio.

Nada había más allá del libro, salvo la nada.

Los pitidos del panel de control le arrancaron de sí mismo. En realidad no había sonido, tan solo unas parpadeantes luces de color rojo, aunque Flacco seguía escuchando el bip, bip, bip en el interior de su cabeza. Pulsó la pantalla táctil varias veces y leyó un mensaje entrante. Era el momento de realizar el test de autoestima. Frunció el ceño, hizo una mueca de desagrado

y miró la cámara espía que había sobre el monitor. Deseó destruir aquel ojo indiscreto, abrir la cremallera de su traje de navegante, acariciar el libro oculto y dejarse acompañar por los personajes que habitaban en ambos interiores, el del objeto y el suyo propio. Pero no podía.

Acarició la pantalla angustiado, cerró los ojos y se preparó para afrontar la desagradable tarea de analizarse a sí mismo. Detestaba aquella clase de evaluaciones sin sentido para una orden social del que carecía. En soledad, la autoestima era un asunto tan espinoso como una tormenta solar en una nave de papel, tan abstracto como explicar qué era Dios a un hombre sin fe.

Suspiró. Quizá, por fin, fuera el último examen mental y en unas horas pudiera salir de aquella prisión satelital, acompañado por sus otros yo, los personajes del libro...

Pensó, sin darse cuenta, en el paisaje interior de *La tragedia de Hamlet, príncipe de Dinamarca*, la fascinante y trágica historia de perdición y abandono que tenía tan cerca del corazón. Narraba la locura del príncipe, la corrupción moral del mundo en que vivía, así como una autodestrucción provocada por la soledad y la incompreensión. El autor era un tal Shakespeare, un inglés de antes de la modernidad, las democracias fallidas y el nuevo orden nacional-populista.

Flacco se concentró en el monitor y, por un momento, se planteó responder al test con las elecciones que, por experiencia, sabía que eran las correctas. Tenía perfectamente automatizadas las soluciones aceptables, en una especie de pacto estúpido con Recursos Humanos. De ese modo, pronto estaría de vuelta en la Tierra, aunque fuera a costa de su integridad y un pertinaz malestar en las entrañas que le duraría semanas.

Se rascó la nuca y pensó en el doloroso extrañamiento del viaje estelar, en el aislamiento y la incomunicación. Algo le dolía muy adentro, le desgarraba las tripas, le quemaba el gélido corazón. No tuvo muy claro si ese sufrimiento era suyo o del príncipe Hamlet. Leyó la primera

cuestión del análisis.

—Cuando me comparo con otras personas... —Flacco descartó las tres estúpidas soluciones posibles y recordó las palabras del príncipe, que pronunció en voz alta—. ¡Súbita soledad! ¿En qué espejo mirarme, hastiado en mi destierro? ¿Acaso no soy ni siquiera yo?

El sistema registró su respuesta y anunció la siguiente pregunta. El piloto respiró.

—En lo que respecta a mi trabajo: ¿estoy satisfecho con mi rendimiento o me comparo con...? —resopló, sonrió con pesadez y evocó a Hamlet en un poderoso diálogo con el espectro de su padre, un rey asesinado por su hermano—. ¡Qué odiosas, fastidiosas, rancias, vanas e inútiles me parecen las prácticas de este mundo!

El sistema anotó la respuesta y enunció otra cuestión.

—Cuando me miro al espejo... —Flacco soltó una carcajada extraña, se tocó el pecho, allí donde ocultaba el libro. Con los ojos muy abiertos, recitó—. ¡Si adopto la figura de mi padre, enloqueceré, aunque el infierno abra su boca rugiendo!

El sistema procedió. Flacco permaneció con la boca abierta y los ojos desencajados.

—Cuando alguien me critica... —la voz de Hamlet se abrió paso en el interior de Flacco—. ¡Así suele acontecer a los individuos que tienen algún vicioso estigma natural!

El sistema grabó y el piloto estelar asintió con una especie de sonrisa que más bien parecía el gesto de un retrasado mental. ¿Era su estigma la soledad? ¿La incapacidad para la soledad?

—En lo que respecta a mi entorno familiar, me siento poco valorado o... —leyó despacio, asombrado ante aquella cuestión. Hamlet habló por él—. ¡Oh, padre mío, rey de Dinamarca! ¿Ni muerto me dejaréis en paz?

El sistema procesó las palabras de Flacco y, de pronto, el test se detuvo.

Sonrió, sabía que estaba siendo observado por

el departamento de Recursos Humanos. Imaginó a un grupúsculo de aquellos individuos sin rostro, volcados sobre un monitor, señalando su imagen de solitario piloto demente. De hombre perdido en las profundidades del espacio.

Sin embargo, no le importó. Meditó acerca de Hamlet, de su propio aislamiento, del espectro de locura que le azotaba con un látigo. Recordó las largas horas que había pasado, primero leyendo, después releendo, un poco más tarde sintiendo y, finalmente, viviendo la historia del príncipe atormentado. En algunos momentos de extremo abandono se había sentido identificado con él. En otros, más duros, dejaba que el príncipe entrase en su interior para hacerle compañía. Quizá, también, para que se apoderase de su mustio y solitario yo.

Por supuesto, había soñado con el castillo de Elsinor muchas veces, con sus paredes de piedra, sus ángulos oscuros, el furioso batir del mar de fondo. Del mismo modo, transportado a otro yo, en su desesperación, había vivido ser Hamlet.

Eso estaba ocurriendo mientras respondía el interrumpido test de autoestima.

Flacco tenía el pelo pegado a la frente y dejó de sonreír cuando, en el monitor, apareció un mensaje en letras capitulares y color rojo fuerte. Leyó, asustado, en voz alta.

—Prepárese para el elevador orbital —frunció el ceño—. ¿Por qué?

Nadie respondió. Estrés.

—¿Por qué? ¿He hecho algo mal?

Silencio absoluto. Sudor.

Un abismal vacío succionó las entrañas de Flacco, pero era una sensación y no una respuesta física. Un malestar en lo más hondo de su cuerpo. La cápsula se desvió de la órbita con un movimiento suave. El piloto respiró agitado y se agarró al asiento, asfixiado por la soledad.

—¿Por qué? —soltó la tensión—. No he terminado el test. Quiero terminar el test.

No hubo réplica. Presión. Ahogo.

Se agarró la garganta con las tenazas de sus manos.

—Las respuestas eran una broma —gimió. Se pasó la punta de la lengua por los labios resecos—. Solo bromeaba. En realidad, quisiera decir que...

La cápsula orbital modificó el vector de nuevo y Flacco pulsó el monitor. Era imposible volver a modo manual y pilotar por su cuenta. Los individuos de Recursos Humanos tenían el control. Se sintió más aislado y perdido que nunca. Temió el encuentro con otras personas, sujetos que podían ser hostiles, incluso peligrosos.

—¡Esperen, por favor! Quiero terminar el test, de veras. Me encuentro muy bien de salud. Sólo he tenido los habituales devaneos de la soledad.

Sin respuesta. Miedo. Opresión en el gaznate. Una amenaza quizás imaginada, en parte real, turbadora, que le desestabilizó aún más.

—¡Oh, vamos! —apretó los dientes e inspiró, asustado. Notó como Hamlet emergía—. ¡No estoy loco! ¿Qué es la locura, sino la cordura de los hombres sabios?

Selló su boca, asombrado por aquellas palabras. No podía permitir que Hamlet asumiera el mando. No en aquel momento. Intentó empujar al príncipe hacia las profundidades de su conciencia y emitió un gemido por el esfuerzo. Parpadeó varias veces, se mordió el labio inferior y resopló.

—¿Lo ven? ¡Estoy perfectamente! ¡Yo soy yo!

La capsula dio un brinco cuando rozó, por primera vez, la atmósfera de la Tierra. El desterrado Flacco saltó en el asiento, se mordió las uñas, se rascó la nuca y apretó los párpados. Por un instante, se vio a sí mismo en la gélida sala del trono del castillo de Elsinor. Pero no era él, sino Hamlet, vestido con un lujoso jubón, unas extrañas botas altas, fajín y capa verde. Sostenía un puñal mientras se tocaba, con los dedos, el espacio entre dos costillas, a la altura del corazón.

Atormentado, asustado y quebradizo, recitó:

—¡Infausta cordura, extravío de mi locura!
¿Quién soy yo sino el solitario, el príncipe atormentado? ¡Ved ahora, cómo os entregaré mi vida!

Flacco parpadeó, sacudió la cabeza como un animal herido y se frotó los ojos con los nudillos.
¿Qué me pasa? ¿Qué hago aquí? ¿Dónde estoy?

Estiró el cuello y miró a través del ojo de buey de la carlinga, pero no vio nada, era incapaz de enfocar. En realidad, su mente había vuelto a las sombras de Elsinor. Allí estaba su padre, o más bien la sombra del rey, un espectro envuelto en bruma. También estaba Flacco que era Hamlet o Hamlet que era Flacco, arrodillándose sobre la helada piedra y pidiendo perdón por su locura. Alzó el puñal...

La cápsula orbital saltó de nuevo, vibró y crujió. La presión de la gravedad revolvió las tripas del que, en otro tiempo, había sido el mejor piloto de la compañía... Hasta que algo extraño ocurrió.

Hamlet sintió un impacto en el pecho, sus ojos querían salirse de las cuencas. Estrujó el asiento con los dedos y miró a un lado y a otro, asustado y enfebrecido. Tembló. Se sentía incómodo con aquel extraño traje. *¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? ¡Oh, Elsinor, morada de fantasmas! ¿Dónde estoy? ¿Es el infierno? ¿Ya he muerto?*

FIN

LUCES VERDES

Un relato de terror de Rocío C. Blázquez

Durante las jornadas orientativas destinadas al curso de cuarto de Educación Secundaria Obligatoria, se informó tanto a los alumnos como a los profesores del Instituto que se llevaría a cabo una última prueba de comportamiento y actitud en el centro psicológico de la capital. Tanto unos como otros aceptaron y tomaron la decisión de formar parte de esos estudios.

Sofía participaría como el resto de sus compañeros. Era de alta estatura, superior al resto de chicas de su clase; de complexión atlética debido a sus ejercicios diarios en la piscina municipal y de largos cabellos oscuros. En definitiva, su belleza exterior superaba sus expectativas, por lo que era muy admirada por los chicos y por sus propias amigas. Laura, su mejor amiga, por el contrario era una chica rubia, muy delgada y bajita. Siempre iban juntas a todas partes y no había secretos entre ellas. Sofía era una chica con carácter dominante, mientras que su amiga se dejaba llevar y aceptaba todas las decisiones de ésta.

Laura pasaba desapercibida con los chicos, sacaba buenas calificaciones en el Instituto y era responsable con sus tareas; Sofía por el contrario, resultaba atractiva y aparentaba dos años más de la edad que realmente tenía, dieciséis, y tenía problemas en casa. Sus padres discutían constantemente y amenazaban con divorciarse, por lo que la situación le generó un estado de estrés y depresión, convirtiéndose en rebeldía.

Al día siguiente, cogerían el autobús, puesto que el centro del estudio estaba a hora y media de trayecto, y para no variar, ella y Laura se sentarían juntas.

—¿Qué será lo que quieren de nosotros? —preguntó Laura a su amiga.

—Sinceramente, pienso que nos pondrán alguna prueba para ver cómo reaccionamos y si lo hacemos de manera incorrecta, o por lo menos lo que ellos consideren incorrecto, nos darán una descarga eléctrica en el cerebro. - contestó Sofía.

—Desde luego, menuda imaginación... —dijo Laura.

—En serio, ¿no crees que es extraño que pidan alumnos en plena fase de adolescencia? - preguntó Sofía.

—Es cierto, pero también es muy normal estudiar el comportamiento adolescente, puesto que somos sacos de hormonas y cambiamos de parecer drásticamente en nuestras decisiones... —le dijo Laura.

—Pues yo no cambio de opinión drásticamente, Laura, no sé por qué dices eso como si lo fuera... - dijo Sofía mientras se ponía los auriculares.

El profesor que se encargaría de acompañar a la clase de veinticinco alumnos de cuarto curso al centro psicológico, Don Francisco, era su tutor y confidente. Les ayudaba a superar las dificultades que iban surgiendo para todas las asignaturas y para solventar problemas de la vida cotidiana, por lo que era muypreciado por sus alumnos.

—¡Chicos! —gritó Don Francisco por el micrófono del autobús—. Os agradezco vuestra participación, de verdad... nos encaminamos

ante algo que desconocemos. Os admiro por vuestra valentía y decisión... —le interrumpió un aplauso estrepitoso—. Bien, pasaremos toda la mañana allí y llegaremos al pueblo a la hora de comer. Vuelvo a daros las gracias, chicos.

Toda la clase volvió a aplaudir. Siempre seguirían a Don Francisco, era una especie de mesías para ellos. Sofía sentía que aquel hombre de mediana edad había hecho mucho más por su educación que sus propios padres, era el único adulto que la comprendía y sentía demasiado apego hacia su profesor, como si fuese su padre. Muchos días, Sofía llegaba a clase con la ropa sucia o sin almuerzo porque su madre estaba con depresión y no se acordaba de comprar o de poner una lavadora; ahí estaba Don Francisco para ofrecerle algo de comer e incluso un buen consejo para poder sobrellevar la situación.

Sofía se había sentado al lado de la ventanilla y pronto pudo ver cómo entre un espeso bosque se erguía un edificio de ocho plantas con la fachada amarillenta. El centro psicológico era algo temido por mucha gente, ya que existía la leyenda urbana de que se oían gritos de su interior y en muchas ocasiones, se había visto una figura fantasmagórica. Esto era algo excitante y a la vez terrorífico, puesto que se expondrían a un estudio que nadie tenía idea de cómo era.

—Bien, hemos llegado —comunicó Don Francisco por el micrófono—. Id bajando de forma ordenada y esperadme en la puerta.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Sofía a su amiga, al ver la palidez de su rostro.

—Un poco... —le contestó Laura—. Me aterra pensar en lo que la gente dice que ha visto en este lugar.

—No te preocupes, Lau, yo estaré contigo en todo momento —le dijo Sofía estrechándole la mano con la suya.

—Gracias, de verdad. Ojalá y mi hermana fuera como tú, Sofía —le dijo Laura.

—¡Vaya con tu hermana! —le gritó Samuel, el chico más popular de la clase.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Sofía aún en el asiento del autobús.

—Le pedí salir el otro día y me dijo que me fuera a donde picó el pollo...

Una carcajada descomunal de Sofía y Laura calló al chico. La hermana de la segunda era mayor, de veinte años, y no sentía ninguna atracción por los chicos más jóvenes. Ambas chicas salieron del autobús y se encontraron con el resto de sus compañeros ante la puerta del centro. Sofía reparó en que aquel edificio tenía toda la pinta de ser un hospital, con la gran puerta giratoria central que daba entrada al edificio, ventanas allá a donde mirase y llegó a oler a desinfectante.

—Impone bastante, ¿verdad? —dijo Samuel detrás de ellas.

—No tanto como la hermana de Laura —le contestó Sofía después de una risa maléfica.

El chico la miró con recelo.

—¿Y tus padres, que tal? Me han dicho que a tu padre le gusta frecuentar el club de chicas... —le dijo a Sofía.

—Cállate la boca, ¡no sabes nada de nada, imbécil! —le contestó Sofía con ira.

—Vaya, ¡ahora la pobre Sofi se ha quedado sin palabras y pronto sin padres!

—¡Vamos, chicos! —gritó Don Francisco a sus alumnos.

—Ésta me la vas a pagar, y muy caro... —le amenazó Sofía. Laura la agarró del brazo y tiró de ella hacia el edificio.

Todos entraron por la puerta giratoria y comenzaron a amontonarse en el vestíbulo del edificio, muy bien iluminado por los ventanales que comprendían la pared de la fachada. Las paredes interiores eran blancas y de ellas colgaban cuadros abstractos de diferentes tamaños. Sofía descubrió que en todos ellos siempre había algún trazo de color verde, pero no le dio demasiada importancia.

—Bienvenidos al CMAR. —anunció una voz

femenina por el megáfono central del edificio.

—¿CMAR? —preguntó Laura.

—Sigan las luces verdes parpadeantes para llegar a su sala. —continuó comunicando la voz femenina—. Muchas gracias por su participación.

—¡Chicos! —volvió a llamar la atención Don Francisco—. Caminad de forma ordenada por el pasillo cuyas luces son verdes, como habéis oído. ¿Vale?

—Vale —respondió la gran mayoría y comenzaron a caminar a su derecha.

—Esto es muy raro... —dijo Sofía—. Hay un pasillo con luces amarillas que va hacia arriba, otro de luces azules que se introduce en el edificio y este de color verde parece llevarnos hasta el sótano...

—Será para diferenciar cada estudio, Sofi. —le dijo Laura en tono tranquilizante, a pesar de estar rondándole otras ideas en la cabeza—. Déjate llevar por una vez y no seas tan cabezota.

—Sí, Sofi... —le dijo Samuel— “No seas tan cabezota”.

—Desgraciado... —condenó Sofía.

—No se lo tengas en cuenta —continuó Laura—. El pobre ha sido rechazado por todas las chicas a las que se ha atrevido a pedir salir.

Caminaron en grupo por el pasillo adornado con tubos fluorescentes de color verde chillón titilantes. Sofía se fijó que más o menos cada diez metros una cámara de vigilancia colgaba del techo, giraba conforme los alumnos pasaban por debajo para seguir observándolos. Este hecho le daba muy mala espina, ya que nunca le gustaba que la vigilaran nunca, bajo ningún concepto. Después de andar unos diez minutos descendiendo por unas rapas iluminadas de verde, llegaron ante una gran puerta blanca que tenía doble apertura. Sofía y Laura iban por la retaguardia y escucharon un pequeño chirriar, ambas se giraron y vieron cómo una compuerta de barrotes blancos se cerraba detrás de ellas a poca distancia.

—Esto me está empezando a dar miedo... —dijo Laura mientras se aferraba más fuerte al brazo de Sofía.

—Tranquila, Lau —le dijo—. Las dos estaremos unidas todo el tiempo. No te separes de mí, ¿vale? —concluyó. Laura asintió con ojos lagrimosos.

Las dos amigas entraron en la habitación, donde el resto de sus compañeros ya habían tomado asiento en los grandes sofás y sillones que estaban dispuestos en forma de “U”. Al fondo de la estancia había un cristal polarizado de unos tres metros de largo y tres de alto.

—Bien —carraspeó Don Francisco para aclararse la voz—. Yo estaré detrás de ese cristal. —todos miraron en esa dirección—. Como observaréis, no podéis ver lo que hay detrás, pero yo sí que podré verlos. Junto con dos médicos especializados en conducta adolescente, tomaremos notas de vuestro comportamiento. ¿Alguna pregunta?

—Yo tengo una —dijo Samuel.

—Cómo no... —suspiró Sofía. Samuel le dedicó una mirada de rencor.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí, profe?

—El que sea necesario para los profesionales, Samuel. No puedo decir nada exacto —le contestó Don Francisco.

—Yo tengo otra —dijo Laura.

—Adelante. —incentivó Don Francisco.

—¿Por qué todavía no hemos visto a ningún médico?

—¡Buena pregunta! —le contestó el profesor—. Entrarán después de que yo salga, por lo que debería de darme prisa... Bueno, chicos, me despido de vosotros y no olvidéis que os estaré viendo.

Dicho esto cerró la puerta tras de sí. Los chicos y chicas quedaron en silencio durante unos pocos segundos y fueron tomando asiento con sus compañeros para charlar mientras tanto. Sofía y Laura se sentaron en un sofá cercano al

espejo polarizado, quedando Sofía totalmente pegada a este espejo. En medio de los sofás había una gran mesa bajita de centro, como si fuera un salón. A los pocos minutos se abrió de nuevo la puerta de la habitación y entró una mujer joven con el uniforme de color verde (camiseta, pantalones y zapatillas).

—Bienvenidos de nuevo —su voz era la que se había escuchado anteriormente en el vestíbulo del edificio por el megáfono. Todos quedaron en silencio expectantes—. El estudio no va dirigido a vosotros, si no a vuestros profesores, en verdad —un revuelo de cuchicheos invadió la sala—. Silencio —ordenó la mujer, y así obedecieron los alumnos—. Hace unos pocos minutos, otra clase de vuestro curso, pero de diferente localidad, llegaba al centro. Las pautas a seguir por ellos son las de visionar una película en silencio y obedeciendo todo lo que su profesor les diga.

—Pues vaya... —se quejó Samuel en voz alta.

—Vosotros por el contrario... —siguió la mujer—. Deberéis visionar la película unos pocos minutos, pero poco a poco tendréis que pasar a otras cosas, desobedeciendo la orden primera, charlando con los demás, haciendo ruido...lo que queráis. —la mujer sacó un pequeño mando a distancia blanco de su bolsillo y presionó un botón.

Una gran pantalla de plasma bajó del techo hasta colocarse a una distancia considerable para poder verla todos los allí presentes. La luz de la habitación se apagó y todos pudieron ver lo que había detrás del cristal polarizado, Don Francisco saludando con la mano, sentado en una especie de escritorio custodiado por dos médicos hombres.

—A partir de ahora, seguid las instrucciones que os he dado. Muchas gracias —dijo la mujer y volvió a presionar un botón. Una película daba comienzo en aquella pantalla mientras ella salía de la sala cerrando la puerta tras de sí.

—¿En serio tenemos que hacer esto? —le preguntó Sofía a Laura entre susurros.

—Por lo visto, sí. Ya sé que es un peñazo, pero tenemos que hacerlo —le dijo Laura.

—Laura y Sofía, dejad de hablar y mirad a la pantalla —la voz de Don Francisco inundó la sala, haciendo a todos sus compañeros girarse con miradas acusantes, entre ellos Samuel.

Aunque pareciera que se tuvieran tanto rencor, Sofía estaba completamente enamorada de Samuel desde los doce años. Siempre se había burlado de ella, pero Sofía nunca había dejado de pensar en él de la forma más cursi posible. Se había puesto una coraza de chica rebelde y fuerte, pero en su interior era la típica chica enamoradiza. Le dolía en el alma que Samuel fuese tan cruel a veces, por lo que intentaba aparentar ser todavía más fuerte.

—Ya sabes Sofi... los que se pelean, se desean... —le dijo Laura al ver que Sofía no apartaba la vista de Samuel.

—Si tú supieras...

—¿Crees que no me he dado cuenta? —le preguntó Laura. Sofía la miró a los ojos sorprendida—. Llevas pillada por él desde que íbamos a sexto... y se te nota todavía.

—¿Tanto se me nota, en serio?

—Yo sí que te lo noto. Somos amigas inseparables desde la infancia, todas tus emociones y tus pensamientos me los transmites aunque no quieras —le dijo su amiga.

—Eres genial, Lau, de verdad. Muchas gracias por estar a mi lado siempre. —Sofía no tenía hermanos de sangre, pero consideraba a su amiga como una verdadera hermana.

La película comenzaba con la escena de una mujer y un hombre sentados en un banco enfrente de un río, sin hablarse, sólo mirando al frente. La escena perduraba y los alumnos comenzaron a charlar. Estaba claro que aquello era a propósito, por lo que Sofía y Laura también hablaron entre ellas. De repente, la pantalla se apagó y los chicos comenzaron a formar revuelo. Algunos se pusieron de pie, otros se lanzaban bolas de papel de aluminio de sus

bocadillos, una chica sacó un kit de belleza y comenzó a maquillarse...

—En serio, ahora esto está tomando una temática que me gusta bien poco... —dijo Sofía.

—Ten en cuenta que están estudiando las reacciones de Don Francisco ante la situación que tiene en frente —continuó Laura.

—Supongo que el profe estará desesperado —dijo Samuel mientras se acercaba a ellas. Se sentó en la mesita y miró fijamente a Sofía—. No te cabrees conmigo, sabes que en el fondo te quiero —y esbozó una sonrisa.

Aquellas palabras resonaron repetidas veces en la cabeza de Sofía. ¿Realmente la quería? No entendía por qué decía eso si luego estaba al acecho de cualquier chica provocativa.

—Sí, me va el riesgo —concluyó Samuel y se levantó en dirección a su grupo de amigos.

—¿Lo ves? Te quiere, ¡te lo ha dicho!

—No te creas, lo hace para picarme... —dijo Sofía cabizbaja.

—Eso es lo que busca, ¿no te das cuenta? —le dijo Laura apoyando su mano en el hombro de Sofía—. Quiere que seas tú quien dé el primer paso. Teme ser rechazado por ti, ¡está clarísimo!

La televisión se volvió a encender con otra escena de la misma película, pero esta vez un ruido atronador asustó a los alumnos. Era como si estuviera una fiera devorando a su presa. Sofía miró de reojo al espejo polarizado y vio una silueta de pie, impasible, mirando a la sala. Pronto el ruido se intensificó y vio cómo una garra bien afilada atravesaba la pared justo al lado de donde ella estaba.

—¡Dios! ¿Qué es eso?

—¡Por aquí! —la guió Sofía agarrando a su amiga del brazo.

Un rugido atronador invadió la sala y de pronto las lámparas fluorescentes se apagaron, dejando una tenue luz que incidía por las cortinas de las ventanas. Sofía pudo ver a un ser de aspecto humano, con la piel tan pálida como la

nieve y cubierto por una bata de hospital del mismo color que las luces verdosas. Llevaba en su mano la cabeza de Don Francisco sangrante.

Todos los compañeros correataron de aquí para allá mientras la criatura pálida permanecía observándolos, como si estuviera analizando a cuál de ellos atacaría en primer lugar. Sofía corrió hacia la puerta y comenzó a dar patadas cerca del pomo, sabía que tarde o temprano iba a ceder, ya que lo había hecho en múltiples ocasiones. Aún de la mano de Laura, Sofía pudo abrir la puerta y ambas salieron de la sala.

—¡Venga!, ¡no te separes de mí! —le gritaba Sofía mientras Laura asentía cubierta de lágrimas—. ¡Por aquí!

Muchos de los alumnos atravesaron la puerta y fueron en todas direcciones por los pasillos de aquel extraño edificio.

—¡Samuel! —gritó Sofía a su compañero.

El chico estaba tan sobrecogido por la situación que se quedó plantado delante del ser pálido, ambos mirándose a los ojos, retando el uno al otro. Aquel espécimen abrió su boca y en lugar de hacerlo como un ser humano, los labios se le separaron verticalmente, mostrando varias filas de dientes que brillaban de su interior.

De nuevo un rugido espantoso inundó la sala. El ser levantó sus garras para atacar y atravesó a Samuel de arriba abajo.

—¡¡No!! —gritó Sofía. Se llevó las manos a la cara, no podía creer lo que acababa de presenciar. Pero pronto miró a su alrededor, Laura se había soltado y había huido dejándola allí.

Sofía corrió por un largo pasillo hasta una puerta que conducía a las escaleras de emergencia, la abrió y comenzó a bajarlas a toda prisa. Aún llorando, se daba toda la prisa que podía. Escuchó varias veces rugir a aquel monstruo desde la lejanía. Cuando se encontraba en el primer piso, la puerta de emergencia se abrió ante ella: Laura asustada había encontrado la misma salida que ella. Ambas se abrazaron y comenzaron a bajar el último piso.

—¡Vamos, Lau!

—Sofía...no puedo continuar...me fallan las piernas. —le dijo Laura bajando las escaleras muy lentamente.

De nuevo el rugido se escuchó pero lo hizo muy cerca de ellas, por lo que Sofía se apresuró a agarrar a su amiga de la mano y tirar de ella, sacarla a rastras como fuera de aquel lugar. De pronto, un fuerte golpe las separó. La criatura había cogido a Laura por las piernas y estaba comenzando a mordérselas.

—¡¡No!! ¡por favor, tú no! —le gritaba Sofía.

—¡Sálvate! ¡Corre!

Puso otra vez marcha escaleras abajo y consiguió salir del edificio. Corría hasta más no poder, con la resistencia física de una atleta, pero el estado de ánimo de una desequilibrada emocionalmente. Llorando y sin poder creer lo que acababa de pasar, corría por una carretera adornada de olmos a ambos lados. Escuchó gritos detrás de ella y frenó girándose, una multitud de chicos y chicas compañeros suyos corrían en la misma dirección que ella, por lo que se apresuró a seguir el paso.

—¡Vamos!

—¡No puedo más, creo que me voy a desmayar! —gritó una compañera a punto de vomitar y con la cara amarillenta del pánico. Sofía le pasó el brazo por encima de su cuello y cargó todo el peso sobre ella.

Aquel grupo de adolescentes giró en la primera curva de la carretera asfaltada y se toparon con una cuadrilla de soldados bien armados.

—¡Por favor, nos tienen que ayudar! —dijo Sofía.

—¡Tres! —gritó el capitán.

—¿Pero qué hacéis? —preguntó un chico mientras el resto se iba agolpando en aquella curva.

—¡Dos! —continuó el capitán. El resto de soldados se arrodillaron en el suelo y apuntaron con sus armas al grupo de chicos atemorizados.

—¡Vamos a morir todos! —gritó Sofía mientras

abrazaba a su compañera evitando mirar a los soldados.

—¡Uno! —gritó de nuevo el capitán. Todos los chicos se dieron la mano, entrelazándolas, formando una endeble cadena humana— ¡Fuego!

Una veintena de disparos se escucharon en pleno bosque y luego se hizo el silencio. En medio de la nada, el Gobierno tenía que dar de comer a los seres extraterrestres que capturaban para poder estudiarlos, y qué mejor forma de engañar a unos pobres chicos y sus profesores para hacerlo, luego dirían que el autobús se había despeñado por el barranco y que los animales se deshicieron de los cuerpos. Y así el secreto estaría bien guardado.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Rocío C. Blázquez en su [blog](#).

La dama de plata

Un relato de terror por Nathalia Tórtora

A lo largo de la vida nos encontramos con distintas personas. Existen encuentros casuales y causales, alegres y tristes, comunes y extraordinarios; pero, existe un encuentro que es único e irrepetible o, al menos, así debería ser.

El encuentro con la muerte.

Recuerdo siempre que mi madre me contaba una anécdota sobre mis primeros meses de vida, en la que yo casi me ahogo en la bañera. Esa, me temo, ha sido mi primera aproximación a la muerte y es quizás, también, el motivo de mis reiterados acercamientos a ella.

Digo “ella” porque se trata de una mujer hermosa, de cabello plateado y ojos de luna menguante. Lleva siempre el mismo vestido de sombras rasgadas y remendadas con hilo de lágrimas. Alta y delgada cual álamo sin hojas, avanza con el sigilo típico de la brisa nocturna.

Mi primer memoria de esta cruel dama se remonta a cuando yo no había cumplido aún los ocho años y alcanzaba el borde de la mesa solamente si me paraba en puntas de pie. Era una tarde de primavera, casi verano, y luego de mucho tiempo, habíamos encendido el ventilador de techo en la cocina.

Julia, mi abuela, me había retirado de la escuela y llevado a su casa para almorzar. Solíamos pasar la tarde juntos, jugando al bingo y a las damas hasta que papá regresaba de su habitual jornada de trabajo en la oficina.

La rutina se rompió a la hora de la siesta.

Yo dormitaba, con mis ojos abriéndose de vez en cuando para pispiarlo que pasaban en la televisión. Entonces, la vi. Se trataba de la dama de plata—como la llamé en aquel entonces—, casi incorpórea, que salió de quién sabe dónde y atravesó la casa, rumbo a la cocina, dejando tras ella una estela de desesperación.

La seguí, sigiloso; y sin saber el motivo comencé a llorar ante su presencia. Me escabullí, escondiéndome tras los muebles, creyéndome un espía famoso de esos que salían en las series y películas que miraba mi tío.

Sin detenerse, voltearse o vacilar, se acercó a la abuela Julia, que estaba sentada a la mesa leyendo un libro de cocina. Ella no vio cuando la muerte se aproximó, acomodándose a su derecha con su sonrisa cosida dibujada en el rostro. “¡Abu!” grité, pero ya era tarde. La dama de plata se abalanzó sobre Julia e, impiadosa, posó sus labios sobre la frente de la anciana.

Cayó.

Se desplomó encima de su libro, sobre la receta para hacer lasaña.

Me quedé sin cena y sin abuela.

Ese fue solo el primer encuentro con la muerte que viene a mi memoria. A este hecho le siguieron otros tantos, similares: mamá, el perro, mi prima y muchos más.

Ella no sabe que puedo verla, ni siquiera lo imagina y temo que, cuando lo descubra, venga a besar mi frente y llevarme lejos, a un sitio que ni siquiera soy capaz de imaginar.

Y aunque sea arriesgado, la veo diariamente— no me queda otra opción—, paseándose por los pasillos del hospital donde trabajo. Tiene siempre el mismo efecto: lloran quienes quedan a merced de su presencia y muere el ser desafortunado sobre cuya frente posa los labios cosidos.

Yo la veo, pero ella no viene a mi encuentro.

Aún no.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Nathalia Tórtora en su [web](#).

POEMARIO

Visita guiada

El museo de la morgue
¡Qué fantástico lugar!
Donde todos descansan juntos,
todos ellos por igual.

Héroes y villanos comparten espacio,
víctimas y victimarios también.
Ricos y pobres se mezclan;
aquí hay muerte por doquier.

Paraíso de lágrimas secas,
infierno de heridas abiertas
Una poblada metrópolis
con fantasmas del ayer.

Y de hoy,
y de mañana.
Aquí hay mucho lugar.
Todos son bienvenidos
a una vitrina ocupar.

O, simplemente
pueden pasar a saludar.

¡Les advierto!

Los visitantes sufren
ni bien osan entrar.
Sienten sus corazones quebrarse
y las almas rogar.

Comprenden la tristeza,
entienden el dolor.
Quien se anime a visitarnos,
sufrirá sin compasión.

Le haremos llegar las penas
de quienes no pueden descansar
y transmitiremos el tormento
por el que tuvieron que pasar.

Aquí descansan los cuerpos,
mas las almas activas están.
Vagan por la exhibición,
sorprendidos,
sin encontrar paz.

Lloran y claman incesantes
día y noche sin parar.
Son espíritus dolidos
de quienes con su vida debieron pagar
el crimen de ser humanos,
el delito de estar
en el lugar y sitio equivocado,
en una escena fatal.

¡Vengan!

¡No huyan!

Los esperamos acá.
Muertos y vivos prometemos
que será una experiencia sin igual
y les brindaremos una visita guiada
que concluye en el más allá.

Romperemos sus sueños,
aniquilaremos cada fantasía.
Aquí les demostraremos
que, en el fondo,
nadie es especial.

¡No pierdan la oportunidad
del museo de la morgue visitar!

Un poema de Nathalia Tórtora.
Puedes seguirla en su [web](#).



CUC DE PI



Violeta
Moreno
Triviño

Corrección profesional

Resultados **profesionales**



www.correccionprofesional.com

¿Quieres **anunciarte** en nuestra revista?

Al ser una publicación **GRATUITA**, la **Revista Valinor**

LLEGA A MUCHOS LECTORES Y PASA POR MUCHAS MANOS.

No lo dudes, si quieres que te vean, contacta con nosotros y pregúntanos.

revista@editorialvalinor.com

WWW.UNDERCINE.COM

UNDERCINE

CINE DE TERROR. CINE FANTÁSTICO Y MUCHO MÁS

COMUNICACIÓN Y EVENTOS

VINILOS | IMPRESIÓN DIGITAL | PUBLICIDAD
GRAN FORMATO | SERIGRAFÍA

INFO@IMAGINAGRUPO.COM

cada día nace una nueva idea

IMAGINA





EDITORIAL VALINOR
www.editorialvalinor.com

